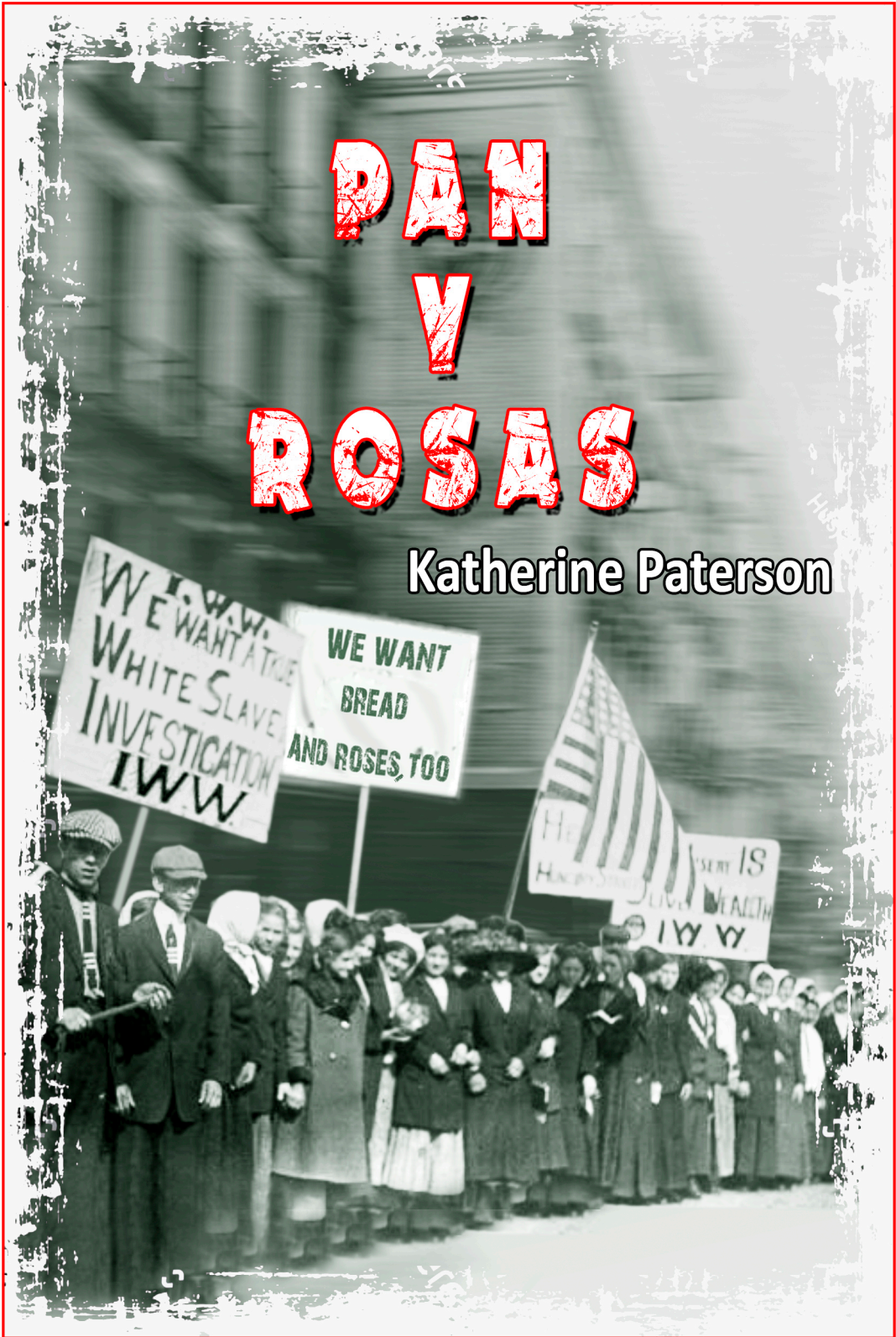


# PAN V ROSAS

Katherine Paterson

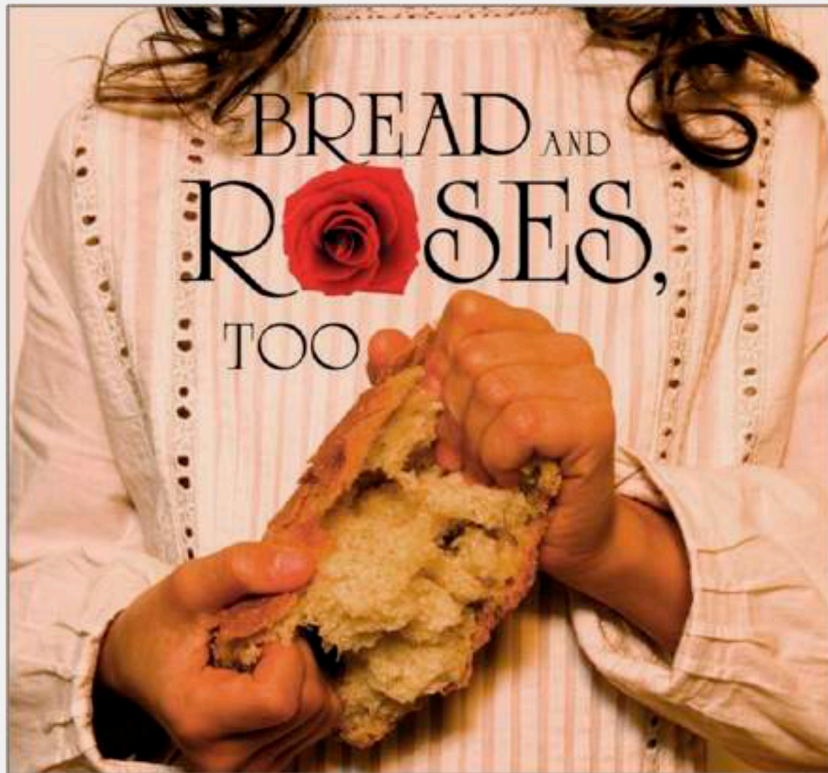


El jueves 11 de enero de 1912, amaneció frío y gris en la ciudad textil de Lawrence, Massachusetts. Los telares de lana de la ciudad, acurrucados a lo largo del río Merrimac, parecían dormidos cuando los primeros rayos de luz resaltaban la nieve mugrienta a lo largo de las orillas del río. Pronto, miles de hombres, mujeres y niños abandonarán sus viviendas congestionadas y formarán una corriente que fluirá lenta pero constantemente hacia las fábricas.

La huelga del textil de Lawrence de 1912, es sin duda, una de las más famosas del movimiento obrero norteamericano.

Es conocida mundialmente como “la huelga del pan y las rosas”, cuyo nombre fue originado indirectamente por el poema *Bread and Roses* de James Oppenheim publicado en *The American Magazine* en diciembre de 1911.

Katherine Paterson nos brinda una versión novelada de aquellos hechos.



by Katherine Paterson

Katherine Paterson

**PAN Y ROSAS**

Traducción y edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrero.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

## ÍNDICE DE CONTENIDO

La chica de los zapatos

“¡Pago insuficiente! ¡Todos fuera!”

La mejor estudiante

Para los necesitados

Joe Ettor llega a la ciudad

Canciones de desafío

El regreso de la rata de Rosa

Pan y Rosas

La hermosa señora Gurley Flynn

Anarquía

El día que se desata el infierno

¿Quién mató a Annie Lopizzo?

Un baño inesperado

Una persona que llama correctamente

La tarjeta

El tren

En el local del sindicato

Los Gerbati

Ropa nueva y problemas nuevos

Rossi y Gerbati

Mensaje de casa

Tumulto y traición

El trato

¡Por fin en casa!

Nota histórica

PAN Y ROSAS

*En honor a todos aquellos en nuestra sociedad que,  
a pesar de su trabajo, reciben menos de un salario digno.*

## Capítulo I

### LA CHICA DE LOS ZAPATOS

Los edificios de apartamentos se alzaban hacia el cielo a ambos lados del callejón como gigantes amenazantes, pero al menos lo protegerían del viento. Había mucha basura en el estrecho espacio entre ellos. Apestaba muchísimo, pero él también. Empezó a excavar en el montón como una rata. Varios roedores chillaron y huyeron despavoridos. *¡Maldita sea!* Esperaba que no lo mordieran mientras dormía. Las mordeduras de rata duelen muchísimo. Por un momento dejó de excavar, pero el aire helado lo empujó más adentro. Intentó calentarse maldiciendo a su padre. Las palabras en su cabeza ardían como el infierno, pero no engañaban a sus manos y pies, que le dolían del frío.

Había oído hablar de gente que moría congelada mientras dormía. Les pasaba a los borrachos todo el tiempo. A veces deseaba que le pasara a su padre, aunque sabía que era cruel

desearle la muerte a tu propio padre. Pero, ¿cómo iba a importarle a Jake si el bruto vivía o moría? El hombre no hacía más que pegarle. *Muerto, no me pegaría ni me robaría todo el sueldo para beber, y encima me pegaría por no ganar más.*

Se mantenía agitado, si no acalorado, con pensamientos odiosos sobre el anciano cuando oyó pasos ligeros cerca. Se obligó a quedarse inmóvil.

Era una persona pequeña, a juzgar por el sonido, y venía directa a su montón. *No puedes tener mi montón. Este es mío. Ya lo reclamé. Ahuyenté a las ratas para conseguirlo. Hice mi nido en él. Comenzó a gruñir.*

“¿Quién anda ahí?” Era la voz asustada de una niña, si no se equivocaba.

–¿Qué quieres? –Asomó la cabeza por encima del montón.

La niña dio un salto hacia atrás con un pequeño grito.

*Estúpido ratoncito.*

–¿Quién eres? –preguntó con voz temblorosa.

“Es mi montón. ¡Lárgate!”

–No quiero tu montón. De verdad que no. –Temblaba tanto que todo su cuerpo se estremecía–. Yo... solo necesito mirar dentro... para encontrar algo.

“¿Aquí dentro?”

“Creo que sí. No estoy segura.”

A pesar de sí mismo, estaba interesado. –¿Qué perdiste?

–Mis... mis zapatos –dijo.

“¿Cómo pudiste perder los zapatos?”

“Supongo que, de alguna manera, los escondí.”

“¿Qué dijiste?”

–Lo sé –dijo ella. Él notó que estaba a punto de echarse a llorar–. Fue una tontería. De verdad necesito unos nuevos. Pero mamá dijo que Anna tenía que estar de pie todo el día en su puesto de trabajo y que necesitaba zapatos más que yo. Pensé que si perdía los míos... Fue una tontería, lo sé. –Y rompió a llorar desconsoladamente.

–Vale, vale, ¿cuál montón? –Se puso de pie, dejando caer de sus hombros botellas viejas, latas y papeles.

Puso el pie izquierdo sobre el derecho para que al menos uno de los pies, con la media puesta, no tocara el suelo helado. –Hueles fatal –dijo.

¡Cállate! ¿Quieres ayuda o no?

–Por favor –dijo–. Lo siento.

Buscaron a tientas en la oscuridad. Finalmente, Jake encontró el primer zapato, y luego la niña encontró el otro. Ella asintió agradecida, se los puso y se inclinó para atar lo que quedaba de los cordones.

“No los perdiste muy bien.”

–No. Supongo que siempre supe que tendría que buscarlos –suspiró levemente–. Pero gracias. –Fue muy educada. Él supuso que iba a la escuela incluso con zapatos más agujereados que de cuero–. No se puede dormir en un basurero –dijo ella.

“¿Y por qué no?”

“Te vas a congelar. Por eso.” De alguna manera, una vez que encontraron sus zapatos, ya no parecía un ratoncito asustado.

“Ya lo he hecho antes. Además, ¿adónde más voy a ir?”

–Puedes... puedes dormir en nuestra cocina –dijo de repente, y luego se llevó rápidamente la mano a la boca.

–Puede que tus padres lo noten –dijo–. Además, huelo mal. Tú lo dijiste.

–Todos apestamos –dijo ella, agarrándole el brazo–. Vamos, antes de que cambie de opinión.

Entraron por la puerta del callejón de uno de los edificios y subieron al tercer piso. –Shh –dijo ella antes de abrir la puerta–. Están todos dormidos.

Lo condujo entre las camas de la primera habitación y luego a la cocina. No había fuego en la estufa, pero la habitación estaba más caliente que un basurero.

–Puedes acostarte aquí –dijo–. No tenemos una cama extra, ni siquiera una manta. Lo siento.

–Estaré bien –dijo. Apenas podía distinguir sus rasgos en la oscuridad, pero supo que era más baja que él y muy delgada, con el pelo hasta los hombros.

“Me levantaré antes de que tu padre se despierte”, dijo.

“Está muerto. Nadie te va a echar.”

Sin embargo, el primer ruido en la habitación del fondo lo despertó a la mañana siguiente. Un niño lloraba y una voz femenina intentaba acallarlo, aunque Jake supuso que era un llanto de hambre que no se podía calmar con palabras.

Se puso de pie en silencio. Había una caja sobre la mesa. La abrió y encontró medio pan. Arrancó un trozo, diciéndose que no lo echarían de menos. Luego volvió sigilosamente a

la sala, donde alguien roncaba como un trueno, salió por la puerta, bajó las escaleras y siguió cuesta abajo hasta el molino para ir a trabajar<sup>1</sup>. Allí no había peligro de congelarse. No paraba quieto. Incluso en esas gélidas mañanas de invierno, a las diez ya sudaba a mares.

Más tarde recordó que ni siquiera le había preguntado su nombre a la chica ni le había dicho el suyo.

---

<sup>1</sup> La industria textil de Lawrence estaba organizada en torno a unas fábricas, que obtenían su energía eléctrica mediante turbinas movidas por medio de molinos de agua, situadas a lo largo del río Mierrimack. De ahí que los trabajadores al referirse a las fábricas, hablen de “los molinos”. [N. T.]

## Capítulo II

### “¡PAGO INSUFICIENTE! ¡TODOS FUERA!”

–Nos van a pagar menos!<sup>2</sup> –gritó uno de los italianos. A mitad de la fila, esperando su sobre con la paga, Jake sintió una mezcla de miedo y emoción; no sabría decir. Toda la semana los hombres habían hablado de huelga. Los italianos habían hecho circular una petición. Si la firmabas, te comprometías a ir a la huelga si el recorte salarial anunciado llegaba con el sobre del viernes. Ninguno de los irlandeses, que en su mayoría eran gerentes o trabajadores cualificados, ni ninguno de los demás nativos, la había firmado. Pero Jake había puesto su X, sobre todo porque su padre lo había amenazado de muerte si se unía a la huelga «con esos

---

<sup>2</sup> Los motivos de la huelga fueron, que unos días antes, se había votado una nueva legislación que reducía la jornada laboral de 56 a 54 horas semanales para las mujeres y los menores de 18 años. Los trabajadores temían, que esa medida administrativa del Estado, les supondría la correspondiente disminución en unos salarios que ya eran insuficientes para la subsistencia, como así sucedió. [N. T.]

italianos», y Jake, como siempre, estaba furioso con él. El borracho se había bebido todo el último sobre de Jake, así que había tenido que pasar las últimas dos semanas robando comida y durmiendo en basureros para sobrevivir.

Al principio, los trabajadores no italianos parecían confundidos. ¿Debían irse o quedarse donde estaban? Varios comenzaron a regresar a sus puestos, pero luego cambiaron de opinión y siguieron a los italianos. Paddy Parker, el jefe de planta irlandés, se había plantado al inicio de la escalera mecánica, intentando bloquear la salida de cualquiera con su enorme cuerpo. Billy Wood, dueño de la mitad de las fábricas de la ciudad, estaba particularmente orgulloso de esa escalera mecánica. Transportaba a los trabajadores desde la planta baja hasta los pisos superiores de la fábrica en tiempo récord. Eso, junto con la mayor velocidad de las máquinas, estaba aumentando considerablemente el margen de beneficio de la fábrica Wood.

«¡Huelga! ¡Huelga!», gritó otro trabajador, corriendo de un lado a otro entre las filas de máquinas de husillo. Alguien accionó un interruptor y las cintas transportadoras disminuyeron la velocidad hasta detenerse.

¡Huelga! ¡Huelga! Y entonces, el caos. Jake oyó su propia voz unirse al estruendo. ¡Paga corta! ¡Todos fuera! Oyó el crujido de la madera y vio cuchillos cortando las grandes cintas. Agarró un cubo de agua y vertió el agua sucia sobre el

hilo blanco y brillante. El olor a lana mojada le llenó las fosas nasales. Tomó el cubo vacío y lo lanzó contra la hilera de husos, rompiendo tres. La fuerza del impacto lo embriagó como vino barato. Rompió tres más, luego otras dos, antes de que alguien –Angelo Corti, como resultó ser, lo agarrara por la espalda de la camisa. ¡Vamos, muchacho, que se van todos!

Jake golpeó otros tres o cuatro husillos antes de soltar el cubo. La mano del grandullón seguía aferrada a su camisa. Intentó zafarse, pero Angelo lo arrastró a lo largo de la planta, pasando junto a Paddy Parker, y bajando por la escalera mecánica averiada. Evidentemente, alguien había estropeado la joya de la corona del señor Wood, o al menos la había apagado.

Las puertas de hierro del patio del molino estaban cerradas –eran solo las once y cuarenta y cinco de la mañana– pero varios italianos corpulentos encontraron al portero y lo persuadieron, no muy amablemente, para que las abriera.

¡Pago insuficiente! ¡Todos fuera!

Caía una ligera nevada. Jake no llevaba chaqueta, y sus pantalones y camisa de algodón fino no lo protegían del viento. Una vez fuera de las puertas, planeaba correr hacia el este para refugiarse en su choza cerca del río. Podría haberse abierto paso fácilmente entre la multitud que coreaba consignas. Angelo se había quitado la camisa en

cuanto pasaron la gran puerta principal, pero no era capaz de irse.

¡Paga corta! ¡Todos fuera! ¡Pago insuficiente! ¡Todos fuera!

Cruzó el puente como hipnotizado y se dejó llevar por la multitud desde la fábrica Wood hasta las demás: la Ayer, la Washington, y luego la Atlantic y las tres Pacific, reuniendo en cada lugar a hombres, mujeres y niños huelguistas. Las campanas de la ciudad repicaban frenéticamente, y desde lo alto de cada fábrica se oían silbatos a todo volumen a su paso. Los trabajadores coreaban aún más fuerte para acallar las alarmas de las autoridades.

A medida que los vientos huelguistas arreciaban, también lo hacía la multitud. Debía de haber cientos, no, miles, todos coreando: «¡Salario reducido! ¡Todos a la huelga!». Y los trabajadores salían a borbotones de las fábricas al pasar por cada puerta. No solo los italianos, sino también toda esa gente desconocida de otras partes del mundo: polacos, lituanos, rusos, sirios, judíos, griegos, portugueses, armenios, y gente de países y lenguas que jamás había oído, coreando, quizá en las únicas palabras de inglés que conocían: «¡Salario reducido! ¡Todos a la huelga!».<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Lawrence tenía una población de 85.892 personas, de las cuales al menos 60.000 dependían de los salarios de las fábricas. Casi todos los mayores de 14 años trabajaban en sus fábricas textiles. La ciudad era una Babel en la que se hablaban unos cuarenta y cinco idiomas, y aunque el idioma común era el

Se palmeó el bolsillo. Su sobre con la paga seguía ahí; le faltaban veinticinco centavos, lo que le alcanzaba para una semana de cerveza. Pero suficiente para pagar el alquiler de la choza y comprar comida para las próximas dos semanas si lograba que su padre no se enterara. O podría darle la mitad al viejo y decirle que la paga faltante significaba la mitad de lo que había recibido. Quizás de camino a casa debería pasar a comprarle una botella. Si el viejo se tomaba unos tragos, tal vez se creería la mentira.

Papá se pondría furioso por la huelga. Mejor no decirle que se había unido. No duraría mucho; probablemente terminaría para el lunes. Nadie podía permitirse estar mucho tiempo a la intemperie en invierno. Preferirían congelarse antes que morir de hambre.

—¿Cómo te sientes, Jake? —Era Angelo, dándole una palmada en la espalda, tratándolo como a un hombre, algo que su propio padre nunca hizo.

—¡Genial! —exclamó, uniéndose de nuevo al cántico—: ¡Pago reducido! ¡Todos fuera! Los niños se asomaban a las ventanas de la escuela mirándolo fijamente; lo envidiaban, supuso. Se irguió y cantó más fuerte.

---

inglés, muchos inmigrantes, lo conocían poco, debido a mantener su vida dentro de su propio grupo migratorio. Cada grupo tenía sus propios Salones de esparcimiento para preservar su propia cultura. [N. T.]

Cuando los manifestantes llegaron al barrio de Plains, donde la mayoría de los trabajadores vivían en viviendas propiedad de las fábricas, comenzaron a separarse. Algunos hablaban de formar un piquete alrededor de las fábricas para impedir que los esquirols regresaran después de la hora de la cena. Otros hablaban de reuniones de huelga esa misma noche para planificar la estrategia, pero Jake solo alcanzaba a oír las palabras en inglés que se colaban en la conversación de los extranjeros: palabras como «esquirol» y «huelga». Angelo se giró hacia él. «Supongo que tú, el nativo, no tienes ninguna organización de huelga», dijo con una gran sonrisa.

Jake negó con la cabeza. Todavía no había visto a ningún estadounidense común ni a ningún irlandés entre la multitud.

“¿Quieres unirte a nosotros los italianos esta noche? Será una buena reunión, te lo prometo.”

–Sí, claro –dijo Jake. Cualquier cosa con tal de posponer la paliza que sabía que le esperaba al llegar a casa.

–Mientras tanto –dijo Angelo–, tengo dinero en el bolsillo. ¿Qué tal si comemos algo? Yo invito.

La taberna estaba llena de italianos que se rociaban salsa de tomate mientras charlaban animadamente. Angelo le dijo a Jake que se sentara y desapareció entre la multitud, llena

de humo. Pronto regresó con dos enormes platos de espaguetis. Puso uno frente a Jake. Era la vista más hermosa que jamás había visto. La salsa de tomate incluso tenía trocitos de salchicha grasienta. Jake se olvidó de la multitud, de la huelga, de la amenaza que lo esperaba en la choza, y se dejó caer, con la nariz casi pegada al plato humeante. En sus trece años de vida, jamás había tenido un plato de comida tan abundante para él solo.

–¡Eh, eh, respira hondo, muchacho! ¡Disfruta! –dijo Angelo, dejando una copa de vino tinto frente a Jake. Se sentó en el banco junto a él, pero al poco rato ya estaba charlando animadamente con sus amigos –comiendo y bebiendo a la vez–, igual que todos los demás.

La conversación fue toda en italiano. Jake solo conocía unas pocas palabras; sospechaba que la mayoría eran palabrotas, porque a menudo las oía murmurar a espaldas de Paddy Parker. De repente, sin previo aviso, los hombres a su alrededor se pusieron de pie de un salto.

–Vamos a hacer piquetes, Jake –dijo Angelo–. A ver si los malditos esquirols no vuelven después del mediodía. ¿Quieres venir?

Jake se encogió de hombros. Ya no había comida ni bebida gratis, así que bien podía unirse a ellos. Era mejor que el azote que le esperaba en la choza. Tomó su vaso y apuró las últimas gotas que aún le calentaban.

Marcharon en masa por Union Street, coreando: «¡Pago insuficiente! ¡Todos fuera!», bloqueando la calle por completo para que nadie, ni siquiera un carro, un carruaje o un automóvil, pudiera pasar. Cuando divisaron las fábricas que bordeaban Canal Street, el clamor se hizo más fuerte. No eran solo hombres y muchachos; también había mujeres y niñas, quizá incluso más que hombres. Las mujeres sonreían y reían, como si se dispusieran a un gran picnic. Parte de la multitud se detuvo para rodear la puerta de la fábrica Everett; otros se separaron en Canal para impedir el acceso a las fábricas Washington, Atlantic y Pacific. Jake siguió a Angelo hacia el puente sobre el río Merrimack, de vuelta a la fábrica Wood, de la que habían partido hacía menos de una hora.

«¡Esquirol! ¡Esquirol!», gritaban a cualquiera que intentara abrirse paso a la fuerza. «¡Formen una fila! ¡Formen una fila!», gritó alguien. Angelo agarró a Jake del brazo y, tomados de la mano, la multitud se extendió formando una línea que impedía cruzar el puente y acercarse a las fábricas.

Jake estaba observando a Angelo, así que cuando el agua helada le cayó a borbotones en la cabeza, miró hacia arriba para ver si podía tratarse de un diluvio en pleno enero.

“¡Mangueras contra incendios!”, gritó Angelo. “¡Nos están lanzando agua las malditas mangueras contra incendios!”

Algunas mujeres y niñas gritaron. Quedaron empapadas antes de poder alejarse de las mangueras. Unos cuantos valientes, entre ellos Angelo, se dirigieron al puente. Jake corrió tras él, pero un chorro de agua le dio en el pecho y lo tumbó de espaldas.

–¡Esto no sirve de nada! –gritó Angelo por encima del estruendo del agua y los gritos humanos, agarrando la mano de Jake y poniéndolo de pie–. Nos romperán los huesos y nos congelaremos si nos quedamos. Váyanse a casa –les dijo a los trabajadores que se alejaban, casi para sí mismo–. Sí, váyanse a casa, no pasa nada. –Luego gritó, aunque nadie al otro lado del puente pudo oírlo por encima del ruido del agua–: ¡Volveremos! ¿Lo ve, señor Billy Wood? ¡No nos rendimos!

A Jake, temblando en aquella tarde gris y gélida, le pareció que se habían rendido. Que todos habrían huido en cuanto el agua los tocara. No es que él se hubiera quedado. No era tonto.

¿Tienes más ropa, Jake?

Jake negó con la cabeza. –No importa.

¿Tienes fuego en casa?

“No, no importa.”

“Ven a casa de Angelo y entra en calor. No podemos permitir que te enfermes. Tenemos demasiado que hacer ahora.”

## Capítulo III

### LA MEJOR ESTUDIANTE

Rosa estaba sentada tranquilamente en su pupitre, absorta en su libro de historia, cuando las campanas de alarma comenzaron a sonar. Todos los niños se despertaron de golpe, despertando de su letargo. El sonido de las campanas era inconfundible; era como si hubieran soltado a unos locos en la torre del ayuntamiento.

Rosa miró a su maestra, la señorita Finch, que permanecía sentada erguida en su escritorio, con los ojos muy abiertos, como los de un animal asustado que no puede huir. Rosa observó cómo la maestra se ponía de pie lentamente y se acercaba a la ventana. Estaba sucia y el alféizar ennegrecido por el hollín, así que tuvo cuidado de no tocar. Luego se alejó de la ventana y regresó al espacio detrás de su escritorio. Los

agudos pitidos de las fábricas se colaban entre el repique de las campanas del ayuntamiento. Algunos niños se taparon los oídos para protegerse del estruendo, pero la señorita Finch negó levemente con la cabeza, como para restarle importancia tanto a las campanas como a los silbatos.

–Sí. ¿En qué estábamos? –preguntó, mirando su libro–. Bien. ¿Quién sabe quién fue Thomas Jefferson?

Solo Rosa levantó la mano. Apenas la levantó hasta la mitad, echando un vistazo a sus compañeros. La mayoría seguía con la cabeza ladeada, escuchando los extraños chillidos y estrépitos que no cesaban. Sintió vergüenza ajena al instante: sus rostros grises por la mugre que parecía imposible de quitar. A Marco Bartolini le goteaba la nariz, como siempre. Al darse cuenta de que lo miraba, bajó la vista y se frotó la nariz con la manga raída. Ella apartó la mirada rápidamente.

–¿Nadie más, aparte de Rosa, ha leído la tarea? –La señorita Finch suspiró, dejando claro lo mucho que la decepcionaban sus alumnos–. Muy bien, Rosa. Cuéntales a los demás lo que sabes sobre Thomas Jefferson.

¿Cuánto debía decir Rosa? Además de las páginas del libro de texto, había leído un libro entero de la biblioteca sobre el tercer presidente. En el silencio, las insistentes campanadas parecían resonar aún más amenazadoramente.

“Te estamos esperando, Rosa.”

“Él... él fue el tercer presidente de los Estados Unidos.”

Sí. Pero antes de eso, ¿qué escribió que fuera importante para la historia?

Los niños dejaron de mirar por la ventana y se giraron para mirar a Rosa. Odiaba ser la única que respondía a las preguntas de la señorita Finch. Pero tenía que darse prisa. Las campanas lo exigían.

“El-el-el-”

–No tartamudees, Rosa –dijo la maestra, marcando el ritmo con el pie–. La... la... *La Declaración de Independencia*.

–Muy bien, Rosa –dijo la profesora dirigiéndose al resto de la clase–. Toda la información que necesitan saber sobre Thomas Jefferson está en el libro de texto que cada uno de ustedes *debería* haber leído anoche.

*¡No! ¡No! ¡No!* Las campanas los acusaron. *¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!* Los silbatos chillaron.

“Marco, ¿leíste tu tarea?”

Bajó la cabeza. Con la única excepción de Joe O'Brien, todos, incluida Rosa, hicieron lo mismo. Sabían lo que iba a suceder.

–¿Tenéis siquiera un libro de texto, Marco? ¿Brigid? ¿Tony? ¿Pierre? ¿Luigi? ¿Marta? –Cada niño, por turno, negó con la cabeza, sin llegar a mirar fijamente a la severa maestra.

¿Es Rosa Serutti la única persona de esta clase cuyos padres se han dado cuenta de la importancia de comprar un libro de texto de historia? ¿Cuántas veces tengo que repetirlo? Es inútil venir a la escuela si tus padres no te proporcionan los libros de texto. Necesitas hablar con ellos sobre la importancia de la educación. ¿Cuántos de vuestros padres están inscritos en las clases nocturnas?

Nadie levantó la mano. ¿Cómo podían sus padres trabajar largas horas en la fábrica y luego ir a la escuela por la noche? Ya estaban cansados todo el tiempo. Los niños –todos menos Joe O'Brien– se hundieron en sus rígidos asientos, con la cabeza tan baja que la barbilla casi rozaba los pupitres astillados. No importaba que hubieran escuchado esta, o similares, charlas de la señorita Finch desde septiembre. Todavía les dolía tanto como el viento de enero sacudiendo la ventana del aula mientras la campana de la torre repicaba: *¡Tonto! ¡Tonto! ¡Tonto!*

Los hermanos Khoury se habían quedado dormidos como de costumbre, a pesar de las campanas, que finalmente cesaron, solo para ser reemplazadas por un tono estridente en la voz generalmente tranquila de la señorita Finch.

–Debéis ir a casa y hoy mismo instar a vuestros padres a que no hagan huelga. –El chorrillo de encaje que llevaba al cuello se mecía suavemente. Rosa la observaba fascinada.

–¿Entienden, chicos y chicas? –La voz de la maestra subió varios tonos–. Conozco personalmente al señor Wood. No podrían encontrar un jefe más amable y compasivo. Créanme, quiere lo mejor para sus trabajadores. Díganles a sus padres que él mismo fue obrero de fábrica hace mucho tiempo. ¿Lo sabían?

Todos los niños se mostraron atentos. ¿El jefe de la American Woolen Company trabajó alguna vez en las fábricas?

“Sí, no todos lo saben. Empezó trabajando en las fábricas desde niño, pero gracias a su esfuerzo y educación llegó a ser propietario de muchas. ¿Entienden, niños, lo que significa la educación? Sin educación, perderán toda posibilidad de una vida mejor que la que conocen sus padres.”

“Yo pensaba, señora”, dijo Joe O’Brien, que era a la vez descarado e irlandés, “que Billy Wood se había convertido en propietario porque se casó con la hija de su jefe”.

El pálido rostro de la señorita Finch se sonrojó ligeramente. –Sí, Joseph, es cierto. Pero si el señor Wood no se hubiera superado a sí mismo mediante el trabajo duro y la educación, eso nunca habría sido posible.

Todos sabían que el señor Billy Wood tenía una enorme finca en Andover y más coches de los que podía contar. Rosa pensaba que una casa pequeña y limpia, con espacio para un jardín, sería suficiente. No quería coche. Les tenía miedo. Eran rápidos, temerarios y hechos de metal frío e insensible. El marido de la señora Marino había muerto atropellado por uno. La señora Marino era amiga de Mamá y vivía justo al otro lado del callejón; contaba la historia de la muerte de su marido una y otra vez, añadiendo detalles cada vez más espeluznantes. Un carruaje tirado por caballos estaría bien. Pero la señorita Finch tenía razón. Debía estudiar o acabaría trabajando en las fábricas como su hermana mayor, Anna.

A Anna no le importaba la educación como a Rosa. Rosa estaba segura de ello. Cuando papá murió en el incendio de la fábrica, lo primero que Anna le dijo a mamá fue: «Dejaré la escuela y me pondré a trabajar». Mamá intentó protestar, diciendo que Anna no cumpliría catorce años hasta dentro de casi dos años, pero ¿qué podía hacer? Sin los ocho dólares con setenta y cinco centavos semanales de papá, era imposible que sobrevivieran con los seis dólares con veinticinco centavos de mamá, sobre todo con el bebé en camino. Así que mamá le pagó al hombre que arreglaba papeles para que cambiara la edad de Anna, y Anna se puso a trabajar. Pero aun así no podían vivir con lo que ganaban juntas, así que mamá acogió a la familia lituana. No habría sido tan malo si la abuela Jarusalis no hubiera roncado. A

Rosa le caía bien la abuela, pero odiaba dormir con una anciana lituana que roncaba.

–Algunos de ustedes no me escuchan –decía la señorita Finch–. ¿No entienden que la campana que oyeron antes era la campana de los disturbios? Estoy segura de que sus padres no quieren una ciudad bajo el yugo de la turba, pero si les hacen caso a los agitadores y se declaran en huelga, eso bien podría suceder. Y me temo muchísimo que ustedes, los niños, serán quienes sufran las consecuencias.

Rosa se obligó a mantener la cabeza en alto y escuchar a la maestra. Le costaba concentrarse, sobre todo porque el desayuno había consistido únicamente en pan seco con un poco de melaza. La abuela Jarusalis quizá le preparara sopa de repollo para la cena, si la anciana pudiera pedir prestada una o dos hojas de repollo a alguna de sus amigas. ¡Cuánto añoraba Rosa los rigatoni de mamá con salsa de tomate y un poco de carne, o incluso los raviolis de queso que la señora Marino solía intercambiar los domingos por rigatoni! Sus balcones estaban tan cerca que mamá se inclinaba y le pasaba su plato a la señora Marino, y esta le devolvía el suyo. A veces, la gente que pasaba por el callejón, tres pisos más abajo, olía la comida y levantaba la vista. «¡No te preocupes!», gritaba la señora Marino. «No te vamos a caer en la cabeza. ¡Eres demasiado preciosa!».

Pero hacía ya muchos domingos que no había rigatoni ni raviolis para compartir. Apenas podían permitirse ni siquiera

macarrones hervidos desde que murió papá. Si mamá y Anna se declaraban en huelga, no habría dinero para pan ni melaza. Rosa se sintió mejor al darse cuenta de eso. Mamá no sería tan imprudente. Quería demasiado a Anna, a Rosa y al pequeño Ricci como para ir a la huelga.

Rosa volvió en sí sobresaltada. Estaba en las nubes, sin prestar atención a las palabras de la profesora. «Estoy segura de que vosotros, chicos y chicas, que habéis estudiado aritmética, os dais cuenta de que nadie podría permitirse pagar el mismo sueldo por menos trabajo. Los jefes perderían dinero...»

–¿Oíste eso? –gritó Joe O'Brien en plena clase de la señorita Finch. Corrió hacia la ventana. Casi toda la clase lo siguió, dejando solo a los hermanos Khoury y a Rosa en sus pupitres.

–¡Siéntense! –ordenó la señorita Finch, pero nadie, salvo Rosa, le hacía caso. Joe abrió la ventana de golpe y una ráfaga de viento helado llevó los gritos y cánticos al aula. Al principio todo era confuso, pero entonces Rosa pudo distinguir las palabras: «¡Pago incompleto! ¡Todos fuera! ¡Pago incompleto! ¡Todos fuera!», una y otra vez. Se levantó y cruzó el aula, dejando solo a los chicos Khoury, que seguían durmiendo en sus pupitres.

Se abrió paso hasta la ventana y miró hacia abajo. La multitud que marchaba abajo parecía inmensa. Casi podía

sentir el calor de su ira mientras gritaban al unísono: «¡Pago incompleto! ¡Todos fuera!».

Detrás de los niños, la señorita Finch revoloteaba, suplicaba y daba órdenes, pero ninguno se apartaba de la ventana. La campana había avisado, pero ahora sabían que, entre la multitud, su mundo se estaba desmoronando. «¡Ahí está mi mamá!», gritó Celina Cosa. Se asomó al alféizar y saludó con la mano. «¡Mamá! ¡Mamá! ¡*Mira* aquí! ¡Aquí arriba!», como si alguien desde abajo pudiera oír la voz de una niña por encima de los cánticos de miles, mientras el flujo de manifestantes que subía desde las fábricas junto al río parecía interminable.

–¡Siéntese! –La cara de la señorita Finch estaba roja y manchada, con los ojos muy abiertos, como los de un caballo asustado.

Nadie se sentó durante el tiempo que tardó la fila de manifestantes en pasar por debajo de la ventana y doblar la esquina de la calle, dejando tras de sí el sonido de su desafío. «¡Pago incompleto! ¡Todos fuera!»

Poco después de que los niños regresaran a regañadientes a sus asientos, sonó la campana. Miraron a su maestra esperando las palabras de despedida que les darían una hora de libertad, ya que la hora de la comida prometía muy poca comida en ninguno de los barrios de viviendas sociales por aquel entonces.

La señorita Finch, aún sonrojada, fingió no haber oído el timbre. Los niños se movían inquietos en sus asientos. Finalmente, suspiró, mirándolos con tal decepción en los ojos que todos, excepto Joe O'Brien, volvieron a bajar la cabeza. «No estoy convencida de que sea seguro dejarlos salir a la calle». Se estremeció. «Quién sabe lo que puede hacer una turba enfurecida. ¡Podrían morir pisoteados! ¡Con el ánimo que tiene esa turba!».

Se quedaron allí sentados, con la mirada fija en sus pupitres; algunos, sin duda, preferían arriesgarse a ser pisoteados por sus padres en la calle que permanecer encerrados con su maestra indefinidamente. Permanecían tensos y en silencio, con la vista fija en los pupitres, intentando en vano escuchar los cánticos de los huelguistas. Finalmente, la señorita Finch negó con la cabeza. «Pueden retirarse», dijo, con el tono de quien se resigna a la ruina.

Los niños se pusieron de pie de un salto y se empujaron para salir por la puerta, todos menos los hermanos que aún dormían y Rosa. Rosa sacó de su escritorio su libro de historia –el único que mamá había podido comprarle– y se dirigió lentamente hacia la puerta.

“Rosa.”

Se giró al oír su nombre. La señorita Finch estaba sentada en su escritorio, ordenando libros y papeles.

–Sí, señorita Finch.

“Tengo esperanzas puestas en ti, Rosa. No eres como los demás. Eres brillante y ambiciosa. No dejes que nadie te desvíe del camino.”

–No, señora.

“No importa lo que diga tu padre. Debes seguir estudiando. ¿Entiendes?”

–Está muerto, señora –susurró Rosa. “Papá ha muerto.”

–Oh, lo siento. Debería haberlo sabido –dijo mientras jugueteaba con unos lápices–. Pero eso no cambia lo que estoy diciendo. No debes dejar que tu madre...

–No, señora.

Supuso que la señorita Finch quería que dijera que su madre se quedaba en casa como una verdadera dama estadounidense y cuidaba de la familia. Desde que estaba en primer grado, todos sus maestros les habían dicho a los niños que en los hogares decentes, a diferencia de los tugurios extranjeros del barrio de Plains, los hombres salían a trabajar y mantenían a sus familias, y las mujeres se quedaban en casa cocinando comidas nutritivas y cuidando a sus hijos. Ese era el ideal al que debían aspirar: dejar atrás la vida antinatural de sus padres inmigrantes y convertirse en estadounidenses. Lo que la señorita Finch no explicaba era

por qué las mujeres estadounidenses necesitaban ir a la escuela y estudiar mucho si luego iban a quedarse en casa y tener hijos, o por qué ella, con educación, no tenía marido ni hijos. Todo era muy confuso. Aun así, lo único que Rosa había aprendido en sus casi seis años de escolarización era que la educación era la clave para escapar de las fábricas. Si eso significaba escuchar a sus maestros despotricar contra la ignorancia y la suciedad de la vida doméstica en Plains, entonces debía soportarlo. Aunque no podía evitar la rabia que la invadía cada vez que las profesoras actuaban como si su mamá fuera ignorante y desconsiderada, solo porque su inglés era deficiente y no podía permitirse comprarle ropa, y mucho menos libros, Rosa difícilmente podía culparlas. ¿Cómo podía alguien como la señorita Finch, con su ropa impecablemente lavada y planchada, sus suaves manos blancas y su rostro terso y sin arrugas, saber lo sabia, cariñosa y verdaderamente hermosa que era su mamá?

“Y Rosa...”

—¿Sí, señorita Finch?

“Despierta a los chicos Khoury antes de irte, por favor.”

Ya llegaba tarde y, con la multitud de trabajadores en las calles, era probable que llegara aún más tarde a casa para su escaso almuerzo, pero hizo lo que le pidió la maestra. Sacudió suavemente a cada uno de los hermanos hasta que, adormilados, se pusieron de pie. No tenía ninguna obligación

más, así que salió corriendo por la puerta y bajó las escaleras. Hacía tiempo que su única chaqueta le quedaba chica, y el viento de enero que venía del río le calaba hasta los huesos a través de su fino vestido de algodón. Quizás la abuela J. le prestara su chal mañana. Debía pedírselo en secreto. Mamá jamás lo permitiría: quitarle el calor a una anciana. Pero hacía tanto frío. Y la abuela podría usar una de las colchas como chal, ¿no?

La calle estaba abarrotada de gente, todos exaltados, parloteando en todos los idiomas que se conocían en la ciudad. Le costaba abrirse paso entre la multitud y se sentía un poco desesperada. No quería verse atrapada en el tumulto. Aunque una parte de ella sabía que la multitud estaba formada por vecinos y amigos –gente como su propia familia–, otra parte se había estremecido por las advertencias de la señorita Finch. Si bien su cabeza le decía que mamá jamás arriesgaría la vida de sus hijos, algo en su interior la impulsaba a escudriñar los rostros enfadados y exaltados mientras se abría paso entre la multitud, con el temor de ver el rostro de su madre.

Llegó jadeando al apartamento del tercer piso y empujó la puerta. Los chicos Jarusalis estaban peleando en el dormitorio. En la cocina, el pequeño Ricci lloraba, como solía hacerlo, y la abuela J. estaba sentada en una silla, meciéndole suavemente y susurrándole palabras arrulladoras en su extraña lengua, intentando consolarlo. Era tan pequeñito. ¿Quién diría que tenía más de un año?

–¡Ruido! –exclamó la abuela J., levantando la vista del niño que lloraba en su regazo–. ¡Ruido! ¡Mucho ruido! –Rosa asintió–. ¿Está mamá aquí? ¿Anna?

La abuela J. negó con la cabeza. Las canas no le cubrían el viejo cuero cabelludo rosado. «Nadie. Hago buena sopa. No viene nadie».

Apenas habían terminado de hablar cuando la puerta se abrió de golpe: la señora J. y su hija, Marija, seguidas de cerca por Mamá y Anna. Claro, también era la hora de comer y acababan de llegar, ¡con toda la gente que había...!

“¡Lo hicimos!” Los ojos de Anna brillaban. “¡Simplemente nos fuimos! ¡Todos! ¡Estamos en huelga!”

## Capítulo IV

### PARA LOS NECESITADOS

¿Cómo iba a volver Rosa al colegio? Las calles eran un caos. Cuando Mamá y Anna se unieron a los huelguistas en la puerta de la fábrica, las empaparon con agua de las mangueras. Ahora Mamá yacía en la cama temblando, a pesar de que Rosa le había puesto encima todas las mantas del piso. Y por mucho que Rosa le suplicara que se quedara en casa, Anna estaba decidida a salir a reunirse con los demás infractores, actuando como si la huelga fuera lo más maravilloso que le hubiera pasado en la vida. La señora Jarusalis y Marija ya se habían marchado. Al parecer, los lituanos se reunían en un sitio y los italianos en otro.

“Dile a Anna que no vaya, mamá. Por favor.”

Pero mamá se negó a detenerla. “Ella va con la señora Marino”.

“Pero la señora Marino tiene muy mal genio. Ya lo sabes, mamá.”

Mamá soltó una risa que se convirtió en tos. "Yo también me voy, en cuanto deje de temblar y de toser", dijo.

–Por favor, mamá, tú y Anna no debéis ir a la huelga. Podríais salir heridas. La turba se pondrá violenta. –No podía expresar lo que realmente pensaba–. *¿Qué vamos a comer? ¿Cómo vamos a pagar el alquiler?*

–Rosa, ¿entiendes? Nos descuentan dos horas de sueldo cada semana. Eso son cinco panes que ya no tenemos. Trabajo... mis hijos se mueren de hambre. Salgo a la huelga... mis hijos se mueren de hambre. Haga lo que haga, nos morimos de hambre. Es mejor luchar y morir de hambre que trabajar y morir de hambre, ¿verdad?

Rosa se esforzó por encontrar un argumento mejor – cualquier cosa para mantener a salvo a su mamá y a su hermana– pero Ricci estaba llorando y no podía pensar con claridad.

“Ahora ve a ayudar a la abuela con Ricci. Sé útil, lista estudiante. Tengo que estar allí mañana para reunirme con el Sr. Joe Etor. Él nos ayudará a ganar.”

¿Quién era Joe Etor? Según mamá, era un salvador que estaba por llegar, pero Rosa solo podía suponer que era uno de los agitadores de los que hablaba la señorita Finch.

Alguien que podría provocar a los huelguistas y llevarlos a la violencia. *Dios te salve, María, llena eres de gracia, no dejes que ese matón sindical venga a destruirnos.*

\*\*\*

Angelo vivía en un apartamento del cuarto piso de uno de los edificios de apartamentos de la calle Elm, en Plains, con otros cuatro italianos; al parecer, todos obreros textiles. Angelo le dio a Jake una camisa grande y le dijo que se quitara la ropa mojada. La conversación en el apartamento mientras se cambiaban era tan animada como la que había habido en la taberna antes de que se empaparan. Uno de los hombres había encendido un fuego en su pequeña estufa de carbón. El humo pronto llenó la cocina, haciendo que a Jake se le llenaran los ojos de lágrimas y le doliera la cabeza. Empezó a toser y casi se cae de la silla en la que estaba sentado.

Angelo gritó algo, y uno de los hombres del cuarto trasero abrió una puerta que daba al balcón, lo que ayudó a ventilar el aire y facilitó un poco la respiración. Jake metió las piernas y los pies desnudos bajo la gruesa camisa de Angelo. Angelo le dio una taza enorme de café muy caliente y muy negro. Jake se calentó las manos en la gruesa porcelana y de vez en

cuando tomaba un sorbo, aspirando aire para evitar que el líquido hirviendo le quemara la garganta.

Cuanto más tiempo permanecía sentado, más sueño le daba: la habitación cálida, la camisa seca, el bullicio de los hombres que poco a poco se convertía en un murmullo tenue... Angelo debía de haberle echado un chorrito de licor al café. Eso debía de ser. Empezó a cabecear. De un salto, Angelo le quitó la taza de las manos, la puso sobre la mesa y lo llevó en brazos hasta una cama que, bajo su cuerpo exhausto, parecía una nube.

Cuando Angelo lo despertó, la habitación ya estaba oscura, aunque debía de ser apenas media tarde. Podía oler la comida cocinándose en la estufa de carbón. «Despierta, dormilón. Tenemos que comer e ir a nuestra reunión. ¿Quieres venir?». Angelo sonrió. «Nadie más que italianos».

–¿Están secos mi camisa y mis calzoncillos? –Jake odiaba la idea de abandonar esa cama cálida y quitarse la maravillosa camisa de Angelo que lo cubría casi hasta los tobillos.

Angelo revisó la ropa tendida sobre la estufa. «Mojada como el culito *de un niño*», informó. «Pero Giuliano es bajito como una niña. Le pedimos prestada la camisa y los pantalones para esta noche, ¿sí?». El tal Giuliano pareció protestar, pero hablaba en italiano, así que Jake no supo si era por la comparación con una niña o por que le hubieran robado la ropa.

Cenaron frijoles con pan, refunfuñando porque no era espagueti. Jake terminó tan rápido que Angelo le sirvió otra porción. Apuró hasta la última gota de jugo con el pan –el pan crujiente estaba delicioso– y anheló una tercera porción, pero la olla estaba vacía y los hombres se levantaban, lo que indicaba, lamentablemente, que la comida había terminado.

No podía volver a casa, no con la ropa de Giuliano, así que los acompañó a Chabis Hall. Había visto el sencillo edificio de madera desde fuera muchas veces, pero nadie que no fuera italiano entraba allí. El salón estaba tenuemente iluminado y abarrotado. Muchos fumaban puros y cigarrillos baratos, que ensuciaban el aire más que la estufa de carbón de Angelo, pero de alguna manera la electricidad de la sala lo compensaba todo. No era la misma emoción que sentía Jake cuando robaba comida de la tienda de comestibles y lo perseguían por la calle. Eso era emocionante, por supuesto, ya que siempre lograba escapar de su perseguidor. Esta era la emoción de ser un ladrón en medio de cientos de ladrones, todos dispuestos a robarle el mundo al señor Billy Wood, con su mansión en Andover y más automóviles de los que el propio millonario podía contar.

Resultaba frustrante que la charla fuera toda en italiano, pero cuando la multitud se calmó y empezó a escuchar a los oradores individualmente, Angelo le susurró unas palabras en inglés a Jake para que pudiera hacerse una idea de lo que se estaba diciendo.

“El señor Billy Wood no entiende cuando le hablamos con suavidad, con razón, cuando le decimos que tenemos frío y hambre mientras él está gordo y es rico. Así que ahora hablamos de huelga. Ese es el lenguaje que entenderá cuando ya no tenga ganancias.”

–¡Shh! –Un hombre sentado en la fila de delante se había girado. Susurró algo feroz en italiano, lo que hizo que Angelo rodeara protectoramente a Jake con el brazo.

–Joe Ettore dice que todos somos estadounidenses –dijo. El hombre se encogió de hombros.

–¿Quién es Joe Ettore? –preguntó Jake sin poder evitarlo.

–Ven mañana por la noche –dijo Angelo–. Entonces lo verás.

Jake empezaba a creer que la reunión se prolongaría eternamente cuando los hombres a su alrededor se pusieron de pie, vitorearon y comenzaron a hablar a gritos entre ellos. Sin dejar de parlotear, la multitud se dispersó por la calle oscura. «Vamos, Jake», dijo Angelo. «Es hora de celebrar nuestro gran golpe».

Sin embargo, Angelo pronto se enfrascó tanto en la conversación sobre la huelga que pareció olvidar que Jake no entendía el galimatías italiano. Los siguió hasta una taberna. Aunque no había ni una sola luz encendida, uno de los italianos agarró el pomo de la puerta y tiró. Estaba cerrada.

La segunda taberna también estaba oscura, pero había un letrero toscamente escrito en la puerta. –¿Qué dice, Angelo? –gritó alguien.

La multitud se apartó para dejar pasar a Angelo hasta la puerta. Se inclinó hacia el cartel. –Dice... –dijo, leyendo las palabras en inglés–... dice: «Cerrado por orden de la policía».

Los hombres empezaron a maldecir en un idioma que hasta Jake podía entender. «La maldita policía cierra las tabernas porque hacemos huelga», dijo Angelo. «Venga, vamos a lo de Marco. Siempre tiene comida casera».

Pero algo retenía a Jake. Sabía que a Angelo y sus amigos les resultaría más difícil tenerlo cerca. Tarde o temprano tendría que enfrentarse a su padre. Así que, en algún punto de la calle oscura, se escabulló de sus ruidosos compañeros y bajó la colina.

Aún llevaba la ropa de Giuliano, con la cintura atada con una cuerda para que no se le cayeran los pantalones, mientras se abría paso en la fría oscuridad de la noche de regreso a la choza. Su padre lo esperaba, caminando de un lado a otro sobre el suelo de tierra, maldiciendo al mundo en general y a Jake en particular. Demasiado tarde, Jake recordó que había querido comprarle una botella a su padre. Intentó correr en cuanto vio la furia del hombre, pero hacía frío, estaba cansado y su padre era demasiado rápido para él.

Lo agarró del brazo y se aferró a él como el mismísimo diablo, clavándole las uñas en la carne. "¿Dónde has estado, maldito ladrón?"

Jake sabía que era mejor no responder a esa pregunta.

Su padre lo estrechó contra sí, con su aliento fétido en la cara de Jake. A la luz tenue de la lámpara de aceite, el hombre entrecerró los ojos mirando la ropa de Jake. «¡Ropa de italiano!», exclamó. «Has estado con esos malditos huelguistas, ¿verdad? ¡Quítatela!».

Jake dudó lo suficiente para que el hombre le diera una bofetada. Luego desató la cuerda y se bajó los pantalones.

“La camisa también.”

Jake obedeció.

Con un movimiento preciso, su padre se desabrochó el cinturón y comenzó a azotar las piernas y la espalda de Jake. El niño se mordió el labio para no gritar. Finalmente, el brazo de su padre se cansó y dejó caer el cinturón al suelo de tierra.

Sujetando con fuerza a Jake, papá recogió los pantalones de Giuliano y palpó los bolsillos hasta encontrar el sobre con el pago, aún empapado por el agua que le habían echado antes. «¡Ja!», exclamó. Cegado por la codicia, soltó el brazo de Jake para sacar el sobre, y Jake aprovechó para saltar fuera de su alcance. Agarró la camisa y los pantalones y echó

a correr. No paró hasta llegar a la sombra del enorme molino, donde se vistió de nuevo, con lágrimas de rabia que le escocían las mejillas.

El chico estaba demasiado avergonzado para volver a casa de Angelo, así que se dirigió a un lugar que sabía que nunca estaba cerrado con llave: la iglesia irlandesa de Santa María, en la calle Haverhill.

Se abrió paso a través del oscuro santuario –la única luz, la pálida que brillaba sobre el altar– hasta la habitación a la izquierda del altar, donde los sacerdotes guardaban sus hábitos. Sabía por experiencia que allí había un retrete y un lavabo. A tientas en la oscuridad, encontró el lavabo. De pie frente a él, se despojó de la ropa de Giuliano, ahora empapada de su sangre. Abrió el grifo y, con la toalla que colgaba junto al lavabo, se lavó las marcas sangrientas de las piernas. Le quemaban como si le ardieran con furia. Se secó la espalda con la toalla.

¿Debía intentar quitarle la sangre de la ropa a Giuliano? ¿Y ponerse qué? ¿Una sotana? Soltó una carcajada. ¡Él, Jake Beale, vestido como un cura papista! A ojos de su padre, eso sería lo único peor que la camisa y los pantalones de un italiano. Así que allí, en la oscuridad, en el lavabo privado de los sacerdotes, lavó la sangre de la camisa y los pantalones de Giuliano lo mejor que pudo y los colgó en las pesadas sillas de la sala de los sacerdotes para que se secaran. Luego

abrió el armario, encontró una bonita túnica de lana con fajín y se la puso. Era más cálida que la camisa de Angelo.

Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, así que investigó los armarios, donde encontró una jarra de vino y unas galletitas secas. Se metió puñados de las galletitas en la boca y las acompañó con el vino. Era dulce y sabía mucho mejor que el vino que Angelo le había dado en la taberna. Se sentó en la suave alfombra y bebió más hasta que el dolor de espalda y piernas disminuyó y su cabeza empezó a cabecear.

“¡Santa Madre de Dios!”

La bombilla que colgaba del techo estaba encendida, y Jake vio, de pie sobre él, a un irlandés corpulento, con las cejas levantadas como orugas lanudas y los ojos azules saltones.

Jake se puso de pie de un salto. Intentó correr, pero tropezó con la larga túnica y cayó con un golpe seco sobre la alfombra. El hombre pisó el borde de la túnica, inmovilizándolo contra el suelo.

Jake pensó rápido. Los sacerdotes tienen que perdonarte si pecas. Esa es la regla. –Perdóneme, padre –gimió.

El grandullón se echó a reír. –¿Me tomas por sacerdote? –Levantó el pie del borde de la sotana–. Entonces no pintas nada aquí, o sabrías que solo soy el sacristán. Pero más te vale vestirte y largarte antes de que llegue el padre para la

misa temprana. –Le dio un golpe a Jake con la punta del pie–. Lo digo en serio. –Miró las hostias esparcidas por el suelo y la jarra de vino medio vacía–. Date prisa. Vístete. Tengo trabajo por delante.

Jake se levantó y dejó caer la túnica al suelo. El hombre ignoró su desnudez y se concentró en recoger el desorden que el muchacho había provocado. La ropa de Giuliano aún estaba húmeda, pero no había nada que hacer. Jake se la puso a pesar de que estaba pegajosa y el simple contacto con ella le dolía en la espalda y las piernas. Si el sacristán había visto las marcas en el cuerpo del muchacho, no las mencionó, pero sí dijo: «Si necesitas algo de comer, muchacho, ve a la puerta trasera de la rectoría. Mi esposa es la cocinera. Ella te dará algo de comer».

Aunque a Jake le tentaba la idea de la comida, pensó que era mejor no quedarse. No había necesidad de tentar a la suerte. Murmuró un agradecimiento al sacristán y se dirigió al santuario, bajando por el pasillo. Justo antes de llegar a las enormes puertas de madera, recordó la caja donde la gente dejaba monedas para los necesitados. ¿Quién estaba más necesitado que él? La cerradura era endeble y se rompía fácilmente. La caja estaba llena sobre todo de monedas de un centavo, pero recogió todo el dinero y se lo guardó en los bolsillos. Al menos tendría comida para unos días.

## Capítulo V

### **JOE ETTOR LLEGA A LA CIUDAD**

Era sábado por la mañana, pero las calles estaban tranquilas. Jake estaba seguro de que, si la gente iba a trabajar, ya estaría despierta y activa, aunque el sol de invierno aún no hubiera salido del todo. Pasó frente a una tienda de comestibles con una luz tenue. Dentro, alguien barría el suelo. Pensó en entrar, solo para resguardarse del frío, pero ya había estado en esa tienda antes y el dueño lo había echado por robar fruta. Aunque ahora tenía monedas tintineando en el bolsillo y estaba helado con la ropa mojada, no entró. Mejor probar suerte en algún sitio donde no lo conocieran. Siguió bajando por la calle Haverhill, pasando por el amplio prado comunal donde solía dormir en verano. Esa mañana estaba cubierto por una capa de nieve sucia de

unos dos centímetros y medio. Seguro que había algo abierto en la calle Jackson.

Encontró una panadería y probó la puerta. Estaba cerrada, pero dentro había una dependienta colocando panes en el mostrador. Jake golpeó la puerta con fuerza y la chica levantó la vista, molesta. «¡Todavía no está abierto!», gritó. Metió la mano en el bolsillo y sacó tres centavos. En este pueblo, ningún negocio cerraba si había dinero que ganar. Efectivamente, en cuanto vio el dinero, se acercó y abrió la puerta.

La empujó para entrar en la tienda. No hacía mucho calor, pero estaba seco y resguardado del viento.

La chica soltó una palabrota en un idioma extranjero.

–¿Qué? –preguntó Jake bruscamente.

“Estás mojado y... y...”

"¿Ensangrentado?"

Parecía asustada.

“Participé en la huelga ayer. Un policía me golpeó.”

Negó con la cabeza en señal de compasión. “Pasa por la parte de atrás, donde está el horno. Está calentito.”

Sacó un panecillo de debajo del mostrador. A Jake le rugió el estómago al verlo, pero se obligó a esperar. A veces, si uno tenía paciencia...

Lo condujo a una habitación impregnada del dulce aroma del pan recién horneado y acercó una silla a un enorme horno de ladrillo. –Siéntate –le dijo, entregándole el panecillo–. ¿Te apetece un café también?

“Puedo pagar.”

–Más tarde –dijo ella.

Polaca, decidió. Aunque normalmente reconocía a un italiano –trabajando con tantos, y los irlandeses eran únicos–, le costaba distinguir al resto de los extranjeros. Se levantó para tomar su café y comerse el bollo, girándose para que se le secara el trasero igual que el pecho. Habría estado completamente satisfecho: habitación cálida, pan recién hecho, si no fuera porque sabía lo manchadas que seguían las prendas prestadas, a pesar de sus intentos en la iglesia. La chica había sido amable, y el panadero solo gruñó en su dirección y siguió con su trabajo. Pero no podía pedir agua y jabón ni un sitio donde desnudarse e intentar una vez más quitar las manchas de óxido.

Entonces se dio cuenta de que si la excusa policial había funcionado tan bien con una desconocida, seguramente funcionaría con Angelo y sus amigos, que no esperaban nada

mejor de unos policías que usarían mangueras contra incendios contra los huelguistas en el frío helado del invierno.

Ya abrigado y seco, agradeció la amabilidad de la chica y salió de la panadería. No se ofreció a pagar el bollo y el café, pero ella no se lo había pedido, ¿verdad? No hacía falta gastar sus pocas monedas.

El edificio de apartamentos donde vivía Angelo estaba justo al lado de Union Street. Jake subió las escaleras y llamó a la puerta. Angelo abrió. «¡Hola, Jake!», dijo. «¿Dónde has estado?». Lo hizo pasar al apartamento.

–¡Eh, Giuliano! –gritó desde la cocina–. ¡Tu ropa ha vuelto!

Giuliano rodeó a Jake con recelo. "¿Qué demonios le hiciste a mi camisa bonita?"

“Yo... yo me perdí.”

–¡Malditos policías! ¡Golpeando a un chico! –exclamó Angelo–. Vamos, muchachos, es tarde. Tenemos que ir a detener a esos esquiros. –Los hombres se levantaron de un salto de la mesa de la cocina–. Quédate aquí, Jake. Lávate. Descansa.

“¡Y quita esa sangre de mi camisa buena!”

Cuando el apartamento quedó vacío, Jake encontró su ropa, ya seca, y la cambió por la manchada de Giuliano. Como la mayoría de los apartamentos de vecindad, este tenía las habitaciones al frente y al fondo, y la cocina en el centro. Los hombres, al no tener familias que alimentar, tenían dinero para carbón, así que la cocina estaba caliente. Jake se tumbó en el suelo, cerca de la estufa de hierro, y se quedó dormido. Que los demás siguieran con lo suyo. Él se encargaría de sí mismo.

Se despertó sobresaltado. El fuego de la estufa se había apagado hacía rato y estaba rígido de tanto estar tumbado en el suelo de madera. ¿Por qué no se había metido en la cama de Angelo? Debía de estar loco, desaprovechando la oportunidad de tumbarse en una cama cómoda. Examinó la ropa de Giuliano. No conseguiría quitar la sangre de la camisa ni aunque la restregara hasta Navidad. Los pantalones eran negros, así que la mancha no se veía, pero la camisa blanca estaba descolorida por la sangre que había intentado lavar. La dobló para que la mayor parte de la mancha quedara debajo y apenas se viera. Giuliano se enfadaría, pero ¿qué podía hacer Jake al respecto? Quizá culparía más a la policía que a Jake. Si no, ¿qué más daba? Giuliano era lo suficientemente rico como para comprarse otra camisa, ¿no? Aun así, quizá sería mejor no estar allí cuando volvieran los hombres. Angelo era bueno dando explicaciones. Que lo hiciera él.

Bajó por la destartalada escalera hasta la puerta exterior. Mientras dormía, la ciudad había cobrado vida. La calle Unión parecía estar repleta de gente. Decidió ir al norte, lejos de las fábricas, lejos del río y de su padre, lejos de la tristeza de Giuliano. El tiempo era gélido mientras subía por la calle Unión sin rumbo fijo. Había agotado todos los refugios que conocía: la gran iglesia católica de los irlandeses, la panadería, la casa de Angelo; mejor seguir caminando. Giró hacia una calle estrecha flanqueada por casas de vecindad propiedad de los trabajadores de las fábricas. Había mujeres por todas partes, hablando con entusiasmo en sus peculiares idiomas. Las palabras «huelga», «esquiroles» y el nombre «Ettor» surgieron entre las palabras extranjeras. Angelo le había dicho que fuera a escuchar a Ettor hablar en el Salón italiano esa noche, pero Giuliano podría seguir enfadado. Mejor no ir. Aun así, sentía curiosidad. ¿Quién era ese tipo al que todos esperaban con tanta expectación?

En realidad, estaba aburrido. No tenía ganas de unirse a los piquetes junto a las fábricas, aunque sabía que allí estaba la emoción, si es que la había. Estaba harto de la emoción, de esa que terminaba empapando con agua helada. Robaba algo, pero le parecía una tontería con las monedas tintineando en el bolsillo. Así que simplemente caminaba por Plains, recorriendo los estrechos callejones donde se acumulaba la basura. En invierno no olía tanto. Observaba a las mujeres. Su propia madre, muerta hacía mucho... ¿habría

sido como esas extranjeras, con la cabeza envuelta en chales sucios, hablando tan rápido que la saliva les salía de la boca al pronunciar las palabras? No, ella era pobre, pero era nativa. Había una gran diferencia, ¿verdad? Algunas de esas mujeres llevaban bebés envueltos en sus chales y niños pequeños aferrados a sus faldas; niños sucios, todos, con sabañones y la cara agrietada. Pero al menos tenían madres, lo que le provocaba envidia, aunque no reconocía bien ese sentimiento como para ponerle nombre. Pasó por delante del edificio de apartamentos donde una vez había pasado la noche. Aquella curiosa niña de los zapatos... ¿qué estaría haciendo ahora que había huelga?

—¡Eh, Jake! —Se giró bruscamente para ver quién lo había llamado en Plains. Era territorio extranjero. Reconoció vagamente el rostro del chico que lo había saludado. Aquellos meses en los que había estado entrando y saliendo de esa horrible escuela sin aprender nada... sí, era alguien de la escuela de Newbury Street. No era uno de los chicos del trabajo.

“Vi cómo te derribaba esa manguera. ¡Madre mía, qué espectáculo!”

Era uno de los irlandeses, Jake estaba seguro. ¿Qué hacía en Plains?

“¿No te acuerdas de mí? Joe O'Brien, de la escuela Newbury.”

–Ah, sí. –Jake no estaba de humor para colegiales.

“¿Siguen en huelga?”

“¡Pues yo no soy ningún esquirol!”

“¡Ese es mi chico!”

Aquello lo enfureció. Ese mocoso irlandés de clase baja le daba palmaditas en la cabeza por estar en huelga. ¿Qué sabía él de trabajar como un esclavo en la fábrica? ¿De asfixiarse con el polvo? ¿De arriesgar las extremidades en la maquinaria por una miseria? Se dio la vuelta y echó a andar a paso ligero.

–¡Oye, te estoy hablando! –El chico saltó para alcanzarle—. ¿Dónde vas a manifestarte hoy?

–Tengo que ir al Local a recibir mis órdenes –gruñó Jake.

“¿Puedo ir yo también?”

“Las huelgas no son un juego de niños”. Dejó a Joe plantado en la calle mirándolo fijamente con una expresión que solo podía significar respeto en su rostro ancho.

Jake olisqueó. Ahora era alguien importante. Un delantero. Un hombre de verdad.

\*\*\*

El domingo amaneció gris y nevado. Toda la casa estaba despierta y lista para moverse. Rosa se giró hacia el centro de la cama. Todavía estaba caliente el hueco que había dejado el cuerpo de la abuela J. No quería levantarse. El piso estaría frío; apenas tenían dinero para comprar carbón para cocinar y, desde luego, no para calentar la estufa lo suficiente como para entrar en calor. Sacó la ropa del lugar donde la guardaba a los pies de la cama y se la puso debajo de las sábanas, toda menos los zapatos gastados. Recordó al extraño niño en el basurero y sonrió a pesar de sí misma. Había sido muy valiente aquella noche, ¿verdad? Un poco loca, pero muy valiente. Y había hecho una buena acción; no una de la que pudiera presumir, pero una buena acción al fin y al cabo, rescatar a aquel pobre chico del frío.

Hizo su viaje matutino al baño del pasillo, tapándose la nariz para soportar el hedor. El casero –que, de hecho, era el señor Billy Wood, aunque, claro está, tenía un administrador para gestionar los edificios– se suponía que debía mantener los inodoros en buen estado, pero ninguno lo hacía. Al menos el agua del grifo seguía corriendo en el fregadero de la cocina. La tubería aún no se había congelado.

–Buenos días, dormilona –dijo la señora J. cuando Rosa apareció en la puerta de la cocina. Las mujeres estaban

reunidas alrededor de la mesa; la señora J. y la abuela ocupaban las dos sillas, y mamá el taburete. Ricci se aferraba a un travesaño del taburete, como si no confiara en sus delgadas piernecitas. Anna y Marija estaban apoyadas contra la pared comiendo pan con melaza. Rosa no sabía si alguien se había molestado en ir a la misa matutina. ¿Era esto lo que pasaba cuando la gente se ponía en huelga? ¿Se olvidaban de todo lo demás, incluso de Dios?

–¡Ay, Rosa! –exclamó Anna–. ¡Deberías haber estado allí! Joe Ettor es el hombre más guapo que jamás hayas visto.

Marija soltó una risita.

“¡Recorrió todos los Locales y habló con todo el mundo sobre la huelga! ¡Fue emocionante!”

“Habla bien italiano”, dijo mamá. “Mejor que yo”. Soltó una carcajada que terminó en tos.

“No habla bien liduano”, dijo la Sra. J. “Pero no importa, es muy guapo”. Le guiñó un ojo a Anna, quien sonrió, y a Marija, quien se sonrojó como si alguien le hubiera mencionado a un novio.

“¿Y entonces cómo os habla?”, preguntó a mamá.

“Él habla inglés, y el Sr. Aidas dice lo mismo en liduano. Habla muy bien. Todos gritan entusiasmados”.

Rosa se dio cuenta de que nadie pensaba ir a misa. “Toma, Rosa...” Mamá se levantó del taburete, mientras Ricci la agarraba de la falda. “Toma, Rosa, come tu pan”.

“Todavía no puedo comer”, dijo Rosa. “Voy a misa, pero supongo que nadie más”.

No pretendía que las palabras salieran con tanto remilgo. Era casi la voz de la señorita Finch en su boca, solo que la señorita Finch, al no ser católica, no hablaría de misa. Pensaba que el catolicismo era casi tan malo como el ateísmo.

“La abuela J. fue a misa”, dijo Marija. “El cura no para de gritar sobre los huelguistas, así que mamá y yo decidimos no ir”.

–Vamos contigo, Rosa –dijo Mamá–. El padre Milanese no es como el padre O'Reilly, él está de nuestro lado. Vamos, Anna, comulga con nuestra Rosa. –Alzó a Ricci, quien la abrazó con fuerza por el cuello.

–Pero si ya has desayunado... –Rosa se alarmó ante la impiedad de Mamá–. No puedes comulgar...

“Creo que Dios no considera comida de verdad un trozo de pan duro y un poco de melaza, ¿y qué saben los sacerdotes?”

¿Por qué había sacado a relucir el tema de la misa? Por el humor en que se encontraba Mamá, parecía no importarle si condenaba su alma al fuego eterno.

El padre Milanese no condenó la huelga. Los dueños estaban siendo irracionales, dijo, acelerando las máquinas para obtener más ganancias mientras recortaban los salarios. Mamá asintió con la cabeza durante toda la homilía. Pero entonces el padre Milanese les advirtió sobre Joe Ettore, un agitador externo, un anarquista y, por lo tanto, alguien cuyos motivos debían ser cuestionados. Al oír esto, Mamá resopló, se levantó y salió, con su chal, que había enroscado alrededor de Ricci, siguiéndola por el pasillo. Anna corrió tras ella. A Rosa no le quedó más remedio que seguirlas. No tenía por qué preocuparse de que Mamá recibiera la hostia en pecado.

Fuera de la iglesia, se congregaba una multitud que ya planeaba su próximo movimiento. Mamá le entregó a Ricci a Rosa: «Vete a casa, Rosa. Cómprate algo de pan. Anna y yo tenemos trabajo que hacer».

Regresaron horas después, exultantes. «¡Algunos hombres agarraron las mangueras y las usaron contra los vigilantes del molino!», dijo Anna.

“Ahora *ya* saben lo que se siente al estar empapados”, dijo Mamá.

Marija y la señora J. entraron minutos después, aún más emocionadas.

–¿Sabes a qué se dedica tu amiga la señora Marino? – preguntó la señora J.

“¿Qué hizo esa loca?” Mamá sonreía feliz.

“Ella y sus amigas le quitaron la ropa a un policía en el puente y dijeron que lo iban a tirar al río helado; a ver qué se siente, dijeron.”

–¡No! –dijo mamá.

“No, llegaron más policías justo a tiempo para salvar al pobre infeliz.”

“El señor Joe Ettore dijo anoche: ‘Nada de violencia’”, dijo Mamá. “Creo que la señora Marino debería portarse bien”.

–Era como una broma, mamá –dijo Anna–. Te estás riendo tú sola.

Mamá se reía. A Rosa le daba vergüenza verla así. Mamá se estaba convirtiendo en una de esas inmigrantes ignorantes contra las que la señorita Finch despotricaba. Su dulce y cariñosa mamá se convertiría en la ruidosa y desquiciada señora Marino, y Rosa no podía hacer nada para impedirlo.

\*\*\*

La abuela J. no le dejaba a Rosa espacio suficiente para moverse en la cama, pero esa noche su mente daba vueltas. En la reunión de la huelga de esa tarde, se anunció que el gobernador había movilizado a la milicia. Incluso les había dado armas y uniformes a los chicos de Harvard College. Al día siguiente, un verdadero ejército estaría en las calles de Lawrence, listo para enfrentarse a cualquiera que osara continuar la huelga. Eso solo hizo que las mujeres estuvieran más decididas que nunca. Nadie volvería al trabajo hasta que se cumplieran las demandas de los huelguistas, sin importar lo que dijera o hiciera el gobernador. *¡Madre mía, era inevitable que hubiera violencia!* ¿Cómo podría Rosa salvar a Mamá y a Anna de aquella locura?

Fue entonces cuando a Rosa se le ocurrió una gran idea. No iría a la escuela. Haría su propia huelga. Se negaría a ir a la escuela mientras mamá se negara a trabajar. Entonces mamá se daría cuenta de que tenía que trabajar; que todo lo que ella y papá habían hecho para que al menos Rosa pudiera recibir una educación habría sido en vano. Mamá no soportaba el desperdicio, así que se daría cuenta de que tenía que volver a trabajar por papá, si no por Rosa.



Joe Ettor, en una Convención del IWW

## Capítulo VI

### CANCIONES DE DESAFÍO

Mamá le pellizcaba los dedos de los pies a Rosa. “¡Despierta, *dormilona!* ¡Hora de ir a la escuela!”

–No voy a ir a la escuela –dijo Rosa, escondiéndose bajo la colcha. La cama se sentía lujosa cuando la abuela J. no estaba con ella–. Ya lo decidí, mamá. Si tú y Anna se declaran en huelga, yo también.

Mamá echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. A Rosa le llamó la atención que en los últimos días había oído la risa de Mamá más que desde antes de que muriera Papá. «*Vale, Signorina Asino.* Tienes razón. Hoy no hay colegio». Le dio una palmadita en los dedos de los pies a Rosa. «Nos vemos luego. Anna y yo tenemos que irnos ya a unirnos a la marcha».

Rosa podría haber gritado. Ella no era una burra. ¿Qué le pasaba a Mamá? *Ella* era la terca. Se suponía que debía ceder, ir a trabajar, hacer lo que fuera para que su hija siguiera estudiando. Rosa se incorporó y se quitó la manta de encima, pero antes de que pudiera abrir la boca para seguir discutiendo, Mamá, Anna, la señora J. y Marija habían entrado en su habitación y salido por la puerta principal. Las oyó reír mientras bajaban las escaleras haciendo ruido. Probablemente se estaban riendo de ella. ¡Menuda burra! No podía llegar tarde. Se levantó de un salto, se vistió, cogió un trozo de pan de la mesa de la cocina y salió del piso.

La calle estaba llena de mujeres y niñas, todas dirigiéndose en la misma dirección. Ella se escabulló entre ellas hasta llegar a la calle Jackson. Allí, por fin, vio a Mamá y a Anna... pero no era a Mamá a quien veía. La mujer que vio era mucho más alta que su pequeña y rechoncha Mamá. Su rostro estaba rojo de frío y rabia, y entonces empezó a reír – a *reír*– justo en la cara de uno de los chicos de Harvard que el gobernador había llamado a filas. Incluso con su nuevo uniforme de milicia de lana y su reluciente rifle, parecía tan asustado como un niño de tres años pillado haciendo alguna travesura.

Finalmente, bajó el rifle de tal forma que la punta del cañón rozó el chal de Mamá. Rosa se llevó la mano a la boca. ¡No la mataría! ¿Cómo podía un universitario cualquiera matar a su Mamá? Aun así, estaba tan asustado, ¿quién

sabía lo que podría hacer? Y entonces Mamá hizo algo extraño. Empezó a cantar.

El muchacho, con el rostro lleno de confusión, retrocedió y la dejó pasar, dejó pasar a todas las mujeres, de modo que comenzaron a marchar como un ejército harapiento por la calle Jackson. Se fueron reuniendo a medida que avanzaban, pues las mujeres salían de cada puerta para unirse a ellas. Entonaron la canción de Mamá. ¿De dónde había salido esa canción? ¿Dónde había aprendido Mamá a cantar sobre la unión de los trabajadores? Las únicas canciones que Rosa le había oído cantar eran nanas italianas y arias de Verdi y Puccini. Esas canciones habían muerto con papá. Pero todas las mujeres de la calle parecían conocer esa canción. No eran solo las italianas, sino también las lituanas, las polacas, las sirias, las turcas y las judías; todas las mujeres políglotas de los barrios obreros, cantando en muchos idiomas, pero al unísono con una sola voz atronadora.

No solo el chico universitario de mamá estaba asustado. La milicia recién llegada y la cansada policía local, apostadas a lo largo de la ruta, retrocedieron ante el creciente número de mujeres. Había trabajadoras como Anna, por supuesto, pero también niños más pequeños que Rosa y bebés en brazos de sus madres. Uno de los bebés, mirando por encima del hombro de su madre, la miró fijamente con sus grandes ojos marrones, como preguntando: "¿Por qué se ha vuelto loca mi mamá? ¿Adónde me lleva?".

Se dirigían hacia la plaza. Rosa, procurando no formar parte del desfile, se aferraba a los edificios, sintiéndose de alguna manera impulsada a seguir a los manifestantes hasta que llegaron a la plaza, donde se unieron a los cientos de personas que ya se congregaban en el suelo nevado.

Rosa acababa de encontrar un hueco al borde de la multitud cuando una banda empezó a tocar y la gente comenzó a cantar; no la canción de su madre, sino otra, esta vez en inglés. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Rosa. ¿Cómo se sabían todos la letra? ¿Cómo sabían inglés? La melodía era sencilla. Era una que cantaban en el colegio, con la melodía del «Himno de Batalla de la República» de la señora Julia Ward Howe, pero esta vez la letra no era «¡Gloria! ¡Gloria! ¡Aleluya!», sino algo sobre la solidaridad y la unión.<sup>4</sup>

Había una plataforma improvisada al final del espacio común más cercano a la calle Jackson. Allí, en el centro de un grupo de hombres, a quienes reconoció por su ropa gastada como obreros, se encontraba un desconocido con una llamativa pajarita roja que sobresalía de su abrigo. La multitud rugió al verlo. «¡Ettor! ¡Ettor!», gritaban. Así que este era el peligroso Joe Ettor. A Rosa no le pareció

---

<sup>4</sup> La canción *Solidarity forever* (Solidaridad por siempre), es una adaptación a la música del «¡Gloria! ¡Gloria! ¡Aleluya!», que realizó el *wobbler* (militante de la IWW) Ralph Chaplin. Esos versos fueron sustituidos por «Solidaridad por siempre, porque la unión nos hace fuertes». Es el himno de la IWW, y más tarde lo fue de todo el proletariado norteamericano. [N. T.]

amenazante. No era tan alto como su padre, pero tenía la misma mata de pelo oscuro y rizado, y sonrió a los manifestantes mientras levantaba las manos pidiendo silencio. De inmediato, la multitud enmudeció, y Rosa pudo oír su voz resonando en el aire frío.

“Marcharemos hacia las fábricas”, dijo. “Y nos recibirán con el ejército. El gobernador nos tiene tanto miedo que ha movilizado a la milicia, incluyendo a esos muchachos imberbes de Harvard. ¡Pero no pueden tejer telas con bayonetas!”. La multitud rugió de aprobación. Volvió a alzar las manos pidiendo silencio. “Compañeros, por favor, hagan que esta huelga sea lo más pacífica posible. Al fin y al cabo, toda la sangre derramada será la suya. Y, sobre todo, recuerden que solo podrán vencernos si logran dividirnos por nacionalidades o habilidades. Si permanecemos unidos, sin importar lo que hagan o amenacen con hacer, nadie podrá vencernos. Ni siquiera el gobernador de Massachusetts y sus miles de milicianos y muchachos de Harvard”.

Habló más, en idiomas que Rosa no entendía, pero otros sí, pues se oyeron más vítores de aprobación. «La división es la forma más segura de perder esta huelga. ¡Jamás lo olviden! Entre los trabajadores solo hay una nacionalidad, una raza, una creencia. Recuerden siempre que son trabajadores con intereses que luchan contra los de los dueños de las fábricas. Solo hay dos razas: la de los miembros útiles de la sociedad

y la de los inútiles. Jamás olviden que en nuestra causa la solidaridad es necesaria».

«¡Solidaridad!», gritó una voz, y la palabra resonó en la gran plaza. «¡Solidaridad siempre!». Otra palabra más, además de «¡Salario bajo! ¡Todos fuera!» y las letras de las canciones que todos en la multitud conocían, ya fuera en inglés o en sus lenguas maternas.

“¡Unámonos ahora a nuestros hermanos y hermanas que ya están en las líneas de piquete!”, gritó Joe Etor, y la multitud, rugiendo y cantando otra canción nueva, comenzó a salir del parque, dirigiéndose por Jackson hacia Canal Street.

*“No, no, no nos moverán*

*“No, no, no nos moverán...”*

Mamá y Anna iban en la primera fila de la marcha, pero no se percataron de que Rosa estaba de pie al borde del parque. Alguien le había dado a Anna una enorme bandera estadounidense, que ella sostenía en alto. Rosa se sintió como si se mezclara con la multitud. Algo ardía en su interior, un deseo de marchar, de cantar. Deseaba tener una bandera como la de Anna para ondearla en alto mientras caminaba.

¿Qué pensaría ahora la señorita Finch de ella? ¿Su alumna estrella, enardecida por la euforia de la multitud, seducida por el agitador externo, el anarquista Etor? Rosa sabía que

se alarmaría y se sentiría profundamente decepcionada. Pero en ese instante, con la nieve cayendo con fuerza y cubriéndole el cabello –había olvidado su gorro de lana–, ya no se sentía sola, sino parte de algo inmenso, poderoso y justo. Sí, en ese momento, nadie podría haberla convencido de que lo que ella y los miles a su alrededor estaban haciendo era malvado. No. Como decía mamá, era mejor luchar y morir de hambre que trabajar y morir de hambre.

Y entonces los vio al pie de la colina: ni un solo estudiante de Harvard asustado, ni siquiera los policías de Lawrence que todos conocían, sino un verdadero ejército de milicianos, vestidos con sus gruesos uniformes de lana azul y botas de cuero. No había peligro de que *sintieran* la nieve y el frío. Sus fusiles, con las bayonetas caladas, apuntaban directamente a la fila de manifestantes.

Se produjo un tumulto entre la multitud y el canto se fue apagando, como si el frío acero de las bayonetas apuntando a sus cuerpos los hubiera devuelto de la alegría del desfile a la mortal seriedad de la amenaza a la que se enfrentaban.

Gritos y burlas se alzaron tras Rosa, y vio que algunos miembros de la multitud se dispersaban, unos dirigiéndose al este hacia las fábricas de Prospect y Everett, y otros al oeste hacia las de Atlantic y Pacific. Sentía la agitación a su alrededor, como en el aula cuando la señorita Finch salía, y eso la asustaba. Quería salir de en medio de esos miles de

cuerpos inquietos e irse a casa, pero no podía moverse; estaba atrapada por los manifestantes que la empujaban de un lado a otro. No podía ver por encima de las cabezas de la gente que la rodeaba, aunque sí alcanzaba a ver la parte superior de la bandera y sabía que eso significaba que Mamá y Anna debían estar justo frente a la milicia armada. ¿Y si la multitud empujaba demasiado fuerte...? Quería gritar una advertencia a Mamá, a Anna, a todos. *¿Qué hacen aquí? ¡Las van a matar! ¡No son nada para ellos! ¡Nada!* Pero los gritos se le ahogaron en la garganta.

El canto había cesado por completo. Los manifestantes frente al molino de Washington estaban tan callados que Rosa podía oír los gritos y alaridos desde lejos, en la calle Canal. ¿Qué estaba pasando allí? De repente, un susurro recorrió la multitud: *«¡Han apuñalado a un chico! ¡Han apuñalado a un chico!»*. Por un instante pensó que se desmayaría, pero se dio cuenta de que, si lo hiciera, jamás *caería* al suelo. No había espacio. Se asfixiaba. Tenía que salir de esa trampa de cuerpos. Tenía que irse a casa.

Entonces alguien empezó a cantar:

*“Como un árbol plantado junto al agua,  
No nos moverán.”*

Otra voz gritó, en lugar de cantar:

*“¡Que traigan su milicia!”*

*“¡No nos moverán!”*,

respondieron los manifestantes.

*–Que nos disparen y nos apuñalen –dijo otra voz.*

*“No nos moverán.”*

Y ahora todos a su alrededor cantaban:

*“No, no, no nos moverán*

*No, no, no nos moverán*

*Como a un árbol*

*plantado junto a un río,*

*No nos moverán”.*

El canto continuaba sin cesar. Por encima de él, podía oír las exigencias, amplificadas por un megáfono, de que la multitud se dispersara. De vez en cuando se producían forcejeos cuando alguien intentaba abrirse paso entre los manifestantes hacia las fábricas. «¡Esquirol! ¡Esquirol! ¡Vete a casa!»

Finalmente, Rosa sintió que la multitud la aflojaba. Comenzó a moverse lateralmente hasta que logró escabullirse entre la gente y llegar a una calle lateral, donde de repente se encontró mirando hacia arriba, hacia la oscura fachada de ladrillo de la escuela de Newbury Street.

Jadeaba, no por correr –no había corrido en absoluto– sino por el esfuerzo de abrirse paso entre la multitud. El corazón le latía con fuerza y, a pesar de la nieve que se arremolinaba a su alrededor y casi ocultaba el edificio de la escuela, sudaba como si fuera verano.

Más tarde se preguntó por qué lo había hecho, pero en ese momento la escuela representaba un refugio, y a diferencia de los manifestantes cuyo valor casi la había asfixiado, ella quería estar a salvo de aquellos soldados con sus bayonetas caladas que apuñalaban y, ¿quién sabe?, podrían disparar a los niños.

–Llegas tarde, Rosa –dijo la señorita Finch mientras Rosa entraba sigilosamente en el aula.

Rosa bajó la cabeza en señal de disculpa y se sentó. Solo había un puñado de alumnos. Estaban los nativos y los irlandeses, salvo Joe O'Brien, pero no muchos de los hijos de los obreros no cualificados, los que irían a la huelga. La clase estaba en plena lección de aritmética. Por suerte, a Rosa se le daba bien la aritmética, y aunque no tenía libro de texto, había podido seguir el ritmo escuchando atentamente las explicaciones de la señorita Finch.

Cuando casi sonaba la campana de la cena, la señorita Finch dijo: «Como sin duda sabéis, hay una multitud numerosa y violenta en la calle Canal. Os sugiero que, al ir a cenar a casa, evitéis ir por allí, por mucha curiosidad que

sintáis sobre lo que ocurre hoy. La multitud es peligrosa. Algunos, sin duda, van armados. Si sois sensatos, permaneceréis seguros en el colegio durante la cena, como haré yo. Pero como puede que vuestros padres os estén esperando en casa, no os impediré ir. Simplemente, manteneos alejados de la zona de los molinos y procurad no meteros en líos».

Rosa no había pensado en qué hacer a la hora de la cena. ¿La estaría esperando alguien en casa? Probablemente la abuela J. estaría allí con el pequeño Ricci y los hijos de la señora J. Pero tendría que volver a la calle para llegar a casa. Se levantó y se dirigió a la puerta, pero la voz de la maestra la detuvo llamándola por su nombre.

“Rosa.”

–Sí, señorita Finch.

“Faltaste el viernes por la tarde. ¿Tienes alguna excusa para ello?”

–No, señora.

La maestra se levantó y se acercó a donde Rosa esperaba. –No debes permitir que tus padres –mejor dicho, tu madre– te impidan ir a la escuela. Lo entiendes, ¿verdad? –dijo en voz baja.

“Sí, señora.”

“Espero que hayas podido persuadirla para que no hiciera huelga.”

Rosa simplemente agachó la cabeza. Los zapatos de la señorita Finch eran casi nuevos: botas de cuero bien atadas. Sus pies jamás sentirían la nieve filtrándose por las suelas.

“Rosa, te estoy hablando a ti, querida. Mírame, por favor.”

Alzó la vista para mirar el rostro pálido de la maestra, contraído en señal de desaprobación. Era delgada, pero ¿acaso la señorita Finch había conocido alguna vez el hambre de verdad?

“¿Hay miembros de tu familia que formen parte de esta terrible huelga?”

–Tienen hambre, señorita Finch –dijo Rosa casi en un susurro, pero la maestra la oyó. Vio que la señorita Finch parpadeaba y empezó a jugar con el lápiz que tenía en la mano.

“¿Saben lo que dijo el Sr. Wood? Las fábricas no pueden permitirse pagar salarios por cincuenta y seis horas de trabajo cuando solo reciben cincuenta y cuatro.”

Rosa sintió un nudo en la garganta. –Pero él consiguió cinco casas.

“*Tiene cinco casas.*”

“Sí, señora. Y tantos automóviles que no puede contarlos.”

La señorita Finch sacudió la cabeza. Se sonrojó. –Creo que es una broma. Aun así, tus padres están infringiendo la ley.

“Mi papá ha muerto.”

–Sí, lo dijiste. Lo siento. De verdad. Pero quienquiera que esté en tu casa involucrado en este negocio tan repugnante debe ser advertido. ¿Se dan cuenta de que Joseph Ettore es un anarquista? Eso significa, Rosa, que no cree ni en Dios ni en la ley. Él es... –bajó la voz y la cabeza y dijo, casi en un susurro—... es un *comunista*.

“El padre Milanese dice que tenemos derecho a pedir un salario digno.”

La señorita Finch resopló. –El padre Milanese no está de acuerdo con el resto de los líderes religiosos de esta ciudad, quienes han denunciado la huelga como impía e ilegal. ¿Acaso no es italiano?

“Sí, señora.”

“Ahí lo ves. Estoy segura de que tu obispo pronto lo pondrá en su sitio.”

No hacía falta recordarle a la señorita Finch que ella, Rosa, también era italiana, al igual que toda su familia. A pesar de

las dos desventajas –ser católica e italiana–, la señorita Finch siempre la había animado.

–Bueno, tenía esperanzas puestas en ti, Rosa. –Se alejó y dejó el lápiz sobre el escritorio, esperando, tal vez, que Rosa desapareciera.

“Por favor, señora. Quiero aprender. Usted dijo que debería superarme.”

La maestra regresó y le puso la mano suavemente en el hombro a Rosa. –Sí, lo hice. Es que... es que tengo miedo por ti, Rosa, querida. Hay tantos obstáculos...

“Sí, señora.”

“Intenta convencer a tu madre de que no vaya a la huelga, ¿quieres? Es un error terrible. Esos agitadores de fuera... No se puede confiar en ellos.”

“Dijo que no a la violencia. Eso fue lo que les dijo a todos.”

“¿Quién dijo eso?”

“El señor Ettore.”

La mano de la señorita Finch pasó del hombro de Rosa a su propia garganta. –Es el peor. Rosa, no debes creer nada de lo que dice. No le importan las fábricas ni los trabajadores de Lawrence. Solo busca el poder para sí mismo. Habrá una

violencia terrible. Hará cosas horribles e intentará culpar a otros. Habrá muertos. Ya lo verás.

Rosa salió de la escuela. Debería haber corrido; quedaba tan poco tiempo antes de la sesión de la tarde, pero las calles estaban demasiado concurridas para que pudiera correr bien y, además, necesitaba pensar. ¿Podría tener razón la señorita Finch? ¿Podría el hombre al que seguían Mamá, Anna y todos los trabajadores estar buscando solo poder para sí mismo? Un chico había sido apuñalado esa mañana. Pero había sido la milicia, no los trabajadores. A menos que... a menos que la señorita Finch tuviera razón. A menos que Joe Ettore intentara culpar a la policía y a la milicia por las acciones de sus propios seguidores. Rosa sacudió la cabeza para intentar aclarar sus ideas. Todo era demasiado confuso. ¿A quién podía creer? Era un asunto turbio y terrible. Quería que su madre y su hermana se mantuvieran alejadas de todo aquello, sin importar quién tuviera razón. Era demasiado peligroso. ¿Y si las mataban y se quedaba sola con el pequeño Ricci? Morirían de hambre, seguro, si no se congelaban antes.



Soldados y manifestantes en la huelga de Lawrence

## Capítulo VII

### EL REGRESO DE LA RATA DE ROSA

Rosa volvió al colegio el martes. ¿Qué más podía hacer? Mamá, Anna y los Jarusalis estaban tan metidos en la huelga que siempre estaban fuera, reuniéndose, haciendo piquetes o marchando. Había intentado convencerlas de lo peligroso que era hasta quedarse afónica, pero Mamá solo le dio una palmadita en la cabeza y salió por la puerta. La abuela J. estaba ocupada con sus nietos, Jonas y Kestutis, y el pequeño Ricci, y Rosa no podía hablar con ella de todas formas.

La gran noticia en la escuela era que Joe O'Brien había sido arrestado.

—¿Arrestado? —preguntó Rosa—. ¿Por qué?

—Ah, quería ser un pez gordo. Se fue a la línea de piquete, donde un montón de huelguistas les tiraban bolas de nieve

a la policía. Se los llevaron a todos a la cárcel –dijo Luigi con una sonrisa–. Pero Joe tiene un padre irlandés. Lo llevó a casa y le dijo que no podía salir hasta que terminara la huelga. Tuvo suerte. El juez les dio un año de cárcel.

“¿Por tirar bolas de nieve?”

Luigi asintió solemnemente. –Por tirar bolas de nieve.

Cuando la señorita Finch entró en el aula, los pocos alumnos que quedaban de lo que había sido la clase se pusieron de pie. No siempre habían sido tan educados, pero la huelga había infundido cierto orgullo en los hijos de los huelguistas.

La señorita Finch sonrió levemente ante el gesto. –Pueden sentarse, clase –dijo.

–¿Has oído hablar de Joe, señorita? –preguntó Luigi.

–Sí –dijo, y vaciló, como si no supiera cómo proceder.

“¡Casi fue a la cárcel!”, exclamó Celina.

–Joseph fue muy imprudente –dijo la señorita Finch–. Y, aunque es una lástima que vaya a faltar tanto a clase, creo que su padre hace bien en mantenerlo alejado de las calles. Espero que esto les sirva de lección a todos, si es que alguna vez pensaron en involucrarse en este turbio negocio.

Rosa hizo una mueca de dolor.

“Seguro que algunos de ustedes piensan que un año de cárcel es una condena desproporcionada por lanzar bolas de nieve. Pero como dijo el juez: 'La única manera de que aprendan la lección es imponiéndoles las penas más severas'. Sin duda, esto debería hacer que otros delanteros italianos se lo piensen dos veces antes de mostrar tal falta de respeto a la autoridad.”

–Joe no es italiano –dijo Luigi.

“Y debería haberlo sabido. Ahora bien, aquellos de ustedes que tienen libros de aritmética...”

Pero Rosa no podía concentrarse en los cálculos. ¿Y si arrestaban a Anna? Al fin y al cabo, había estado en primera fila en el desfile con su gran bandera estadounidense. Seguro que la policía la reconocería, y Anna no soportaría estar en la cárcel ni un día, mucho menos un año. ¿Y Mamá, que había estado cantando más fuerte que nadie? Se le aceleró el corazón. Si arrestaban a Mamá, ninguna de las dos sobreviviría. Tenía que convencerla de que volviera al trabajo o, al menos, de que dejara de marchar y protestar.

Esa noche lo intentó de nuevo. “Mamá, metieron a unos chicos en la cárcel... ¡durante un año entero! ¡Solo por tirar bolas de nieve!”.

Mamá suspiró. “Nos dicen que la ley no hace excepción de personas, pero ¿cómo pueden decir eso? ¿Meter a un chico en la cárcel por tirar una bola de nieve?”.

“¿Y si te meten en la cárcel?”

–¿A mí? –preguntó mamá riendo–. Yo solo soy una estúpida italiana. ¿Qué les importa lo que yo piense?

“¡Mamá! ¡Meten a cualquiera en la cárcel por la menor tontería!”

“¿Pueden meter a diez o veinte mil personas en la cárcel? La única cárcel lo suficientemente grande son las fábricas, y nosotros ya hemos estado en ellas.”

La señora J., Anna y Marija se rieron. Anna se rió tanto que empezó a toser. Mamá le trajo un vaso de agua y la abrazó. Le susurró algo mientras la niña bebía a sorbos. Rosa observaba horrorizada. ¿Sería solo el clima invernal o Anna se estaba enfermando de los pulmones como tantas otras niñas?

Se sobresaltó al oír el jovial “¡Y no lo dejaremos hasta que hagan lo que decimos, eh, Alba!” de la señora J. La señora J. había empezado a llamar a Mamá por su nombre de pila. Mamá levantó la vista, su expresión de preocupación había desaparecido. No estaba bien. Los Jarusalis eran huéspedes cuyo padre, un sinvergüenza, los había abandonado. Ahora, de repente, la señora J. se comportaba como una hermana

con Mamá, y a Mamá ni siquiera parecía importarle. Estaba sonriendo.

–¡Uf! –dijo, dejándose caer en una silla–. Tengo los pies cansados, igual que después de trabajar todo el día. Baja a la calle, Marija. Averigua dónde nos vemos mañana. Anna se dirigió a la puerta. –No, tú no, *bambina*. Descansa un rato aquí con mamá. Tenemos que estar fuertes para mañana.

–¡Mamá! –Rosa no podía creer lo que oía–. ¿Vas a desfilar *mañana*?

“Lo haré si Joe Etor lo dice.”

“¡Mamá, te dejas pisotear por esos anarquistas ateos!”

Mamá se giró bruscamente para mirarla. "¿Qué sabes tú, Rosa? ¿Ves lo que hay dentro del corazón del señor Joe Etor?"

“La señorita Finch...”

–No me hables de la «Señorita Finch», ¿de acuerdo? Ella sabe de la escuela, pero no sabe nada de la fábrica ni del señor Joe Etor. Anda, Marija, ve a preguntarle a la señora Marino dónde nos reunimos mañana por la mañana. Y tú, Anna, acuéstate un momento en la cama. –Anna dudó–. Anda, obedece a tu mamá. –Anna entró en la habitación del fondo, pero dejó la puerta abierta, como si temiera perderse algo.

Mamá se acomodó en su silla y, para horror de Rosa, se inclinó hacia adelante, se quitó los zapatos gastados y comenzó a frotarse los pies, justo delante de la señora Jarusalis. Soltó un suspiro profundo, lo que hizo reír de nuevo a la señora J.

–Buena idea, Alba –dijo, quitándose los zapatos y levantando un pie grande y sucio sobre su rodilla para frotárselo, con la falda subida casi hasta la cintura.

¿Acaso la huelga los convertiría a todos en salvajes?

“Ay, ¡cómo me vendría bien una taza de café ahora mismo!”, dijo mamá.

“¿Todavía recuerdas el sabor?”, preguntó la señora J.

–Nunca olvidas el café. Como no olvidas tu primer beso–. Mamá tenía los ojos cerrados y se humedeció los labios, como si saboreara el café o el beso, lo que hizo que Rosa se estremeciera de vergüenza.

“Ahora tengo que hacer mis deberes.”

–Bien –dijo Mamá sin abrir los ojos–. Buena niña.

Después de terminar sus deberes –lo que pudo hacer sin un libro de aritmética ni de gramática– Rosa se quedó en la sala con la puerta cerrada. Podía oír a las mujeres charlando y riendo; incluso la abuela y los pequeños Jarusalis se unían

al buen humor de la noche. Mamá y la señora J. estaban más felices que nunca desde que vivían juntas. Aquello enfurecía a Rosa. Mamá estaba arruinando su vida –la de todas– con esa huelga absurda. Anna se enfermaría y pasarían hambre, lo que le recordó que nadie había mencionado la cena.

Justo en ese momento, la puerta del pasillo se abrió de golpe y Marija entró corriendo hacia la cocina. «¡Cierra la puerta!», gritó Rosa, pero Marija no la oyó. Venía con prisa y noticias. Cuando Rosa se levantó de la cama para cerrar la puerta, las oyó a todas hablando a la vez, atropellándose las palabras. Rosa oyó la palabra «comida» y, sin querer, fue a la cocina para ver qué pasaba.

Anna ya se había levantado de su descanso. Se giró al ver a Rosa allí de pie. «¡Han montado un comedor social!», exclamó con los ojos brillantes. «Lo trajeron los trabajadores sindicalizados de Boston y Lowell. ¡Y dicen que la gente va a enviar dinero de todo el país! ¡Los trabajadores de todas partes quieren apoyarnos en la huelga!».

Mamá se puso de pie. Mientras las chicas reunían cuencos y cucharas para todos, Mamá fue al cuarto de atrás, sacó de la cama al pequeño Ricci, que aún dormía, y lo envolvió en su chal. «Vengan», ordenó. «Todos al salón italiano».

Rosa se hizo a un lado y los dejó pasar a todos. Se quedó atrás. En la puerta principal, Mamá se giró. «Ven, Rosa. Tú también».

Rosa vaciló. –Es como mendigar cuando no puedes pagar – murmuró.

–Es como un festín –dijo Mamá–. Vamos, no seas tonta. Tienes que comer. –Extendió su mano libre y dijo con dulzura–: Vamos, mi Rosina. No pongas esa cara de amargada.

Rosa no tomó la mano de Mamá, pero la siguió escaleras abajo hasta la calle. Todos estaban en un ambiente festivo, dirigiéndose a los distintos Locales étnicos donde se podía comer. «Vamos, Marta», le dijo Mamá a la señora J. «Ven al Salón Chabis. Siéntete italiana aunque sea por una noche. Está muy lejos para ir andando al Hijos de Lituania, ¿de acuerdo?». La señora J. rió y todos los J. las acompañaron al Salón Chabis, donde ya estaban dispuestas mesas y sillas. Llegaron de los primeros, y Mamá mandó a la abuela, a Rosa, al pequeño Ricci y a los chicos a guardar sitio mientras las mujeres y las chicas mayores hacían cola.

La sopa estaba espesa, con verduras y trocitos de carne; su aroma, por sí solo, casi bastaba para llenar un estómago vacío. También había pan crujiente recién hecho, más para cada uno del que habían tenido en meses. «¿Ves, Rosa?», dijo Mamá. «No nos morimos de hambre si hacemos huelga. Nuestros amigos del sindicato nos ayudan».

Rosa no respondió. Tenía la boca llena, pero no pudo evitar preguntarse qué sucedía al comer la comida de ateos y

anarquistas. ¿Era como comulgar estando en pecado? ¿Se iba al infierno?

\*\*\*

Rosa yacía en la cama, incapaz de dormir, con el sabor de la sopa espesa aún en la boca. Nunca debió haber ido al Salón. Cuando uno tiene hambre, es tan fácil dejarse llevar por el mal camino, y ellos se habían dejado llevar. Incluso aquellos que no deseaban ir a la huelga, que solo se habían ausentado del trabajo porque su temor a los vecinos era mayor que su temor a los dueños de la fábrica, habían ido a los Locales y comido la comida enviada por los miembros del sindicato de Boston y Lowell, y se habían calentado y saciado, y se habían olvidado de ser precavidos. Se dejó caer en la cama. La abuela J. gruñó. No debía despertar a la anciana. Mamá se enfurecería con ella. Si la abuela se quejaba, entonces Mamá, Anna y Ricci tendrían que cederle su cama en la habitación del fondo a la anciana, y las tres tendrían que venir a compartir la ya demasiado pequeña cama de Rosa. Pero al menos no roncarían, no como lo hacía la abuela. Jonas y Kestutis, que compartían la estrecha litera junto a la pared opuesta, dormían plácidamente. No les preocupaba comer la comida de los ateos. Solo a Rosa. Los demás se habían reído de sus temores.

La abuela J. se dio la vuelta, llevándose consigo casi toda la colcha. Rosa quiso recuperarla, pero sabía que no debía. ¿Qué pasaría cuando los J. dejaran de pagar el alquiler? Claro que sí, cuando se quedaran sin ingresos. Si mamá dejara de pagar el alquiler, ¿los echaría el señor Wood a la calle, a la nieve? No. El señor Wood había sido obrero en una fábrica. Sabía lo que era. No sería tan cruel. ¿O sí?

Las preguntas en su cabeza eran tan ruidosas que casi no oyó nada. De repente, lo oyó. Era el sonido de alguien llamando muy suavemente a la puerta. Se levantó de la cama, se acercó de puntillas y pegó la oreja al ojo de la cerradura.

–Oye, chica de los zapatos –susurró una voz–. ¿Estás despierta?

Rosa asintió.

“Oye, chica, ¿estás ahí?”

“Ah. Sí. ¿Eres tú?”

Sí. ¿Puedo entrar?

Giró la llave y entreabrió la puerta. –¿Qué haces aquí?

–¡Anda ya! –dijo–. Hace un frío que pela ahí fuera. Dormiré en la cocina, como antes, ¿vale?

–No, no está bien –susurró Rosa, mirando nerviosamente hacia el bulto en la cama que era la abuela J–. Vete a casa y duerme. Apuesto a que tus padres ni siquiera saben dónde estás.

“¿De quién crees que estoy huyendo?”

No había pensado en eso: alguien que tuviera que huir de casa y no hacia ella.

Él ya la estaba empujando para entrar en la habitación. «Me iré antes de que despierten», dijo mientras se dirigía a la cocina. Ella cerró la puerta principal con llave, sin saber qué más hacer ni cómo deshacerse de él.

Quiso decirle que esta vez no se llevara el pan, pero ¿cómo iba a hacerlo? Hacía apenas unas horas se había comido un buen plato de sopa y una rebanada enorme de pan ella sola, y además, el pan que quedaba en la cocina estaba duro y mohoso. Rosa lo vio tumbarse, acurrucado junto a la estufa fría, dándole la espalda. Podía oír la tos de Anna desde la otra habitación. Le dolía el pecho. Esperó un minuto antes de salir de la cocina. Cerró la puerta en silencio y se apoyó en ella, con el corazón latiéndole a mil por hora. ¿Por qué había dejado entrar al chico? Ni siquiera sabía su nombre; solo sabía que era un ladrón que les había robado el pan la última vez que se apiadó de él y le dejó dormir en la cocina. Y lo volvería a hacer. Estaba segura. Bueno, ya era demasiado tarde. Se escabulló de vuelta a la cama.

La abuela estaba esparcida por toda la cama, así que Rosa yacía rígida en el estrecho espacio que le quedaba y recitaba mentalmente las tablas de multiplicar para evitar pensar en todas las cosas que bombardeaban su mente.

¿Por qué mamá le sacudía el hombro? Todavía no podía ser de mañana.

–¿Qué pasa, mamá? –preguntó sin abrir los ojos.

–Shh. *Silencio*. Soy Anna, y no quiero despertar a nadie. – Anna se inclinó y le susurró al oído—. ¿Quién es ese chico en la cocina?

Rosa ya estaba completamente despierta. –¿Qué chico?

“¿Qué quieres decir con 'Qué chico'? Me levanté para beber agua y casi me tropiezo con él. ¡Me dio un susto de muerte! Venga, Rosa. Sabes a quién me refiero: al chico que huele a canal, que ahora mismo está tirado en el suelo de nuestra cocina.”

“Oh, él.”

–Sí, él. ¿Le dejaste entrar?

Ella asintió, sin atreverse a mirar a Anna a la cara, ni siquiera en la oscuridad.

“¿Lo hiciste? Entonces debes saber quién es.”

–Él es... –Ay, Dios mío, todavía no sabía su nombre–. Es... eh... Fred... del colegio.

“Bueno, saca a Fred o como se llame de aquí rápido.”

“No puedo. No tiene adónde ir. Se congelaría afuera.”

–¡Dios nos ayude, tienes razón! Bueno, sácalo de aquí antes de que mamá se despierte y lo pille, ¿entendido? – Suspiró–. Ahora vuelve a dormir, pero asegúrate de...

“Yo también. Tú también.”

¿Cómo voy a volver a dormirme? ¡El corazón me late a mil por hora! ¡Qué susto! –Lo siento, ¿vale? Lo sacaré pronto.

“Asegúrate de hacerlo.”

Pero durmió hasta tan tarde que mamá le pellizcaba los dedos de los pies y le decía que llegaría tarde a la escuela. Se incorporó rápidamente. La abuela y los niños ya estaban levantados y fuera de la habitación. Debió de haber dormido muchísimo. Ay, ¡el chico! Le había prometido a Anna que lo sacaría antes de que mamá se levantara.

–Tu ratita volvió a aparecer anoche –dijo Mamá como si le leyera la mente.

–¿Mi... qué? –Entonces, ¿lo había visto mamá?

“Entrando y saliendo en plena noche, llevándonos el último trozo de pan.”

Ella no podía hablar. ¿Por qué mamá lo llamaba su rata?

–Solo que esta vez –dijo Mamá con una amplia sonrisa– dejó un centavo. ¡Menudo pillo!

Rosa se quedó allí tumbada, parpadeando en la habitación aún oscura.

“¡Arriba, arriba, Rosina, levántate ya y baja corriendo a la panadería a comprarnos pan fresco antes de irte al colegio, ¿de acuerdo?”

Rosa se vistió rápidamente. Mamá le metió tres monedas de un centavo en la mano. –Díle al señor Cavacco que pagaremos el resto en cuanto ganemos esta huelga, ¿de acuerdo?

Rosa hizo lo que le dijeron, aunque sentía la cara ardiendo y no podía mirar directamente al señor Cavacco cuando le dio los tres centavos y le pidió que le apuntara los otros dos en su cuenta. Sabía que su madre estaba intentando estirar al máximo su último sobre de sueldo. El señor Cavacco no discutió. Sacó una libretita del cajón, se subió las gafas a la frente, humedeció la punta de su lápiz y escribió con cuidado en la página titulada SRA. SERUTTI: «17 de enero, 2 centavos a pagar».

Cuando trajo el pan nuevo a casa, fue recibido con gritos de alegría. Mamá tomó el cuchillo grande y cortó nueve rebanadas finas y perfectamente rectas, las untó con melaza y les dio siete a los que esperaban. Tomó las dos rebanadas blandas del centro del pan y cortó una en cuadraditos para Ricci. Él se metió un puñado en la boca y masticó el pan con una mirada de seria determinación. Mamá le sonrió, dejando su propia rebanada intacta por si el bebé también la necesitaba. *Necesita leche*. A Rosa le dolía el corazón por su hermano. Cuando era pequeño, tomaba leche casi todos los días. Cuando papá vivía.

Ese día hubo otro desfile y, como había predicho la señorita Finch, se desató la violencia. Los huelguistas arrojaron hielo a la milicia, y esta respondió golpeándolos con el dorso de sus espadas. «Nadie resultó herido, pequeña Rosa», dijo Mamá. «No te preocupes. Tu mamá y Anna están bien. Deberías ver a esa niña. Cuando alguien levanta un arma, se envuelve con esa bandera enorme. ¡Esos chicos de Harvard no se atreven a dispararle a la bandera!». Mamá rió.

El jueves hubo un desfile aún mejor. El señor Marad, que tenía una tintorería en la calle Oak, lo encabezó con su gran banda siria. «¡Oh, fue magnífico!», exclamó Mamá. «La mejor banda hasta ahora».

Al día siguiente, la policía recibió un aviso. Había dinamita almacenada en la tienda del Sr. Marad. La allanaron y, efectivamente, la encontraron. El Sr. Marad protestó

diciendo que no tenía ni idea de cómo había llegado allí. Joe Etor juró que los dueños de la fábrica habían pagado a alguien para colocarla y luego culpar a los huelguistas. La ciudad era un hervidero, con cada bando culpando al otro. Se encontró más dinamita, parte en el cementerio y parte en una zapatería justo al lado de la imprenta radical donde Joe Etor iba cada día a recoger su correo. Las autoridades estaban indignadas y triunfantes a la vez. ¿Acaso la dinamita no demostraba lo que habían sostenido desde el principio: que esta huelga solo traería violencia y desorden?

Rosa estaba desesperada. “Mamá, por favor. Si están almacenando dinamita...”

“¿Quién guarda la dinamita? ¡Nadie, digo yo! ¡Son las payasadas del señor Billy Wood!” Cuanto más se enfadaba Mamá, menos americana sonaba.

“Eso no lo sabes, mamá, no con certeza.”

Mamá miró a Rosa, con las fosas nasales dilatadas. –No te creas todo lo que dice esa maestra, Rosa. Ella no conoce el corazón del señor Billy Wood como yo.

“Ella *sí* conoce al señor Wood. Ella misma lo dijo. Él también fue obrero. Se preocupa mucho por los trabajadores.”

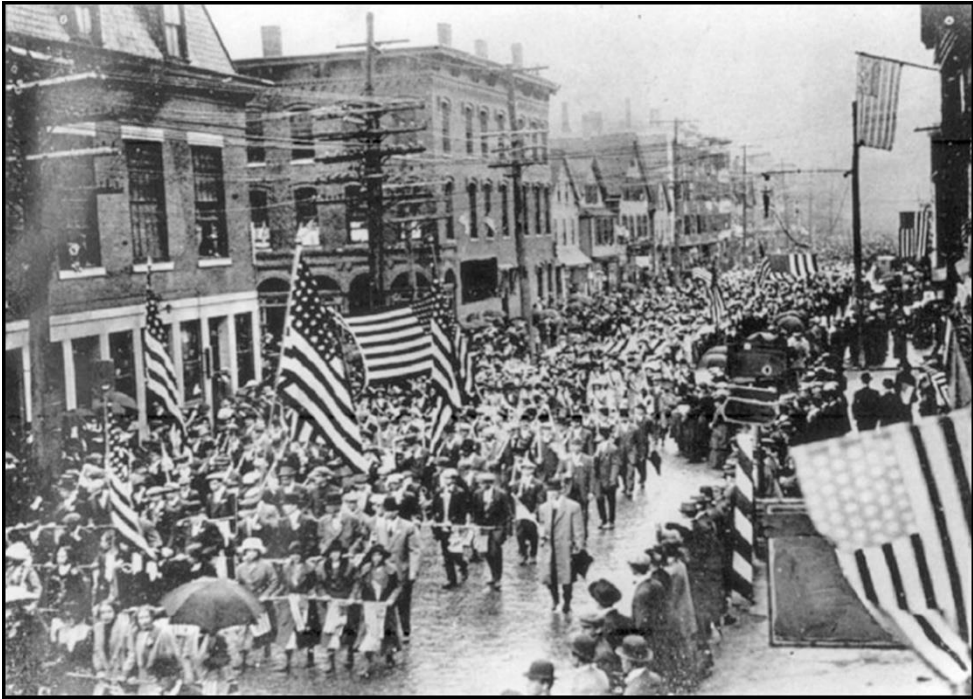
–¡Rosa! ¡Mira este apartamento! Nos lo dio... y pagamos muy poco alquiler, ¿verdad? Es tan bondadoso con nosotros

que me da seis dólares con veinticinco centavos a la semana por mi trabajo y me quita seis dólares de alquiler. ¡Ay, sí, es tan generoso conmigo! Con sus seis casas y tantos coches que ni siquiera los cuenta. ¡Ay, sí, señor, se preocupa mucho por su gente en las fábricas! –Se detuvo solo lo suficiente para recuperar el aliento–. ¿Sabes por qué encontraron dinamita en la tienda del señor Marad? ¿Eh? ¿Lo sabes? –No esperó respuesta–. Porque el señor Marad dirigió el mejor desfile con su gran banda siria. Ahora está en la cárcel. Ya no hay buena banda para el desfile. Eso es lo único que piensa el señor Billy Wood. No le importa que un inocente esté en la cárcel.

Rosa retrocedió. A veces, la furia de Mamá la asustaba tanto como los sucesos que ocurrían en las calles.

La escuela se convirtió en una especie de refugio. Aunque la señorita Finch no dejaba de condenar la huelga, Rosa casi podía hacer oídos sordos a sus palabras y concentrar sus preocupaciones en sacar buenas notas en aritmética, historia y, sobre todo, en inglés. Sería *estadounidense*, una estadounidense educada, civilizada y respetada, no una niña despreciada de una raza inmigrante. Cuando creciera, se cambiaría el nombre, se casaría con un verdadero estadounidense y tendría hijos estadounidenses de verdad. No iría a trabajar a una fábrica y los dejaría al cuidado de una anciana que ni siquiera hablaba inglés. Se quedaría en casa, cocinaría comida estadounidense, les leería libros estadounidenses y... Pero incluso mientras pensaba con

tanta determinación, en algún rincón de su mente podía oler los rigatoni bañados en salsa de tomate con trocitos de salchicha y escuchar la hermosa voz de su mamá cantando «*Un Bel Di*».



Manifestación en Lawrence durante la huelga del “Pan y de las rosas”

## Capítulo VIII

### PAN Y ROSAS

Para alivio de Rosa, el chico no volvió a llamar a la puerta. Cuando Mamá preguntó por él, Rosa dijo algo vago: «Hoy no fue al colegio», algo que ni siquiera el padre Milanese podría considerar una mentira. No quería añadir otro pecado a su conciencia por su culpa. Fue a confesarse el sábado y se quitó la primera mentira de encima, la de conocerlo del colegio, para poder comulgar. Fue a misa sola. Mamá y Anna estaban demasiado ocupadas reuniéndose y desfilando. Volvió a casa sintiendo como si un carámbano le hubiera atravesado el vientre. Tenía frío y hambre, pero no era solo eso. Estaba enfadada. ¿Por qué tenía que cargar con el peso de la piedad de toda la familia? Era como si la huelga se hubiera convertido en su religión, con Joe Etor como su sacerdote.

En cuanto entró en el apartamento, Rosa oyó el bullicio de voces femeninas que provenía de la cocina. Incluso cuando había un instante de silencio para que una sola voz hablara, sus palabras se interpretaban de inmediato en una ruidosa maraña de idiomas, más fuerte que el estruendo del agua sobre la presa del río. La puerta entre el salón y la cocina estaba abierta, y por encima del alboroto pudo oír la voz chillona de la señora Marino hablando en un italiano tan rápido que tuvo que esforzarse para entenderla. Al principio supuso que la emoción de la señora Marino se debía a Arturo Giovannitti, que había llegado para ayudar a Joe Ettore. El señor Giovannitti era la nueva obsesión de la señora Marino. Le caía incluso mejor que el héroe de todos los demás, el señor Ettore, porque el señor Giovannitti era poeta y, a diferencia del señor Ettore, nacido en Estados Unidos, venía directamente de su país natal, donde, la señora Marino sabía con certeza, había estado un paso por delante de la policía, que iba a encarcelarlo por anarquista. “*¡Come e romantico!*”, exclamó, apretando sus manos contra su gran pecho.

Pero no era el señor Giovannitti de quien hablaba con entusiasmo esa noche. Alguien nuevo llegaría en el tren. Alguien más importante que Ettore o Giovannitti. Alguien, al parecer, más importante que el Santo Padre, el Papa. Por lo que se oía, más importante que el mismo Señor.

Rosa se dejó caer en el borde de la cama y se quitó los zapatos empapados. Tenía los pies helados. Se frotó los dedos para intentar activar la circulación. ¡Cuánto daría por

un par de zapatos nuevos! «*Vendería mi alma*», pensó, y al instante la invadió el pánico. ¡No, no, no había querido decir eso!

–¿Rosa? ¿Eres tú? –Al menos Mamá se dio cuenta de que estaba en casa. A veces, durante la última semana, Rosa se había preguntado si Mamá siquiera sabía que estaba viva, o si le importaba. –Rosa, ven aquí. Necesitamos que practiques inglés como una buena colegiala. –A regañadientes, Rosa se levantó. El suelo estaba frío bajo sus pies descalzos y doloridos–. Vamos, rápido. Te necesitamos. –Luego, dirigiéndose a las demás, añadió–: Rosa escribe tan bien como una maestra, ¿eh, Rosa? –Rosa se sonrojó al oír a Mamá presumir.

–¡Rosina, *bambina*! ¡Ven aquí! –La señora Marino abrazó a Rosa y la besó en ambas mejillas–. Estás creciendo. ¿En qué grado vas ahora?

–Sexto –murmuró Rosa, avergonzada por la escena.

–¿Qué dice? –preguntó la señora Marino–. No oigo muy bien. Hay mucho ruido en la casa.

–¡Seis! –exclamó mamá en voz alta–. ¡Y la primera de su clase!

–¡Qué linda niña! –exclamó la señora Marino, sonriendo a Rosa y dándole otro beso apasionado–. Vamos, vamos, siéntate. –Se volvió hacia las mujeres que ocupaban las dos

sillas—. ¡Arriba, arriba! ¡Dejen que nuestra colegiala se sienta! –Ambas mujeres se pusieron de pie—. No, no, usted no, señora Petrovsky. Usted tiene las piernas feas. –La señora Petrovsky volvió a sentarse—. Toma, Rosa, justo aquí. –Puso las manos sobre los hombros de Rosa y la empujó hacia abajo en la silla más cercana a la mesa.

Frente a donde estaba sentada Rosa había un gran rectángulo blanco de cartón. Junto al cartón había un frasco de tinta –su tinta, notó Rosa, sintiendo un ligero resentimiento de que alguien se hubiera atrevido a robar sus preciados útiles escolares– y un pincel de unos dos centímetros y medio de ancho.

–De acuerdo –dijo la señora Marino—. Verás, tenemos que hacer un cartel *ENORME* para llevar esta noche a la estación de tren. Tiene que tener un buen mensaje y estar escrito con una letra muy bonita. Te necesitamos a ti, chica lista, para que lo hagas por nosotras, ¿de acuerdo?

¿Debía decirles a la señora Marino y a los demás que odiaba la huelga? ¿Que no quería participar en la creación de un cartel *enorme* para la misma? Debía, pero sabía que no lo haría. Era una cobarde, y mamá se había jactado de ello, así que lo único que dijo fue: "¿Qué quieren que diga el cartel?".

“Estamos pensando. Estamos pensando. Algo muy bueno.” Todas las miradas se posaron en la Sra. Marino. El resto

guardó silencio. Era un momento solemne. “Bien. Verán, solo dan una pieza. Así que solo un cartel. Tiene que ser realmente, realmente bueno. El mejor cartel del desfile, ¿eh?”

Todas las mujeres murmuraron en señal de asentimiento. *Sí, sí, el mejor cartel.*

La señora Marino continuó: «Queremos que el señor Bill Haywood vea nuestro cartel en cuanto baje del tren. Queremos que todos los periodistas de Nueva York, de Boston, vean nuestro cartel». Se inclinó tanto hacia Rosa que esta pudo oler el sudor que impregnaba su vestido. «Ahora, Rosa, tienes que escribir letras muy grandes y muy bonitas para que el señor Bill Haywood las lea incluso desde la ventanilla del tren, ¿de acuerdo? Para que sepa que somos alguien importante antes incluso de bajarse del tren, ¿entendido?».

Rosa asintió. ¿Qué más podía hacer?

“Ahora, señoras, ¿qué ponemos en nuestro cartel?”

Por un momento, se sobresaltaron. ¿Acaso no era la señora Marino la que tenía todas las grandes ideas? – Nosotras decimos –dijo la señora Jarusalis con vacilación, mirando de reojo a la señora Marino–: «Decimos: “Queremos pan”. Eso es lo primero, ¿de acuerdo? Tenemos que tener pan».

–Sí, sí –dijo la señora Marino, visiblemente decepcionada– . Pero no es suficiente. Todos escribirán eso poque nadie tiene pan.

–«Queremos pan» es buena señal, es una señal verdadera –protestó tímidamente la señora Petrovsky. Los demás murmuraron en señal de aprobación, pero la señora Marino sujetó la muñeca derecha de Rosa contra la mesa, para que no pensara que el asunto estaba zanjado y se pusiera a escribir demasiado pronto.

Entonces Rosa sintió una mano familiar posarse suavemente sobre su cabello y comenzar a acariciarlo. Levantó la vista hacia el rostro de Mamá. La habitación estaba en silencio, observando. Mamá jugaba con un rizo en el hombro de Rosa.

–Creo –comenzó en voz baja– que queremos... no solo pan para el estómago. Queremos algo más que pan. Queremos alimento para el corazón, para el alma. Queremos... ¿cómo decirlo? Queremos, ya sabes... música de Puccini. Queremos belleza para nuestros hermosos hijos. –Se inclinó hacia adelante y besó el rizo de su dedo. “Queremos rosas”.

Se oyó un murmullo mientras se traducían las palabras de Mamá para quienes no hablaban inglés. Luego, un suspiro colectivo cuando todos comprendieron. Ahora todas las mujeres, incluso la señora Marino, miraban a Mamá con una especie de admiración en los ojos.

Entonces Anna dijo: “Es precioso, mamá, pero es demasiado largo para nuestro cartelito”.

Mamá negó con la cabeza, como si su mente volviera de un campo más allá de Nápoles, donde recordaba la belleza. “Sí, sí, es demasiado largo, pero Rosa lo arregla, ¿eh, Rosa?”

La señora Marino aflojó el agarre en la muñeca de Rosa, y Rosa tomó el pincel y extendió la mano hacia el tintero. Todas las mujeres se inclinaron hacia la mesa. Podía oír su respiración ruidosa y percibir el hedor de sus ropas.

–¡No, no! –gritó la señora Marino, abriendo los brazos–. ¡Atrás, atrás! ¡Déjenla en paz! ¡No toquen la mesa! ¡Nadie! Obedecieron. Incluso mamá se apartó.

Rosa mojó el pincel y limpió con cuidado el exceso de tinta del borde del tarro. Inspiró profundamente, un suspiro que resonó en toda la cocina, y contuvo la respiración mientras apoyaba el pincel sobre el cartón blanco y comenzaba a escribir las primeras palabras, con una caligrafía tan nítida que incluso la señorita Finch se habría visto obligada a admirarla.

«*QUEREMOS PAN*», escribió en la primera línea. Todos los que sabían leer inglés asintieron y murmuraron las palabras a los demás. Sí, sí, claro que querían pan.

«*Y ROSAS ADEMÁS*».

Mamá dejó escapar un pequeño suspiro. Pero Rosa no había terminado. Un último toque y colocó una coma perfectamente curva entre *ROSAS* y *ADEMÁS*<sup>5</sup>; por si acaso, solo por si acaso, la señorita Finch viera el cartel y se maravillara de que estas extranjeras ignorantes supieran poner una coma. Con cuidado de no gotear, volvió a meter el pincel en el bote.

Mientras tanto, Anna leía en voz alta la segunda línea y luego todo el cartel. Se oyó un pequeño grito de júbilo y todos se acercaron para admirar la obra maestra.

–¡No, no! –gritó la señora Marino, extendiendo los brazos de nuevo–. ¡Todavía está mojado! ¡Que nadie lo toque! ¡Es bellissimo! ¡Ay, Rosa, mi niña! ¡Es el mejor cartel que nadie ha hecho jamás! –Tomó la cabeza de Rosa entre sus grandes manos rojas y besó la raya de su cabello. Lloraba de alegría.

A mamá también se le llenaron los ojos de lágrimas. "¿Acaso no digo que es la mejor de la clase?"

Después de que la señora Marino declarara que las letras estaban completamente secas, Anna clavó con cuidado el cartón a un palo de escoba roto, y las señoras volvieron a casa para cortar el pan para la escasa comida del mediodía de sus familias. Cuando se reunieron más tarde para marchar

---

<sup>5</sup> Aunque la traducción al castellano no distingue entre la utilización, o no, de la coma, en inglés, las referencias serían: WE WANT BREAD AND ROSES TOO y WE WANT BREAD AND ROSES, TOO. La palabra “too” suele ser traducida más corrientemente como “también”. [N. T.]

a la estación, la señora Marino le preguntó a Rosa si quería llevar su cartel. Fue entonces cuando recordó, una vez más, que no quería tener nada que ver con esa huelga; esa huelga para la que esa misma mañana había hecho «el mejor cartel que nadie jamás había hecho». «No», dijo. «Es el cartel de mamá. Fue idea suya. Debería llevarlo ella».

–¿Estás segura? –preguntó mamá, con la emoción de llevar el maravilloso cartel ya brillando en sus ojos oscuros.

–Seguro –dijo Rosa–. No formo parte de la huelga. No soy trabajadora. No debería estar en el desfile.

Las mujeres murmuraron en señal de desacuerdo. ¿Acaso no acababa de hacer el mejor cartel, el mejor cartel, el *bellísimo*? Pero estaban ansiosas por irse con su hermoso cartel, que seguramente llamaría la atención del señor Big Bill Haywood, quien venía desde la huelga de mineros del lejano oeste para apoyarlos, a ellos, los trabajadores extranjeros de las fábricas de Lawrence, Massachusetts.

En la puerta, Mamá vio que Rosa se había quedado atrás. “Vamos, Rosina, va a ser un desfile grandioso. Miles, miles de personas marchando. El señor Big Bill Haywood ha venido desde el otro extremo de Estados Unidos solo por nosotros. No te lo querrás perder, ¿verdad?”

–Tengo deberes –dijo Rosa. Pero no eran deberes, era el nudo en el estómago, que parecía no aflojarse nunca, lo que

le impidió presenciar lo que el periódico local más tarde llamó «la mayor manifestación jamás ofrecida a un visitante en Lawrence». Había más de 15.000 personas en la estación para recibir al Sr. Big Bill Haywood y a la famosa organizadora, la Sra. Elizabeth Gurley Flynn, pero Rosa no estaba entre ellas. Estaba en su cama, en casa, rezando a la Virgen para que protegiera a su mamá y a su hermana. Estaba segura de que el cartel llamaría la atención, pero ¿de qué servía llamar la atención cuando se enfrentaba al poderoso Sr. Billy Wood, al alcalde, a la policía, a la milicia, al gobernador... a todo el Estado de Massachusetts, quizá incluso a todos los Estados Unidos? Y si su mamá acababa en la cárcel, o herida, o muerta, ¿de quién sería la culpa entonces? Ella había hecho el mejor cartel. Iría sobre su cabeza. Se deslizó bajo la colcha y se la echó sobre el cuerpo, sintiéndose culpable, aunque todavía había luz del día fuera de la puerta del edificio de apartamentos.

## Capítulo IX

### LA HERMOSA SEÑORA GURLEY FLYNN

Jake estaba más nervioso que una cuerda en un trompo. Tan nervioso después de una semana robando comida y durmiendo en basureros que, sin querer, se dejó llevar por la euforia de la multitud del domingo. Eran miles, todos agolpándose hacia la estación de tren. Alguien iba a llegar al pueblo. Alguien, a juzgar por el fervor de la multitud, que creían que iba a resolver sus asuntos de una vez por todas.

Jake era más bajo que los hombres que lo rodeaban, y no podía ver nada más que el abrigo sucio del hombre contra el que lo empujaban. Pero Jake era delgado como un palo y estaba acostumbrado a escabullirse entre la multitud, así que cuando oyó el silbato y luego el potente traqueteo de la gran locomotora, ya estaba en primera fila.

El tren se detuvo con un chirrido de frenos y un fuerte silbido de vapor. La multitud rugió y la gente comenzó a empujarse para ver mejor. Banderas y carteles ondeaban en alto sobre las cabezas de quienes los portaban. Si Jake hubiera sabido leer, tal vez habría reconocido de quién era el nombre pintado en ellos, quién era de tan inmensa importancia como para que aquella multitud hubiera desafiado el frío y las amenazas de las autoridades para recibirlo en la estación. Entonces, como para responder a su pregunta, la multitud comenzó a corear: «¡Big Bill! ¡Big Bill!».

Apenas dejaron de chirriar los frenos cuando un hombre enorme con sombrero de vaquero saltó del tren, sin siquiera esperar a que el mozo colocara los escalones junto al vagón. Su mirada recorrió a la multitud. Uno de sus ojos era de un blanco lechoso, lo que le daba el aspecto de un gigante feroz y medio ciego. Jake sintió un escalofrío, pero nadie más pareció intimidarse. Gritaron su bienvenida. El hombre agitó su gran sombrero y sonrió. Bajando los escalones tras él venía un pequeño grupo de hombres y, de repente, una joven. Los demás hombres no le llegaban ni a los talones al que debía ser el "Big Bill" al que la multitud había aclamado, pero la mujer... la mujer simplemente dejó a Jake sin aliento. Llevaba un gran sombrero de ala ancha que casi ocultaba lo que parecía ser una mata de pelo negro. Su piel era blanca como la leche, su cintura más estrecha que el cuello del Big Bill, sus ojos claros y azules como el cielo de verano. Jake se llevó la mano al pecho para contener la emoción. No podía

dejar de mirarla. Ella era suficiente para que cualquiera quisiera unirse a su maldito sindicato.

Sus ojos brillaron de emoción cuando una de las tres bandas comenzó a tocar. La banda siria no estaba allí para recibir a los recién llegados. Jake sabía, por los rumores en la calle, que su líder estaba en la cárcel por esconder dinamita. ¡Ja! ¿Acaso esos jefes ineptos creían que *alguien se iba a creer que un simple tendero sirio iba a arriesgar su vida dinamitando un molino?* Jake escupió con desprecio la nieve sucia, pero en vez de eso, le dio a los zapatos del manifestante que estaba a su lado. Por suerte, el hombre estaba vitoreando con tanto entusiasmo que no se dio cuenta.

Las tres bandas se turnaron para tocar melodías, y al final de cada canción, una parte distinta del público rugía de aprobación; alguna melodía de su país de origen, supuso Jake. Entonces, las tres bandas juntas comenzaron a tocar melodías que hicieron que la policía y la milicia apretaran con fuerza sus armas y miraran con nerviosismo a los manifestantes.

–¡Eh, Jake! ¿Dónde has estado? –Eran Angelo y sus compañeros de piso, incluido Giuliano, que probablemente seguía furioso por su camisa arruinada. Claro, Jake no podía evitar arruinarle la camisa al hombre, ¿verdad? No le había pedido a su padre que le diera una paliza, ¿o sí? Justo entonces, la multitud se giró para escoltar a Big Bill y su

grupo al parque, y Jake pudo evitar a sus antiguos compañeros. Pero fue una tontería por su parte, ¿no? Angelo parecía contento de verlo. Jake probablemente podría dormir en su casa y comer con regularidad si los alcanzaba. Al fin y al cabo, no había robado nada de *su* apartamento, solo la camisa ensangrentada del gruñón de Giuliano.

El grupo que llegó en el tren y los líderes de la huelga de Lawrence, entre ellos Ettore y Giovannitti, a quienes los trabajadores habían acogido como a uno de los suyos, comenzaron a abrirse paso entre la multitud hacia la plaza. Pasaron tan cerca de Jake que este podría haber extendido la mano y tocar a la hermosa mujer, pero no se atrevió. Dejó que la multitud lo hiciera girar para seguir a los líderes. La multitud se unió a las bandas, cantando a todo pulmón, aparentemente ajena a la policía y la milicia que custodiaban el camino. Los miles tardaron una eternidad en recorrer las cinco manzanas desde la estación hasta la plaza; tiempo suficiente para cantar muchas canciones antes de que todos se reunieran frente a la plataforma improvisada donde ella se encontraba, brillando como una estrella entre los hombres de uniforme oscuro.

Por fin comenzaron los discursos. A Jake no le gustaban mucho, pero esperó, con la esperanza de que ella hablara. Una ventaja de las multitudes como aquella era que todos estaban tan apretados que lo único que podía enfriarse eran sus pies. Era imposible mantenerlos fuera del aguanieve

helada. Aunque estaba impaciente por que los hombres se callaran y dejaran hablar a la señora, tenía que admitir que Big Bill era impresionante: su voz era tan potente que probablemente se le habría oído hasta Canal Street.

–He leído en los periódicos –dijo el hombre corpulento– que Lawrence me temía. No es la gente de Lawrence la que me teme; son los superintendentes, agentes y dueños de las fábricas. La multitud rugió. Luego, con la mirada fija en la milicia que custodiaba las calles alrededor de la plaza, les dijo: –He participado en huelgas donde había soldados –les dijo–, pero nunca vi una huelga sofocada por ellos.

Jake se unió a los gritos de aprobación, pero sus ojos no estaban puestos en Big Bill; estaban en la mujer que lo acompañaba. No podía apartar la vista de ella. Con solo mirarla, una llama surgió en sus dedos congelados y recorrió todo su cuerpo hasta la cabeza. En ese mismo instante decidió unirse a la huelga, solo para poder seguirla a todas partes.

Al día siguiente, Jake se enteró de que ella hablaría con las huelguistas en el Salón Franco–Belga. No le importó que fuera una reunión de mujeres donde solo se permitía la entrada a mujeres y niños. Olvidó que, hacía unos días, se había sentido orgulloso de que aquel niño de Joe O'Brien lo hubiera confundido con un hombre. Si tenía que comportarse como un niño para entrar en una reunión donde hablaba su diosa, lo haría.

Ella lo vio mirándola fijamente mientras la presentaban, o al menos eso supuso. Todo era en francés. Ella lo miró a la cara y sonrió... *le sonrió* directamente a él, Jake Beale. Se sintió mareado y estaba demasiado confundido para devolverle la sonrisa. Por fin, ella empezó a hablar. Para su alegría, habló en inglés y luego esperó pacientemente a que una de las mujeres huelguistas lo tradujera al francés. Dijo que tendría que irse de Lawrence inmediatamente. Las mujeres protestaron. «No quiero dejarlas», explicó, «pero tengo que ir a recaudar dinero de otras secciones de nuestro sindicato. Esta puede ser una huelga larga, y sus compañeros de los Trabajadores Industriales del Mundo querrán apoyarlas. Deben tener comida para ustedes y sus hijos. Deben tener dinero para comprar combustible para sus estufas con este frío. Su deber es mantenerse unidas, oponerse a todo aquel que quiera debilitar su determinación: marchar, hacer piquetes. Mi deber es reunir los fondos para apoyar su causa». Les sonrió a todas. “Pero volveré, lo prometo.”

No tenía sentido ir a las reuniones si ella no iba a estar allí. Sin su presencia, aquellos Locales sombríos se habían apagado por completo. El resto de la semana, Jake volvió a pasar las noches durmiendo en basureros y robando comida, y solo iba a los distintos comedores cuando sabía que habría sopa. Allí, siempre se mantenía callado para que nadie sospechara que era nativo y no uno de los inmigrantes en huelga. La única vez que se atrevió a ir al comedor italiano,

creyó ver a la chica de los zapatos delante de él en la fila. Se marchó rápidamente, antes de que ella pudiera verlo, aunque ¿por qué iba a evitarla? ¿Acaso no le había dejado una buena cantidad de dinero –un centavo entero– la última vez que durmió en su cocina? A veces ni él mismo lo entendía. Para el viernes, le pareció que la señora Gurley Flynn, como ahora sabía que se llamaba, había olvidado su promesa de volver. Estaba cansado, aburrido y miserable. ¿Por qué no volver al trabajo y ganar algo de dinero? Los jefes les pagaban buenos sueldos a los esquiroles. Así que esa mañana se dirigió al trabajo, pero dos manzanas más arriba de Canal Street, una mujer enorme lo detuvo gritándole amenazas en italiano, para luego darle una sonora palmada en el trasero y ordenarle en inglés: «¡Nada de esquiroles! ¡Vete a casa!». De alguna manera, les tenía más miedo a esas mujeres corpulentas que a la policía a caballo o a la pequeña milicia de soldaditos de plomo con sus fusiles y bayonetas.

Durante todo el día, mientras caminaba con cansancio por el pueblo, oyó el rumor de que Joe Ettor había ido a Boston a reunirse con Billy Wood y exigir un aumento salarial del quince por ciento para todos los trabajadores. ¡Ja! No es que Jake supiera calcular cuánto sería el quince por ciento de cinco dólares con veinticinco centavos, pero ¿por qué iba a importarle? Quizá no fuera muy bueno con los números, pero sabía lo suficiente como para darse cuenta de que Billy Wood no iba a subirle ni un centavo el sueldo.

Para el domingo estaba tan cansado y tenía tanto frío que fue a todas las misas de la iglesia del Santo Rosario solo para poder dormir un poco. Estaba demasiado cansado para acercarse al altar con la esperanza de recibir una de esas galletitas de papel, pero podía dormitar durante la jerigonza en latín. Se habría quedado más tiempo, de no ser porque alguno de esos católicos italianos debió de reconocerlo. En fin, el sacerdote bajó por el pasillo después de que la iglesia se vaciara tras la misa del mediodía y le preguntó qué hacía durmiendo durante tres misas seguidas. Jake salió corriendo, echando una mirada hacia atrás a la caja de limosnas. La cerradura parecía lo suficientemente endeble como para justificar una segunda visita.



Elizabeth Gurley Flynn dirigiéndose a los trabajadores

## Capítulo X

### **ANARQUÍA**

La escasa docena de niños que quedaban en la clase de Rosa permanecían sentados en sus pupitres, perplejos y en silencio. La campana había sonado hacía rato y la señorita Finch seguía sin aparecer. Su ausencia tenía un aire casi sepulcral. Los alumnos sabían que los profesores siempre estaban en el aula. No tenían vida fuera de ella. Por lo tanto, nunca llegaban tarde, y mucho menos faltaban. La impuntualidad, según explicaba la señorita Finch, era uno de los siete pecados capitales.

¿Cómo explicar entonces la desaparición de la señorita Finch? ¿Qué deberían hacer?

Finalmente, Rosa abrió su único libro de texto, el de historia, e intentó releer la densa descripción de la

Convención Constitucional. De reojo, vio que los chicos Khoury habían apoyado la cabeza en sus pupitres para adelantar su siesta matutina. Celina Cosa se había soltado las dos coletas y estaba volviéndose a trenzar una con cuidado.

Celina sorprendió a Rosa mirándola. –Está muerta –dijo Celina. Alguien varias filas atrás soltó una risita burlona. Celina se giró bruscamente. –No tiene gracia. Se irá directa al infierno, por ser protestante y todo eso.

Rosa se quedó atónita. Claro que sabía que la Iglesia enseñaba que si no eras católico estabas perdido, pero nunca lo había aplicado a la gente que conocía. Mucho menos a la señorita Finch, tan correcta, siempre presente, nunca impuntual, y que, con su aire de solterona, se esforzaba desesperadamente por convertirlos en ciudadanos estadounidenses buenos, intachables y educados.

Se quedó aún más sorprendida cuando, unos minutos después, la señorita Finch irrumpió por la puerta, con el sombrero ladeado, el pelo suelto de su moño siempre perfecto y el abrigo medio abotonado.

Jadeaba como un perro callejero. «¡Atacaron mi tranvía!», gritó. «¡Nos tiraron piedras! ¡Solo intentaba llegar a la escuela!». Hizo una pausa para recuperar el aliento. «Ay, niños, ¿no les advertí que habría una violencia terrible? Estos agitadores anarquistas están convirtiendo a la gente en

animales... *¡animales!* Apenas escapé con vida, y luego tuve que correr... ¡tuve que correr todo el camino para llegar hasta ustedes!». Se dejó caer en su silla, exhausta.

Los niños la observaban embelesados, mirándola fijamente mientras intentaba recomponerse. «Todo empezó con bolas de nieve y hielo. Ahora...» Bajó la mirada hacia su abrigo y, con dedos temblorosos, comenzó a desabrochar los últimos botones. Luego se puso de pie, se quitó el abrigo y lo dejó sobre su pupitre. La miraban, tan absortos como si presenciaran una función. Se quitó el sombrero, volvió a colocar los alfileres en la copa y lo dejó sobre el abrigo. Entonces se tocó el pelo. De repente, cogió el sombrero y el abrigo y se dirigió al guardarropa al fondo del aula. La clase permaneció en silencio, atónita, esperando a que reapareciera, con el pelo recogido en su habitual moño apretado y el rostro visiblemente más sereno.

–Celina –dijo–, este no es tu tocador, querida. Por favor, ve al guardarropa para terminar de arreglarte el cabello. Celina se puso de pie, aún sujetando el mechón de cabello medio trenzado. Mantuvo la cabeza girada para observar a la maestra y tropezó con sus zapatos mientras se dirigía al fondo de la sala.

–Ahora, niños, no tengan miedo. Estoy segura de que están tan disgustados como yo porque esta huelga se ha puesto tan fea. He intentado advertirles de lo que podría pasar. Sus padres se están dejando influenciar por estos anarquistas y

marxistas. No estoy segura de que hayamos hablado aún del marxismo. Baste decir que todos los marxistas son ateos. Eso significa que no creen en Dios. Sé que hemos hablado del anarquismo. –Miró a Rosa–. ¿Puedes explicarle a la clase qué es un anarquista, Rosa?

“Son personas que no confían en el gobierno.”

–Sí, pero es más que eso, ¿verdad? –La voz de la maestra era amable. Deseaba profundamente que lo comprendieran–. Los anarquistas no solo desconfían del gobierno, sino que quieren deshacerse de él. Son personas sin ley y se enorgullecen de serlo. Y ¿qué –se detuvo para mirar a cada uno de los niños–, cómo sería la vida sin leyes? ¿Sin policías que nos protegieran de quienes quisieran hacernos daño?

“Un policía golpeó a mi mamá.”

Rosa no tuvo el valor de darse la vuelta para ver de quién era esa voz tranquila que se había atrevido a desafiar a la maestra.

–Estoy segura de que el policía solo intentaba mantener el orden –dijo la señorita Finch–. Lo tienen muy difícil, ¿sabes?, cuando miles de personas los amenazan a diario. Se preparan para dinamitar las fábricas, les tiran piedras...

“Los trabajadores no colocaron dinamita, señorita Finch. Fue un truco.”

Entonces Rosa se giró para ver quién tenía el descaro de ocupar el lugar de Joe O'Brien como rival del profesor, un papel que había desaparecido cuando lo arrestaron. Se sorprendió al darse cuenta de que era la pequeña Olga Kronsky, que casi nunca había hablado en clase, por eso Rosa no había reconocido su voz.

«Mi mamá decía que los dueños harían cualquier cosa para dejar mal parados a los huelguistas. Quizá esos hombres de Pinkerton que contrataron fueron los mismos que les tiraron piedras al tranvía. Joe Ettor decía que si pasaba algo malo, siempre intentarían hacer creer que los trabajadores eran los culpables».

“Lo hicieron. Los trabajadores lo hicieron, Olga.”

“No, señora, no hayan hecho nada.”

*“No han hecho nada, Olga, no es no hayan hecho nada.”*

“Pero a eso me refiero, señorita Finch, mi madre no ha hecho nada malo. Joe Ettor dijo: 'Nada de violencia', y eso es lo que hemos hecho. No hemos hecho nada de violencia.”

Rosa supo por la expresión de Olga que no tenía ni idea de que la señorita Finch intentaba corregir su gramática, no su protesta.

La señorita Finch, al parecer, se dio cuenta de que su causa era inútil. Suspiró profundamente y se sentó en su escritorio.

«Muy bien, Olga. Me temo que pronto te desilusionarás. Ah, bienvenida de nuevo, Celina, estás muy guapa».



Comedores para niños en la huelga de Lawrence

## Capítulo XI

### EL DÍA QUE SE DESATA EL INFIERNO

Jake estaba harto de todo: de rebuscar comida, de los lugares inmundos donde tenía que dormir o de las iglesias donde intentaba descansar, pero que no acogían a vagabundos como él, que solo acudían buscando refugio del viento invernal y la oportunidad de robar unas monedas. Hubo esos breves momentos con Angelo, y luego cuando vio a la señora Gurley Flynn, en los que casi llegó a pensar que la huelga era algo bueno, pero la sensación no duró. No tenía un Salón Nacional al que entrar con orgullo en busca de calor, comida y compañía durante esos días oscuros. La huelga no le ofrecía nada más que frío y hambre.

Así que aquel lunes, más de dos semanas después de que aquel maldito negocio hubiera comenzado, decidió volver al trabajo. Ganaría el dinero suficiente para comprarle a su padre whisky para que no lo golpeará, y regresaría a vivir a la choza junto al río que había sido su hogar desde que tenía memoria. Recordaba muy bien cuánto había odiado aquella vida, pero esta nueva era peor. Nunca sabía qué esperar del día a día. Y hacía tanto frío. Ahorraría de su paga al menos lo

suficiente para comprar carbón para la pequeña estufa de la choza. Sí, encendería un fuego por la noche y dormiría cerca de él.

La multitud en Canal Street era casi tan densa como la semana anterior en la estación. Pero estaban enfadados, abucheando y gritando a los trabajadores que intentaban abrirse paso a codazos para llegar a las puertas de la fábrica o cruzar el puente del canal y acceder a las fábricas de Wood o Ayer. «¡Esquirol! ¡Esquirol!», gritaban, junto con lo que él supuso que eran obscenidades en sus lenguas nativas. Persistió y estaba casi al llegar al puente cuando una mano brusca le agarró del brazo.

–No estarás haciendo de esquirol, ¿verdad, muchacho? – Era Giuliano.

Jake decidió en ese mismo instante que tendría que renunciar a ir a trabajar ese día. «No, no», dijo. «Vengo a ayudar en el piquete».

¡Más te vale no verte cruzando ese puente!

–¡Yo no lo haría! –respondió Jake, zafándose del agarre de Giuliano–. ¡Esquirol! ¡Esquirol! –gritó mientras se alejaba del hombre enfurecido... y se topó de frente con un enorme caballo. El policía que lo montaba se agachó y le dio un golpe en el hombro con una porra. Jake gritó sorprendido y luego

maldijo al oficial en el único idioma que estaba seguro que entendería.

“¡Maldito mocoso malhablado!” El policía detuvo su caballo y usó su gran flanco para empujar a Jake hacia el canal.

*¡Por todos los cielos! ¡Quiere tirarme al agua!* El agua del canal estaba tan sucia que, si no te congelabas, el veneno te mataba seguro. Jake se apartó rápidamente, acercándose a un hombre con una enorme bandera estadounidense que gritaba a la multitud que lo siguiera por la calle Union. La gente venía de las líneas de piquete más al este, de Canal, y se unía a la multitud. Alguien empezó a cantar. Como no había ido a muchas reuniones, Jake no conocía ninguna de las canciones, pero le gustaba cómo sonaban y escucharlas le calmó un poco la ira.

El ánimo de los huelguistas pareció suavizarse durante la subida a la colina. Se parecía más a la multitud que había recibido a Big Bill y a la señora Gurley Flynn. Quizás, después de todo, volvería. ¿Acaso no había prometido, traer dinero y ayuda para los huelguistas? Se le enterneció el corazón al recordarla, de pie frente a las mujeres extranjeras como si no fuera mejor que ellas, como si fueran hermanas. Los manifestantes pasaban justo por la fábrica Everett cuando, por encima de los cantos, oyó un disparo. Todos lo oyeron, pues la música cesó de golpe y la multitud se quedó paralizada.

Algunos miraron hacia el molino para ver de dónde podría haber venido el disparo; otros, hacia la policía y la milicia que custodiaban la ruta. Jake ni se molestó en investigar. Si había habido disparos, solo quería alejarse. Mientras se abría paso entre los atónitos manifestantes, podía oír los murmullos que iban de boca en boca.

¡La mataron!

“Está muerta.”

“Annie Lopizzo... Ya sabes quién es. Trabaja en el Everett.”

“No, no, ella trabaja en Pacific.”

Pero, ¿qué importaba dónde hubiera trabajado si estaba muerta?

Se dirigió a la panadería polaca, el lugar donde la dependienta le había dado café y un panecillo después de aquella terrible noche en que su padre lo había golpeado hasta dejarlo ensangrentado. No le importaba si lo recordaban o no. Quería estar a salvo, abrigado y tener algo en el estómago. Quizás entonces podría decidir qué hacer.

La puerta estaba abierta y sonó una campanilla. La chica que había visto antes entró en la tienda desde la panadería de atrás. –¿Puedo ayudarle? –preguntó. Parecía no reconocerlo.

“Le dispararon a alguien”, dijo.

“¿Quién, quién disparó...?”

“La policía. Estábamos marchando pacíficamente por Union, y justo antes de llegar a Garden...”

–¿Lo viste? –Sus ojos estaban muy abiertos; era evidente que estaba asustada.

“Sí, claro. Ella no hizo nada y la mataron a tiros.”

–¿Le dispararon a una *mujer*? –La chica se sentó en un taburete, atónita.

Asintió con la cabeza, sin tener idea de la edad que tenía la persona.

“Y yo pensaba que las cosas irían mejor ahora.”

"¿Mejor?"

¿No te has enterado? Han descubierto quién escondió la dinamita. Y no fue ningún obrero.

Le interesaba más la bandeja de bollos que había detrás del cristal, pero sabía que no debía demostrarlo. –¿Entonces quién lo ha hecho?

“Breen. Ya sabes, el enterrador irlandés. Su padre fue alcalde una vez.”

“¿Por qué *haría* algo tan tonto?”

–Porque es un tonto. Envolvió los cartuchos en una copia de su propio libro de registro de la funeraria antes de esconderlos. Incluso fue él quien avisó a la policía dónde buscarlos. –Negó con la cabeza, incrédula–. Quien le pagó debería recibir un reembolso. –Suspiró y se levantó–. Pero usted viene por algo más que las noticias.

Se mordió el labio.

“No pasa nada. Nadie tiene dinero. ¿Quieres un bollo de pasas, muchacho?”

Él asintió. Ella metió la mano y cogió uno grande. Luego otro. «Toma. Llévate dos. Vamos a cerrar pronto, sobre todo si la cosa se pone fea ahí fuera. Mañana no estarán frescos».

Jake salió de nuevo a la ruidosa calle, masticando el pan dulce y blando, con el segundo bollo guardado bajo la camisa para después. Había empezado a nevar con fuerza y era probable que se desatara una tormenta feroz antes del amanecer. Esperó a que oscureciera, luego se coló en la iglesia del Santo Rosario, abrió la caja de limosnas y, por su molestia, consiguió dos peniques. Sabía que no debía dormir en la iglesia que acababa de robar y se dirigió a través de la nieve que caía hacia la iglesia de Santa María. Solo tendría que evitar al sacristán irlandés.



Big Bill Haywood llega a Lawrence

## Capítulo XII

### ¿QUIÉN MATÓ A ANNIE LOPIZZO?

–No quiero que vayas a la escuela hoy, Rosa. –Rosa asintió, aliviada. Ella tampoco quería ir. El coronel de la milicia, culpando a los huelguistas de la muerte de Annie Lopizzo, dijo que sus hombres debían disparar a matar. ¿No había salido en el periódico? En fin, todos sabían que lo había dicho. –¡No buscamos la paz ahora! –añadió el coronel Sweetser, por si acaso los huelguistas lo malinterpretaban. ¿Quién querría estar en la calle después de oír eso? Rosa apenas tenía ganas de levantarse de la cama.

Pero sabía que Mamá quería decir que debía quedarse en casa para ayudar con los preparativos del funeral. Aunque Mamá y Anna apenas conocían a Annie Lopizzo, había sido una de ellas, una de sus compañeras de huelga, y las mujeres del barrio estaban decididas a que los dolientes en su funeral

superaran en número incluso a la multitud que había recibido a Big Bill.

Todo parecía tan prometedor entonces. «*Nosotras también queremos pan y rosas*». Toda la semana habían rebotado de orgullo y determinación. Pero justo cuando las cosas parecían mejorar, su mundo se derrumbó. Annie Lopizzo había muerto, y antes incluso de ser enterrada, se enteraron de que el apacible señor Caruso había sido encarcelado por el asesinato, y que Joe Ettor y Arturo Giovannitti, que no se encontraban cerca de las calles Union y Garden en ese momento, habían sido acusados de incitar a la violencia y, por lo tanto, arrestados como cómplices. Así que sus dos líderes también estaban ahora en la cárcel por asesinato. Y ese mismo día terrible, el niño sirio que había sido atacado con bayoneta dos semanas antes murió a causa de sus heridas.

“¡Y encima se atreven a llamarnos *violentas!*”, gritó Mamá a las mujeres reunidas en la cocina.

“¡Bonito señor Giovannitti! ¡Morirá en la cárcel! Un poeta es como un pájaro salvaje y hermoso, ¿verdad? Si lo enjaulas no puede cantar, ¡y muere!” La señora Marino se cubrió la cabeza con el delantal y rompió a llorar.

–Pero ¿qué haremos sin el señor Ettor y el señor Giovannitti para guiarnos? –preguntó la señora Petrovsky,

una pregunta que todos compartían en sus corazones—. ¿Qué haremos ahora?

“Hacemos lo mismo que siempre. Marchamos, cantamos, nunca, nunca, *nunca* nos rendimos”, dijo Mamá.

Y Rosa sabía que no lo haría, y vio a Mamá tendida en la calle en un charco de su propia sangre. ¡Santa María!, ¿cómo podría Rosa mantenerla en casa? Un funeral multitudinario con miles de dolientes provocaría un derramamiento de sangre. «¡Disparen a matar!», había dicho el coronel. Desde la cárcel, Joe Ector mandó decir que todos debían mantener la calma, pues la única paz que las autoridades deseaban era la del cementerio.

“Ven, Rosina, vamos a presentar nuestros respetos.”

–No me siento bien –dijo Rosa.

“Enfermos o sanos, todos vamos. Incluso Ricci. Annie Lopizzo es mi hermana.”

Así que... todos morirían. Era tan simple como eso. Mamá estaba decidida. El terror era tan intenso que Rosa sentía su peso, como si cargara un saco de carbón a la espalda. Pero el miedo se había transformado en resignación. Al fin y al cabo, ¿cómo podría vivir si Mamá, Anna y Ricci estaban muertas? Bien podía morir con ellas.

El cuerpo yacía en la funeraria DeCesare, en Common Street. Era el mismo lugar donde habían llevado a papá tras el incendio del molino. Sintió que iba a vomitar sobre la nieve al acercarse. Había habido una ventisca la noche en que murió Annie. «Dios mismo es furia», había dicho mamá. Así que ahora estaban allí, con el aguanieve helada hasta los tobillos, frente a la funeraria. No se oía ningún canto, casi nadie hablaba, mientras la larga fila de huelguistas esperaba pacientemente a que les permitieran entrar al velatorio. Las únicas voces eran los gritos de la milicia, que rodeaba a la multitud y gritaba órdenes y amenazas desde sus caballos. Nadie en la multitud parecía prestarles atención; permanecían en silencio, no tanto por miedo a las amenazas como por respeto a los muertos.

Para asombro de Rosa, por fin les llegó el turno. Entraron en la sala, donde el ataúd reposaba sobre un féretro. Alguien debía de haber pagado. Era mucho más bonito que el de papá, e incluso siendo enero, había flores, incluyendo un enorme arreglo con una cinta: de los trabajadores polacos a la víctima del capitalismo. Pasaron junto al cuerpo. Mamá se inclinó y besó el cadáver, como si Annie Lopizzo fuera realmente su pariente. Solo les llevó unos minutos, y luego salieron de nuevo al frío y caminaron hacia casa. Mientras subían las escaleras del apartamento, el temor se desvaneció de Rosa. Recordó la historia de un extraño libro protestante que había ojeado a escondidas en la biblioteca. Contaba la historia de un hombre que cargaba un enorme fardo

marcado como «Pecado», que al pie de la cruz simplemente se deslizó de su espalda y rodó. Pero su alivio no duró mucho más allá de la puerta. Mamá ya hablaba de ir al funeral al día siguiente.

–Escucha esto, mamá –decía Anna–. Lo estaban pasando en la funeraria. Es otro mensaje de Joe Etor.

“¿Qué opina nuestro señor Joe Etor?”

“Él dice: 'Mañana será el funeral de nuestra hermana, que soñaba lo mismo que vosotros y aspiraba a las mismas esperanzas que vosotros—'”

Mamá interrumpió. –¿Qué significa "aspirar"? Ambas miraron a Rosa.

“No sé... quizá, las esperanzas que tienes de que se hagan realidad. Algo así.”

Anna continuó: “... 'aspirando a las mismas esperanzas a las que vosotros aspiráis, pero ella es una de las víctimas de la lucha... Nos reuniremos y acompañaremos a nuestra compañera de trabajo a su última morada.

Nos reunimos para rendir nuestro último y triste homenaje a nuestra camarada que ha entregado su vida en la lucha.

–No puede ver a nadie –protestó Rosa–. Está en la cárcel.

“Tiene un espíritu enorme”, dijo mamá. “Su espíritu siempre está con nosotros”.

Los Jarusalis entraron haciendo mucho ruido y pusieron fin a la conversación. Mamá hizo que Anna leyera el mensaje de nuevo, interrumpiendo solo para decir: «¿Aspirar significa querer que suceda, eh, Rosa?».

–Buen mensaje –dijo la señora Jarusalis, y se volvió para explicárselo a la abuela. Luego, las mujeres y las niñas se pusieron a intercambiar planes para reunirse al día siguiente. Seguro que habrá una multitud enorme siguiendo el cortejo fúnebre.

“Más grande que la multitud que se reunió cuando el Sr. Big Bill Haywood”, repitió Mamá, y todas estuvieron de acuerdo.

Rosa salió sigilosamente de la cocina para refugiarse en el dormitorio. Jonas y Kestutis ya dormían en su catre, y la abuela estaba acostando a Ricci en la habitación del fondo. Rosa se puso la vieja camisa de papá que usaba como camisón de invierno y se metió bajo el edredón. Nadie había mencionado la cena, así que supuso que no habría nada esa noche. Al poco rato, mamá, la señora J. y las chicas pasaban por la habitación; seguramente iban a sus Locales a recibir órdenes para el día siguiente. Fingió estar dormida. Estaba tan cansada que le dolían los huesos.

Seguía dando vueltas en la cama, sin poder dormir, cuando los cuatro regresaron. «¡Pero el coronel Sweetser *le prometió a* Joe Ettore que podríamos ir al cementerio!», decía Anna al entrar, ajena a que la abuela y los chicos estaban dormidos y Rosa fingía estarlo.

“¡Promesas! ¡Promesas!”, dijo mamá. “Las promesas no significan nada para ellos. Dicen que somos violentos. Yo digo: ‘¿Quiénes son los violentos?’ ¡Ustedes apuñalaron al niño sirio muerto! ¡Ustedes mataron a tiros a nuestra hermana! ¿Quiénes son los violentos, eh?”.

A la mañana siguiente, la reunión en la cocina comenzó antes del amanecer. El decreto era claro: solo un coche podría seguir al coche fúnebre tirado por caballos. Nada de manifestantes. Solo el coche, con la única pariente viva de Annie Lopizzo y una o dos amigas; eso era todo. El ambiente entre las mujeres reunidas en la cocina de los Serutti era más sombrío que el cielo invernal del exterior. Sus líderes estaban en la cárcel, y los hombres del coronel Sweetser habían dejado muy claro que seguirían sus órdenes al pie de la letra. Dispararían a matar, y cualquier muerte resultante se atribuiría a las huelguistas, quienes, sin duda, serían ahorcadas por el crimen.

–Me compraré un buen cuchillo de cocina, ¡tan largo como mi brazo! –murmuró la señora Marino.

–No, no –dijo Mamá, posando la mano sobre el brazo de su amiga, como si temiera que el cuchillo ya estuviera allí–. Nada de violencia. El señor Joe Ettor dice: «Nada de violencia».

“Entonces nos dispararán a todos.”

“No, no, permanecemos unidos. Solidaridad. Recuerde, señora Marino. Solidaridad, y pase lo que pase, ganaremos.”

–Da igual que estemos muertos, ¿quién va a ganar? –La señora Marino negó con la cabeza–. Ellos... –Golpeó la mesa con el puño–. Le clavan la bayoneta a un niño, que aún no tiene barba. Le disparan a una jovencita, que ya no tendrá la oportunidad de casarse, de tener hijos. ¿A quién no matan ahora? ¡*Dios mío!*, ¿acaso no tienen corazón?

Rosa, apoyada contra la puerta abierta de su habitación, temblaba tanto que extendió una mano para sostenerse en el marco. La señora Marino tenía razón. ¿A quién no dispararían o apuñalarían? Aquel día que había acompañado a su madre a la marcha, había visto el miedo en los ojos de los chicos de Harvard, como perros callejeros acorralados. Atacarían si se sentían amenazados. Y culparían a los huelguistas. Los afortunados, como los que lanzaban bolas de nieve con Joe O'Brien, podrían ir a la cárcel un año; el resto, como Joe Ettor, probablemente serían ahorcados.

¿Cómo podía Mamá creer ni por un minuto que los huelguistas ganarían? Quizás, como decía Mamá, no habían puesto la dinamita ni atacado los tranvías, pero pronto lo harían. Estaban acorralados y desesperados. Ya habían aparecido manos negras pintadas en las puertas de los esquirolas. No hacía falta ser italiano para saber lo que significaba una mano negra pintada en la puerta. Incluso allí, en su propia casa, se hablaba de cuchillos de cocina.

Ansiosa, escudriñó los rostros en la habitación. No todas las mujeres eran vecinas. Ni siquiera todas eran italianas. ¿Y si...? El pensamiento la heló la sangre... ¿Y si hubiera una espía entre ellas? Joe Ettore y el señor Giovannitti estaban en la cárcel por asesinato, pero ni siquiera habían estado cerca de Garden y Union, y los dos siempre suplicaban: «Nada de violencia». ¿Qué pasaba con las mujeres que hablaban abiertamente de cuchillos de cocina tan largos como sus brazos? ¿Qué pasaba con la mujer en cuya cocina se habían pronunciado esas palabras? *Ay, mamá, mamá, no seas tan tonta. No hay forma de ganar. Solo la muerte.* El corazón le latía con tanta fuerza contra las costillas que le dolía.

–Anna, Marija –decía mamá–. Id a Chabis Hall. A ver si hay sopa esta noche. Necesitamos fuerzas, ¿eh?

¿Acaso mamá había olvidado que había tropas por todas partes, con órdenes de disparar a matar? ¿Estaba loca? Rosa no pudo contenerse. «¡No!», exclamó con voz temblorosa. «¡Mamá, no! ¡No los hagas ir al Salón! ¡Los van a matar!».

–Ay, Rosina –dijo mamá–. Son niñas grandes. Saben comportarse. –Y Anna y Marija se fueron casi antes de que terminara la frase.

Mamá se acercó a donde Rosa lloraba junto a la puerta. La abrazó, y le dijo: «*Shh, shh*». Empezó a acariciarle la espalda, susurrándole tan bajo que las mujeres alrededor de la mesa de la cocina no la oyeron: «*Shh, shh*. No tengas tanto miedo, *niña*. No mando a tu hermana a morir. La mando a buscar algo de comer esta noche. Soldados o no soldados, tenemos que comer, ¿eh? ¿Hay pan en esta casa? No veo nada. ¿Tú sí? ¿Y qué hacemos? ¿Quedarnos sentadas como conejos asustados en la cocina, temblando y muriéndonos de hambre? No podemos hacer eso, ¿eh? Ahora, ve a lavarte la cara y lee un libro o algo. Estaremos bien, ya verás».

Rosa fue al baño del pasillo. Apestaba muchísimo, pero era el único lugar privado en su mundo. Se sentó en el inodoro sin subirse el vestido y dejó escapar los sollozos que se habían ido acumulando desde que sonaron las primeras alarmas antidisturbios. Le parecieron años. Apenas habían pasado tres semanas. Pero duraría para siempre. Siempre tendría hambre, frío y miedo. Estaba segura.

Estaba de vuelta en la sala, tumbada en la cama, cuando oyó a las chicas mayores subir corriendo las escaleras. Irrumpieron en su habitación y entraron en la cocina sin siquiera detenerse a cerrar la puerta. «¡Ya vienen, mamá, ya vienen!»

"¿Ya?"

"¿Qué sucede?"

Todas las mujeres de la cocina se pusieron de pie, apiñándose alrededor de las chicas para escuchar las noticias.

Rosa se levantó para cerrar la puerta, con una oreja atenta a la otra habitación. A pesar de todo, tenía que oír lo que había pasado.

"¡La señora Gurley Flynn y Big Bill! ¡Vuelven! El comité de huelga quiere que lideren la huelga mientras Joe Ector está en la cárcel."

*"¡Santa María! Grazie, grazie".*

La huelga continuaría. El sindicato se aseguraba de que así fuera. ¿Y cuántos más morirían?



Caruso, Ettore y Giovannitti detenidos

## Capítulo XIII

### UN BAÑO INESPERADO

¡Regresaba! La señora Gurley Flynn y el tal Big Bill Haywood volvían a Lawrence para liderar la huelga. La mujer más hermosa del mundo regresaba para ayudarlos... para ayudarlo *a él*. ¿Acaso no estaba él también en huelga contra el señor Billy Wood? Bueno, él no había sido esquirol, ¿verdad? Por mucho frío y hambre que tuviera, él, Jake Beale, jamás había cruzado ese puente maldito ni pasado por esas verjas de hierro.

Jake apartó de su mente los momentos en que había estado a punto de cruzar el puente y regresar a la fábrica. Pero no lo había hecho, ¿verdad? Algo o alguien siempre lo había detenido. Dios, el destino o el pequeño y furioso Giuliano. No tendría que sentir vergüenza cuando la volviera

a ver. Podría caminar con la frente en alto. Era uno de los trabajadores oprimidos a quienes ella venía a salvar.

Esos días, tras la muerte de Annie Lopizzo, repartían sopa en los Locales sociales. Les había granjeado mucha simpatía. En los Locales donde se colaba para comer, en las tiendas, en las calles, la gente comentaba cómo, en el resto de Estados Unidos, todo el mundo sabía que en Lawrence se manipulaba la ley para favorecer a los dueños de las fábricas. Ese tonto de Breen colocando la dinamita... ¿Y quién le pagó? Desde luego, no los huelguistas. La chica de la panadería polaca le contó a Jake que el idiota no tuvo más remedio que envolver los cartuchos en ejemplares de su diario de empresa funeraria, con su propio nombre en la etiqueta de la dirección; difícilmente un huelguista tendría copias de eso por ahí.

“Pero ahora el empresario de pompas fúnebres Breen está en libertad bajo fianza, mientras que los hombres que lanzaron bolas de nieve están en la cárcel hasta el año que viene. ¿Y qué será del señor Ettor y del señor Giovannitti, que no tuvieron nada que ver con la muerte de Annie Lopizzo? Probablemente los ahorquen.”

Jake escuchaba, esforzándose por parecer realmente afligido, pero lo único que podía pensar era en el regreso de la señora Gurley Flynn. Ella sabría la verdad tras todas las mentiras del gobierno. Los obligaría a confesar todas sus conspiraciones y maldades. Tenía que verla. Desde el arresto

de Ettore y Giovannitti, las reuniones en el parque estaban prohibidas. Los únicos lugares donde podían reunirse eran los Salones nacionales. Ella solía ir donde se juntaban las mujeres y los niños, pero, por supuesto, él sería un niño –o incluso una mujer– italiano, polaco, turco, lo que fuera necesario para colarse en cada reunión donde ella hablara. Incluso podría conseguir algo de comer de paso.

Quizás ella volvería a fijarse en él. Esta vez no solo le sonreiría, sino que le dedicaría una mirada especial, le diría lo valiente que había sido –solo un niño, además– por enfrentarse a los dueños, por sufrir hambre, frío y la falta de hogar, para poder seguir formando parte de esta gran huelga.

Sollozó. Últimamente siempre tenía la nariz mucosa. Al limpiársela con la manga, vio con horror lo sucia que estaba su camisa. Si su ropa estaba tan sucia, ¿cómo estaría su cara? Nunca se había preocupado por bañarse; no creía en ello. Pero ella estaba tan limpia, tan blanca y hermosa, con las mejillas como rosas sobre nieve fresca. ¿Qué pensaría ella de un chico como él?

Por primera vez en su vida, necesitaba saber cómo era su rostro. El único espejo que conocía estaba en la sacristía de Santa María. Allí también había agua corriente, por si decidía averse. No pensaba lavarse en el canal. No solo estaba helado y olía mal, sino que todos sabían que te enfermarías de muerte con solo una o dos gotas en la boca. No había otra

opción. Tendría que entrar en Santa María y esconderse en algún lugar hasta que oscureciera.

Fue a la misa del mediodía. Hacía calor allí dentro y nadie le prestó atención. Después, se deslizó bajo el banco para que el sacristán no lo viera mientras bajaba por el pasillo, buscando basura. Sin darse cuenta, se quedó profundamente dormido. No había dormido bien desde que tenía memoria, y la iglesia, aunque con corrientes de aire, parecía casi acogedora comparada con un basurero. Cuando despertó, estaba completamente oscuro, salvo por la pequeña luz del altar y las diminutas velas –ya no se encendían tantas ahora que la gente no tenía dinero–. Bajó a tientas por el pasillo y subió al estrado. Era como ir a ciegas, y no le habría importado, pero tenía unas ganas irrefrenables de entrar en ese retrete secreto de los sacerdotes lo más rápido posible. Encontró la puerta, tanteó el pomo y la abrió. Había una bombilla colgando del techo y logró encontrar la cadena y tirar de ella, lo que le dio luz suficiente para encontrar el retrete.

El lavabo tenía un espejo encima, así que, después de orinar, se acercó a examinar su rostro en la penumbra. Lo que más le llamó la atención fueron sus ojos. Se inclinó hacia el espejo. Eran azules, rodeados de un blanco veteado de sangre. Su rostro era moreno como el de un español, pero probablemente era por la suciedad. Echó agua al lavabo. Había una toalla colgada cerca, así que la mojó y comenzó a limpiarse la cara metódicamente. Con el tiempo, su rostro se

aclaró, pero aun así, en la penumbra, le pareció tan gris y cansado como un anciano. ¿Por qué alguien tan hermosa se rebajaría a hablar con alguien como él? No quería su lástima –aunque con semejante rostro quizá la obtendría–, quería que le cayera bien, que pensara que era alguien bueno y valiente, alguien en camino de convertirse en un héroe como Joe Ettore o Big Bill. Con esa cara, era probable que lo viera como un simple vagabundo, alguien que dormía en basureros y robaba en los contenedores de limosnas. Claro que sabía que lo era, pero tenía que serlo, ¿no? ¿Acaso el mundo le había dado otra opción? Bueno, a partir de ahora todo sería diferente. Se quedaría con los huelguistas, comería en los comedores cuando hubiera comida y buscaría un sitio decente para dormir, quizá en casa de Angelo o en la de la chica de los zapatos.

Tomó unas galletas de papel del armario, bebió un trago, apenas un sorbo, de la reserva de vino del sacerdote, apagó la luz y regresó al oscuro santuario. Mientras avanzaba a tientas sobre el altar hacia donde creía que debían estar las escaleras, su pie tropezó con algo, algo blando. Dejó escapar un pequeño chillido de sorpresa. Al mismo tiempo, el bulto contra el que había tropezado se levantó de un salto y lo agarró de la camisa. Lo levantó del suelo de un tirón hasta que su rostro quedó junto a otro mucho más grande, tan cerca que, cuando el hombre habló, la saliva que escupió le salpicó la mejilla a Jake, que se había limpiado con esmero.

“¿Qué haces en la sacristía, pequeño ladronzuelo?”

Jake se sintió ofendido. ¿Cómo podía ser robar tomar un poco de agua, unas galletas y un sorbito, pequeñísimo, de vino? –Nada –dijo–. Yo no soy ningún ladrón.

–¡Dios mío, muchacho, hueles a rata de alcantarilla! –La mano puso los pies de Jake en el suelo, pero lo sujetó con fuerza por la camisa.

–No lo hagas –dijo Jake–. Me vas a romper la camisa.

La mano se movió para sujetarle el brazo. «Ven conmigo, hijo». Si hubiera tenido otra opción, Jake habría salido corriendo de allí, pero por mucho que se retorciera, no pudo zafarse del agarre de acero que le sujetaba el brazo.

Lo arrastraron por una puerta lateral, a través de un callejón, y lo llevaron a otro edificio, donde había suficiente luz para que pudiera ver que su captor no era otro que el padre James O'Reilly, quien era el párroco de Santa María y, según los rumores, el verdadero jefe de todas las demás iglesias católicas de la ciudad.

–¡Señora O'Sullivan! –rugió su captor. Una mujer menuda apareció corriendo de algún lugar, secándose las manos en un gran delantal mientras corría.

–¿Sí, padre?

“¿Puedes llevarte a este pequeño pagano y limpiarlo, por favor?”

“Pero estará estorbando mientras preparas la cena, papá.”

“La cena puede esperar. Mételo en la bañera y frótalo hasta que se recupere.”

–Pero, padre –la mujer se estaba poniendo muy roja–, no es un bebé. Es un niño que está creciendo. No me parece apropiado...

“¡Ay, mujer, pues llama al padre Donahue! Hay que limpiarlo. ¿No lo hueles desde ahí?”

–Pero ¿por qué, padre? Seguro que tiene un hogar y unos padres que...

“Dudo mucho que, si es que existen, le hayan bañado alguna vez, y no voy a permitir que nadie coma en mi cocina que huelan peor que la basura de fuera de la puerta.”

El primer impulso de Jake fue resistirse, pero el agua tibia de la bañera resultó sorprendentemente relajante, así que simplemente se sentó y dejó que el joven sacerdote lo frotara. Todavía le dolía la espalda, y cuando la mano del sacerdote se acercó, hizo una mueca de dolor. El sacerdote negó con la cabeza al ver las ronchas y fue muy delicado. Incluso el cabello de Jake fue empapado y frotado con el fuerte jabón amarillo. El agua en la que estaba sentado era casi tan negra como la del canal, y antes de terminar, el sacerdote la vació por completo y sacó agua limpia para

enjuagar el jabón. Secó a Jake con una toalla grande y luego lo envolvió con ella.

–Ahora –dijo el joven sacerdote–, ¿no te sientes mejor?

Más bien, era extraño. Se sentía extraño, como si ya no fuera él mismo, como si el jabón amarillo hubiera borrado por completo a Jake Beale y revelado a otra persona, alguien a quien nunca antes había conocido.

El sacerdote salió de la habitación. Jake habría escapado en ese momento, pero su ropa había desaparecido y no le apetecía salir a la noche invernal envuelto solo en una toalla. Además, ¿no había mencionado O'Reilly algo sobre la cena? Al cabo de unos minutos, el joven sacerdote regresó con un pantalón y una camisa.

–No son nuevos, pero diría que son mejores que las que tenías. –Se dio la vuelta para que Jake se vistiera. Los puños de la camisa estaban un poco deshilachados, pero Jake tuvo que remangarlos de todas formas. También dobló un par de vueltas los bajos del pantalón.

“Siento que no tengamos zapatos ni ropa interior para usted. Pero, claro, parece que no está acostumbrado...”

Jake negó con la cabeza. –Da igual.

–Pero toma, te traje un par de mis calcetines. Quizá te queden grandes –dijo, extendiéndole un par de calcetines

negros. Jake dudó—. No te preocupes —dijo el joven sacerdote—. Tengo otro par.

Jake los tomó y se los puso. Le quedaban varias tallas grandes, pero ¿qué le importaba? Sus dedos ya disfrutaban del calor inusual. Formarían una capa de lana entre sus pies y la nieve húmeda que se filtraba en sus zapatos gastados. Todos los días que había trabajado en la fábrica, había ayudado a confeccionar artículos de lana para la venta, pero nunca antes había tenido nada de lana. Asintió en señal de agradecimiento. No sabía cómo expresarlo con palabras.

Lo llevaron a la cocina de la rectoría para cenar, ¡y qué cena! Casi lo convierte en un niño no solo en católico, sino que lo lleva a considerar seriamente la posibilidad de ser sacerdote. ¿Comían así todas las noches? Carne con patatas, rebanadas generosas de pan con salsa, tres tipos de verduras, sopa, café y, de postre, un postre dulce y delicioso.

No le importó en absoluto no haber sido invitado a comer en el salón con la gran mesa donde se sentaban los sacerdotes, sino en la cocina con la señora O'Sullivan. ¡Qué suerte! Ella le servía una y otra vez, sin decir nada sobre cómo comía ni cuánto. Estaba a punto de reventar, pero no podía parar.

Fue el padre O'Reilly quien dio por terminada la comida. Entró en la cocina justo cuando Jake se estaba terminando el tercer plato de postre. "¿Sigues con lo mismo, muchacho?"

Tenía la boca tan llena que solo pudo asentir con la cabeza.

“Bueno, está bien. Necesitas engordar un poco.”

Jake apartó la silla de la mesa y se puso de pie. Observaba la puerta, planeando una ruta de escape para evitar al sacerdote y salir a la oscuridad de la noche invernal.

“No tengas miedo, muchacho. No pienso llamar a la policía.”

Jake alzó la vista, sobresaltado.

–Dios te pedirá cuentas, ¿sabes? Por profanar lo sagrado y robar a los pobres. –¿Cómo diablos lo sabía? Jake se abalanzó hacia la puerta, pero el sacerdote lo detuvo y lo hizo girar. –Aún no he terminado, muchacho. Me vas a escuchar, quieras o no.

A Jake no le gustó, pero ¿qué otra opción tenía? El hombre no lo soltaba. Observó, entre fascinado y aterrorizado, cómo el sacerdote, con la mano libre, metía la mano en un bolsillo profundo de su sotana negra. «Toma», dijo.

A Jake casi se le salen los ojos de las órbitas. El hombre le extendía una moneda de medio dólar de plata.

Sí, tómallo. Compra algo de cenar para el resto de tu familia y luego diles a todos que vuelvan al trabajo. Esta huelga es obra del demonio. Díselo. No tienen derecho a convertir a

sus hijos en mendigos y ladrones mientras siguen a estos radicales impíos. ¿Se lo dirás?

Jake asintió. Pero, ¿a quién se suponía que debía contárselo? ¿A su padre, que no había trabajado ni un solo día en los últimos dos años y probablemente estaba furioso porque Jake no estaba trabajando como esquirol en la fábrica?

“Y que no te vuelva a ver en la iglesia a menos que estés rezando en el banco, ¿me oyes?”

Jake asintió furiosamente.

–Pensándolo bien, ¿por qué no llevas tus oraciones al Santo Rosario? Deja que el padre Milanese se encargue de ti por una vez. Creo que ya hemos tenido suficiente de ti aquí en Santa María. –Sonrió, como si bromeara, pero Jake no estaba seguro.

El sacerdote soltó su agarre y le dio una palmada en el trasero al niño, lo que Jake interpretó con gusto como una señal de que realmente podía irse con ropa nueva y cincuenta centavos en el puño.

Después se preguntó por qué una y otra vez. ¿Por qué, con medio dólar en el bolsillo, lo había gastado casi todo en comprar whisky para llevárselo a su padre? Debía de estar loco para hacer semejante tontería. Sin embargo, eso fue exactamente lo que hizo, y casi con orgullo. Quería

demostrarle al anciano lo bien que le iba en medio de aquella maldita huelga: mientras otros se morían de frío y hambre, él tenía ropa nueva y dinero para comprarle un regalo a su padre.

Cuando llegó a la choza, no había nadie. Por una vez, sintió cierta decepción al ver que su padre no estaba. Dejó la botella en medio del catre, donde su padre no pudiera pasarla por alto, y se marchó a buscar un lugar donde pasar la noche que no fuera un basurero. No quería estropear su ropa nueva todavía.



Niños esperando en la estación para ser enviados a hogares de acogida

## Capítulo XIV

### UNA PERSONA QUE LLAMA CORRECTAMENTE

Rosa ya no iba a la escuela. Le aterraba la idea de tener que caminar por las calles, atestadas de obreros y con la milicia y la policía siempre presentes. Pero siempre que había sopa, Mamá la llevaba a rastras al Salón Chabis para la comida y la reunión posterior.

Big Bill y la Sra. Gurley Flynn, junto con los miembros del comité local de huelga, recorrían los distintos locales animando a los trabajadores y asegurándoles que el sindicato los apoyaba. Parecía ser cierto: los trabajadores sindicalizados de todo el país enviaban dinero para que los huelguistas pudieran comer y tener carbón para sus chimeneas. El sindicato tenía un nombre –Trabajadores Industriales del Mundo–, pero nadie lo llamaba así. Si alguien

quería ser formal, usaba las siglas «IWW», pero lo más común era llamarlos simplemente «los wobblies» (los inquietos). El lema de los wobblies era «Solidaridad». Esto significaba que no eran como los grandes sindicatos, que representaban solo a un tipo de trabajadores, los trabajadores especializados. Los wobblies creían en la unidad, sin importar las diferentes habilidades o nacionalidades.

La única mujer en el comité de huelga local era la señora Annie Welzenbach, una hábil remendadora de telas y, además, judía polaca. Se rumoreaba que ganaba más de veinte dólares a la semana, pero eso no le impidió ponerse del lado de los trabajadores peor pagados de las fábricas, por muy italianos y católicos que fueran. La señora Welzenbach era tan imponente que la policía le tenía pavor. «¡A la línea de piquete!», decía, y miles la aclamaban y obedecían, haciendo caso omiso a los representantes de los grandes sindicatos que afirmaban que los wobblies eran radicales sin ley y que advertían a los trabajadores de lo peligrosa e inútil que era aquella huelga.

Incluso Rosa admiraba a la señora Welzenbach. Anna le había contado que una vez, tras disolverse una marcha, la vio bajar por Common Street, probablemente camino a casa, y de repente un par de miles de trabajadores marchaban justo detrás de ella. La milicia la arrestó una vez. Según se decía, fueron a su casa en plena noche y la sacaron de la cama a rastras. Al día siguiente por la tarde ya estaba en

libertad bajo fianza y fue directamente a otra manifestación. Ese día, la señora Marino se le acercó, casi arrojándose a sus pies, para declararle: «Si alguien te hace daño, muero por ti». Había algo en Rosa que la hacía envidiar a una mujer como la señora Welzenbach –joven y casi rica–, capaz de inspirar tal lealtad.

Todos sabían que ella ayudaba a liderar la huelga porque le importaba de verdad que la gente pasara frío y sus hijos murieran de hambre. Se lo había dicho directamente al señor Billy Wood, y él, al día siguiente, afirmó que los huelguistas estaban siendo manipulados por agitadores externos que desconocían la buena relación que siempre había mantenido con sus trabajadores. La señora Welzenbach no era una agitadora externa; era como la mayoría, pues había seguido los pasos de sus padres y se había incorporado a las fábricas a los catorce años. Pero era diferente del señor Billy Wood. No había olvidado lo que era ser una trabajadora pobre y sin cualificación en las fábricas. Si Rosa hubiera ido a la escuela, le habría contado a la señorita Finch sobre la señora Welzenbach. O al menos eso imaginaba. Quizá hubiera sido demasiado tímida.

Releía su libro de historia una y otra vez. Si tan solo hubiera tenido el valor de salir sola a la calle, habría ido a la biblioteca a buscar más libros. No quería quedarse muy atrás en la escuela. Era inútil pensar que podría aprender aritmética por su cuenta, pero sí podía leer historia, geografía y libros que mejorarían su vocabulario y reforzarían su dominio de la

gramática inglesa, que se veía afectada a diario por las diversas discusiones en torno a la mesa de la cocina.

Llamaron a la puerta en medio de una de las incontables reuniones de Mamá. Rosa estaba tumbada en la cama, esforzándose por leer la letra pequeña del libro de historia en la penumbra. Al oír el ruido, se incorporó de golpe, con el corazón acelerado. Dejaron de llamar. Ninguna de las mujeres en la cocina pareció oírlo, absortas como estaban en una charla de idiomas, todas entusiasmadas con las nuevas marchas, las reuniones diarias en los Salones donde el nombre de la valiente y joven señora Gurley Flynn resonaba en sus diversas lenguas como palomitas de maíz en una sartén de hierro.

Llamaron de nuevo, esta vez más fuerte. Rosa se quedó paralizada. ¿Vendría la policía a sacar a Mamá a rastras, como hicieron con la señora Welzenbach? Entonces oyó una voz, amortiguada por la puerta de madera pero aún reconocible. —¿Rosa?

Rosa, entre el miedo y el asombro, se bajó de la cama y fue a abrir la puerta. Allí estaba la señorita Finch, impecablemente vestida, como siempre, pero con el rostro sonrojado y respirando con dificultad por el esfuerzo de subir tres tramos de escaleras.

–Ah, Rosa –dijo, mirando el rostro de Rosa–. Discúlpame por interrumpir, pero no has venido a la escuela desde... no sé, demasiado tiempo. Estaba preocupada.

Rosa se quedó mirando fijamente. ¿Cómo podía decir que había tenido demasiado miedo para cruzar las calles cuando la propia maestra había caminado por esas calles atestadas de huelguistas y vigiladas por la policía hasta llegar a Plains, un lugar donde la gente no se mostraba muy amigable con las maestras nativas, limpias, bien vestidas y bien alimentadas?

“¿Puedo pasar? ¿O...?” La maestra escuchaba el balbuceo ininteligible proveniente de la habitación contigua.

–Voy a buscar a mamá –dijo Rosa rápidamente, y se hizo a un lado para dejar entrar a la señorita Finch al dormitorio, percibiendo de inmediato el olor a orina de los niños y el sudor de una mujer mayor, no muy limpia. Cerró la puerta en un vano intento por evitar que el pasillo helado les absorbiera el poco calor que tenían. –¿Quiere sentarse?

La señorita Finch, sin mirar (a Rosa le pareció que hacía todo lo posible por no mirar a su alrededor), se sentó en el borde de la cama grande y le sonrió a Rosa.

Rosa había dejado la puerta de la cocina entreabierta para aprovechar el poco calor que hacía, así que se coló por la rendija, avergonzada de que la señorita Finch viera al grupo

de mujeres ruidosas, envueltas en chales, que ahora eran las amigas más íntimas de su madre y cómplices. Mamá estaba apoyada en el alféizar de la ventana, escuchando a la hija de la señora Petrovsky interpretar un largo discurso de su madre, cuyo polaco había brotado mucho después de que su inglés flaqueara.

Rosa se acercó sigilosamente a Mamá, quien, casi distraídamente, la rodeó con el brazo y la estrechó contra sí, sin apartar la vista de la hija de la señora Petrovsky. –Mamá –dijo Rosa, dándole un codazo–. Mamá, la señorita Finch ha venido a verte.

“¿Quién, dices?”

–La señorita Finch –susurró Rosa–. Mi maestra.

Mamá se giró entonces, con expresión de desconcierto y las cejas oscuras alzadas. "¿Qué hace la maestra en mi casa?"

Rosa, aún susurrando, tiró del brazo de su madre. –Quiere hablar contigo. Varias mujeres habían dejado de escuchar la traducción del discurso de la señora Petrovsky y miraron para ver qué ocurría tras la interrupción.

Mamá sonrió con disculpa. «*Disculpen*, por favor. Solo una visita». La alarma era evidente en muchos rostros. «No, no. No es la policía». Tomó la mano de Rosa, asintió a la hija de la señora Petrovsky, como indicándole que continuara, y dejó que Rosa la guiara por el borde de la habitación hasta

el dormitorio principal. Con calefacción o sin ella, Rosa cerró la puerta tras ellas. El ruido de la cocina se había reducido a un murmullo.

–¿Señora Serutti? –La señorita Finch se puso de pie.

–Siéntese, siéntese –dijo Mamá, dejándose caer en la cama de enfrente–. *Sí*, soy la mamá de Rosa. –Tomó la mano de Rosa una vez más y la hizo sentarse a su lado en la cama de los niños–. Buena niña, mi Rosa. Lista, ¿eh?

–Sí, sí, señora Serutti, por eso he venido. ¿Se da cuenta de cuánto tiempo hace que Rosa no viene al colegio?

“¿Unos días? ¿Una semana tal vez?”

“El último día que la tengo marcada como asistente fue el 29 de enero.”

“¿Sabe? Ese día dispararon a nuestra Annie Lopizzo.”

Mamá se había inclinado hacia adelante. Rosa se puso rígida. Los nativos no estaban acostumbrados a que les hablaran tan de frente. Mamá no lo sabía. Probablemente ni siquiera se dio cuenta de que la señorita Finch se había alejado un poco; simplemente se inclinó más cerca. La cuna era más baja que la cama, así que Mamá tenía la cabeza hacia atrás y la barbilla levantada. Incluso para Rosa, parecía enfadada. «Murió, tuvimos que ir a darle el pésame. No nos dejaron ir al funeral, ¿sabe?».

–Fue un accidente terrible –dijo la señorita Finch, intentando mostrarse comprensiva–. ¿Lo entendería mamá?

–No fue un accidente –Mamá negó con la cabeza–. No fue un accidente. Un miliciano le disparó. ¡Pum! Así, sin más. Ella no hacía más que marchar, pedir pan. Y luego nos culpan a nosotras, *a nosotras* ... –Mamá se golpeaba el pecho–. Dicen que matamos a nuestra propia Annie. –Hizo un ruido con la boca que sonó como *un «pluh»*. Al menos no escupió–. Dicen que somos violentas –repitió el ruido–. Nosotras no hemos matado a nadie. Mataron a una, a dos... tan jóvenes... –Se inclinó aún más hacia la maestra–. Eso sin contar a todos los que mueren en la fábrica o por enfermedad. Solo queremos pan para alimentar a nuestros hijos hambrientos y calefacción para calentar nuestra casa helada, y tal vez algo de ropa de abrigo. –Se detuvo y observó el abrigo de lana de la señorita Finch con su cuello de piel, su gorro de fieltro de lana y los guantes de cuero que descansaban en su regazo–. No somos codiciosas, maestra. Tenemos frío y hambre. Tenemos que marchar o morir, y nuestros hijos mueren con nosotras.

–Pero ¿es esta la manera correcta, señora Serutti? ¿No sería mejor razonar con los dueños? –Mamá apartó la mirada de la maestra y se recostó. Cerró los ojos y negó con la cabeza–.

–No entienden ningún idioma. Solo el silencio.

La señorita Finch parecía desconcertada. –¿Silencio?

“Sin ruido no hay ganancias. Quizás lo entiendan. Las máquinas no funcionan solas. La lana no se teje sola. Saben que cuando la fábrica no hace ruido, no hay oro tintineando en sus bolsillos. Eso lo entienden, ¿eh?”

La señorita Finch estudiaba a Mamma como si fuera un problema de aritmética. Finalmente, dijo: “Pero Rosa no debería marchar, señora Serutti. Es demasiado peligroso”.

Rosa no sale a la calle. No le gusta salir. Tengo que arrastrarla al comedor para que coma sopa y no pase hambre. No, Rosa se queda en casa. Se queda en casa estudiando todo el día. Solo tiene un libro, pero lo estudia todo el día.

Rosa bajó la cabeza. De repente sintió vergüenza: era demasiado cobarde para marchar y demasiado cobarde para ir a la escuela. ¿Qué pensaría la maestra de ella?

–¿Rosa? –La voz de la maestra era más amable de lo que Rosa jamás había oído–. ¿En qué puedo ayudarte? No quiero que te quedes tan atrás. Olga Kronsky sigue viniendo todos los días. Vive cerca de aquí. ¿Podrían ir juntas al colegio?

Fue entonces cuando Mamá soltó la bomba. –No –dijo–. Rosa no volverá, de momento, a ir a la escuela. Se va a marchar lejos *¿Qué querrá decir mamá?*

–Enviamos a los niños a un lugar seguro –dijo al ver la expresión de alarma de Rosa, dándole una palmadita tranquilizadora en el brazo–. El sindicato lo solucionará. Hay muchos enfermos y hambrientos. No podemos ayudarlos aquí, así que los enviamos lejos hasta que ganemos, hasta que tengamos dinero para comida, carbón y zapatos nuevos. Nuestros hijos tienen mucho frío, señorita Finch. Mucho frío.

–Sí –murmuró la maestra–. Lo sé. Se levantó y se puso los guantes–. Te buscaré entonces, Rosa, cuando todo esto termine. –Sonrió–. Aunque echaré de menos a mi mejor alumna. –Se dirigió a la puerta–. Gracias, señora Serutti. Me retiro.

Se quedaron sentadas en la cama, escuchando el sonido de los zapatos de cuero de la señorita Finch en las escaleras. Permanecieron allí hasta que oyeron la pesada puerta principal cerrarse. Rosa esperó a que Mamá le explicara, pero Mamá simplemente se levantó, le dio una palmadita en la cabeza y se dirigió a la cocina. «Me pierdo mi reunión», dijo a modo de explicación y entró en la habitación contigua, dejando la puerta entreabierta para que entrara un poco de calor.



Envío de niños de huelguistas en acogida a otras ciudades

## Capítulo XV

### LA TARJETA

“¡Hola, chica de los zapatos!”

La chica se giró para ver quién le había hablado en el pasillo abarrotado. Solo una persona en el mundo la llamaría «la chica de los zapatos», pero Jake intuyó que ella no creía que fuera él. El chico tenía la cara lavada y vestía decentemente. Su cabello era rojizo amarillento y sus ojos, de un azul brillante. Le hizo gracia darse cuenta de que no le resultaba familiar, salvo el apodo con el que la había llamado.

“Sí, soy yo, el del basurero, ¿recuerdas?”

Ella asintió, aún insegura.

“Oh, no te preocupes. No robé ninguna ropa. O'Reilly me atrapó en su iglesia y me convirtió en parte de sus buenas obras del día.”

*“El padre O'Reilly.”*

“Ah, sí, se me olvidaba, tú también eres una de esos papistas.”

La niña se irguió todo lo que pudo. *“Pertenezco a la parroquia del Santo Rosario”*.

–Claro. El italiano. Eso explicaría todo. ¿Y tú cómo estás?

“Bien, gracias.”

–No hace falta que seas borde. Solo he venido a tomar sopa y a calentarme el trasero. –Se dio cuenta de que ella estaba sorprendida por su lenguaje, pero lo dejó pasar.

–Este es el Salón italiano, ¿sabes? –dijo, enfatizándolo tal como él había hecho.

“¿No dijo Joe Ettore que todos éramos uno en esta huelga? ¿Qué importa quién me dé de comer, con tal de que coma?” No explicó que pensaba seguir a la señora Gurley Flynn de Salón en Salón. Esa noche tenía que estar en Chabis Hall. Todavía no la había visto, solo a cientos de italianos dando vueltas, esperando su sopa. ¡*Caramba!*, tenían un montón de niños, todos con aspecto de estar famélicos.

Se oyó un revuelo cerca de las puertas. *Debía de estar allí.* «Nos vemos», le dijo a la chica, y se abrió paso hacia la entrada. No tenía sentido venir si no podía estar cerca. Quería estar lo suficientemente cerca como para olerla. Olía a... ¿cómo iba a saberlo, habiendo vivido toda su vida en una choza y un molino? Pero aquel día en la estación de tren, cuando ella se le acercó, imaginó que debía de ser el aroma de una florecilla preciosa. Era más embriagador que el vino de Angelo.

Pero la señora Gurley Flynn no le prestaba atención esa noche. Iba acompañada de otra joven, y ambas estaban ocupadas conversando con las personas que parecían estar a cargo del Local.

Decepcionado, retrocedió hasta donde seguía de pie la chica de los zapatos. Ella también observaba a la señora Gurley Flynn, pero con gesto adusto.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó, más que nada por tener algo que decir, pero también por curiosidad. Las dos veces que había estado en su piso, solo las había visto despiertas a ella y a su hermana. Estaba seguro de que la anciana que roncaba no era su madre. Quizá porque no recordaba a la suya, sentía curiosidad por ver a las madres de los demás. ¿Eran amables como la señora Gurley Flynn, o te daban bofetadas y te restregaban la cara hasta dejarla en carne viva? Todavía le ardía la cara por el jabón amarillo del baño de la rectoría.

La chica no respondió. Él pensó que no lo había oído, pero entonces se dio cuenta de que se había girado a propósito. *¡Caramba!* Se secaba la cara, secándose las lágrimas.

“¿No está muerta?”

–No, no, está aquí. Allí. –Señaló a un grupo de mujeres al borde de la multitud que rodeaba a la señora Gurley Flynn y a su acompañante. Todas charlaban animadamente.

“¿Cuál de ellas es?”

“La del centro, allí –con el chal gris.”

Todos los chales parecían grises o tan descoloridos que, bajo la tenue luz del Salón, podrían pasar por grises, pero no quiso volver a preguntar, así que asintió, fingiendo saber a cuál de las mujeres se refería. Se giró justo a tiempo para verla secándose la cara de nuevo. La suciedad estaba a rayas.

“Oye, ¿qué te pasa, chica de los zapatos?”

–Nada –dijo, olfateando y enderezando los hombros.

“¿Entonces por qué lloras?”

“No lo hago.”

“Claro que sí.”

“No lo entenderías.”

“¿Cómo lo sabes? ¿Crees que soy tonto?”

“No, creo que tienes mucho valor. Probablemente te mueres de ganas de ir.”

“¿Ir? ¿Ir adónde?”

“En mi tarjeta dice que tengo que ir a Nueva York. Todos los niños de la semana pasada fueron a Nueva York.”

–¿Nueva York? –Sus ojos brillaron al pensar en ir a un lugar tan mágico.

“Sí. Pero mañana puede ser Nueva York o puede ser algún otro lugar, quizás Vermont.”

“¿Vermont? ¿Eso está en los Estados *Unidos* de América?”

–Desde 1791 –dijo con formalidad, y entonces sus labios comenzaron a temblar–. Pero aún queda mucho camino por recorrer.

«Nueva York. ¡Guau, qué maravilla!». Su mente ya calculaba las riquezas del lugar. Y un tipo como él podría prosperar allí, Jake estaba seguro. Nada de chozas junto al río, nada de trabajar en fábricas llenas de pelusa, apestosas y humeantes. «Pues yo no voy a Vermont. No, señor, voy a Nueva York».

“No creo que los niños decidan. Son los padres y el Comité quienes deciden.”

“¿Qué Comité? No sé nada de ningún Comité.”

“¿Pero no es para eso que estás aquí? ¿Para hacerte el examen?”

“No, vengo por la sopa. Pero si alguien va a Nueva York, pienso ir también.”

“Tienes que tener una tarjeta que lo indique.”

“¿Qué quieres decir con 'tarjeta'?”

–Tus padres tienen que rellenar la tarjeta y firmarla, diciendo que quieren que vayas y adónde.

–*¡Maldita sea!* Debería haber sabido que habría truco. –  
¿Cómo consigo una tarjeta?

“A ti no *te darán* una. Solo se las dan a los padres.”

“¿Pero qué pasaría si... qué pasaría si tu madre hubiera muerto y tu padre estuviera demasiado enfermo para venir a buscar una tarjeta?”

–No lo sé. Ojalá te dieran la mía. –Parecía que iba a romper a llorar de nuevo.

–¡Vamos, vamos! Sería fantástico ir a Nueva York. –La perspectiva de ir a la ciudad era, de repente, lo único en su vida que rivalizaba con el glamour de la señora Gurley Flynn. Se perdió en un sueño de sí mismo en la gran ciudad. Quizá tendría que empezar desde abajo –vendiendo periódicos, por ejemplo–, pero no tardaría en ser tan rico como Billy Wood, con lo listo que era. –¿Quién reparte esas tarjetas?

“No sé, creo que alguien del Comité sindical. Mamá trajo la suya a casa después de una reunión. Quería que yo fuera la semana pasada, pero me enfermé.”

Él la miró y ella se sonrojó. Lo había *fingido*. ¡Qué pícara! Pero ahora la habían descubierto. Tendría que irse quisiera o no. –Mentiste, ¿verdad?

“No sé de qué estás hablando.”

“Para conocer a otro, hay que haber sido uno de ellos. Tú fingiste estar enferma la semana pasada.”

Ella sacudió la cabeza con gesto desafiante. –¿Y qué?

“Así que, o me ayudas a conseguir una de esas tarjetas ahora mismo o te delato.”

Se mordió el labio. –Eres un... un...

“¿El típico matón de siempre?”

Ella suspiró y se acercó a hablar con una de las mujeres de chal gris. La mujer llevaba de la mano a un niño pequeño, pero con el brazo libre rodeó los hombros de la niña. Ambas se volvieron y miraron a Jake; estaban hablando de él, de conseguirle una de esas valiosas tarjetas que le abrirían las puertas de Lawrence a la ciudad más grande de Estados Unidos. Él sabía que las calles de Nueva York no estaban pavimentadas de oro –esa era solo una de esas mentiras que creían los trabajadores extranjeros–, pero allí habría oportunidades para un chico, y la oportunidad valía oro, ¿no?

Finalmente, la mujer se acercó a donde él estaba, con un niño a cada lado mirándolo fijamente. El pequeño tenía los ojos enormes y un cuerpecito flacucho como un palillo; era un milagro que pudiera mantenerse en pie, y mucho menos caminar.

“Rosa, dice que tu papá necesita una tarjeta.”

“Sí, señora. Habría venido, pero está muy enfermo.”

–Hay muchos enfermos –dijo la mujer, asintiendo con compasión–. Lo hago por usted. Vaya, hágase el examen, ¿de acuerdo? Luego traiga su tarjeta al vestíbulo mañana a primera hora. ¿Entendido?

–Gracias, señora–.

–Serutti. Soy la mamá de Rosa –dijo acariciando el cabello de la niña–. Pórtate bien con Rosa en el tren, ¿de acuerdo? Está un poco preocupada por estar tan lejos de casa.

Prometió cuidar de Rosa, “como un hermano”, dijo.

Después de la sopa, separaron a los niños: los chicos a un lado del pasillo y las chicas al otro. La mujer que acompañaba a la señora Gurley Flynn examinó a las chicas; para alivio de Jake, fue un médico quien examinó a los chicos. Lo peor fue quitarse la camisa y que el médico chasqueara la lengua al ver su pecho hundido y sus costillas prominentes, para luego suspirar profundamente al contemplar su espalda llena de cicatrices. «Necesitas unas vacaciones, ¿verdad, hijo?», dijo.

La señora Serutti le entregó la valiosa tarjeta mientras él se abotonaba la camisa. “Toma, hijo, que tu papá lo haga y tráela de vuelta mañana a primera hora, ¿de acuerdo? Si no, no podrás subir al tren, ¿entendido?”

Lo entendió. Pero no tenía intención de llevárselo a su padre. Simplemente garabatearía algo que pareciera una firma. ¿Cómo iba a saber alguien que no lo era? Pero entonces miró la tarjeta. Estaba llena de palabras. Había muchas líneas punteadas que parecían destinadas a escribir. Quizás podría garabatear algo que pareciera el nombre de alguien y salirse con la suya, ¿pero todas esas líneas? Jake no sabía leer. Ni siquiera sabía qué pedía la tarjeta, mucho menos cómo escribirlo.

¿La chica de los zapatos? ¿Rosa? ¿Dónde estaba? Tenía que pedir ayuda. Se dirigió hacia donde estaban las chicas que habían terminado sus exámenes y le hizo señas para que se acercara.

Ella llegó. “Ya veo que mamá te consiguió una tarjeta.”

Sí, gracias. ¿Podrías ayudarme? No veo muy bien con esta luz. ¿Me lo leerías?

Ella le dirigió una mirada que le aseguró que sabía que esta vez él era el impostor. Pero no dijo nada, simplemente comenzó a leer, tropezando un poco con palabras como «imperativo» y «facilitar», que desconcertaron por completo a Jake.

## **COMITÉ DE HUELGA.**

**Trabajadores textiles de Lawrence.**

## **TARJETA DE IDENTIFICACIÓN.**

**Es imprescindible que los padres de un niño o niños que deseen irse de vacaciones durante la huelga de los trabajadores de la industria textil de Lawrence, Massachusetts, den su consentimiento por escrito y, para facilitar el trámite, se les solicita que firmen esta tarjeta de identificación. No se permitirá el acceso a ningún niño a menos que sus padres (padre y madre) firmen dicha tarjeta.**

**Nombre del niño .....**

**Edad del niño .....**

**Residencia en Lawrence .....**

**Dirección postal de los padres.....**

**Nacionalidad .....**

**Nosotros, los abajo firmantes, padres o tutores del menor arriba descrito, por la presente autorizamos que se le permita ir de vacaciones a la casa de personas a su cargo.**

**El “Comité de Niños de los Huelguistas de Lawrence”, acordamos permitir que el niño permanezca con los amigos de los huelguistas en esa ciudad mientras dure la huelga, excepto que circunstancias imprevistas puedan hacer necesario el regreso del niño antes de ese momento designado.**

**..... Padre.**

**..... Madre.**

**..... Custodio.**

**Aprobado por el Comité de la Infancia.**

“¡Caramba! ¿Cómo diablos pudo tu madre siquiera leerlo, y mucho menos completarlo?”

–Leí las partes difíciles. Y por favor, cuida tu lenguaje. – Luego su voz se suavizó–. ¿Tu papá sabe leer inglés?

–Mejor que yo –murmuró–. ¿No podría tu madre hacerlo por mí? ¿Decir que soy tu hermano o algo así? Es decir, voy a ser como tu hermano, cuidándote en el tren y todo eso. – Intentó sonreír con lo que él imaginaba que sería una sonrisa fraternal.

“Ella no mentirá por ti, si a eso te refieres.”

“¡Caramba! Supongo que tendré que preguntarle al viejo, ¿eh?”

–Mira. Lo principal es su firma en esta línea de aquí –dijo señalando.

“Bueno, podría fingir eso.”

“Algunos chicos ya lo intentaron. No funcionó. Solo consigue su firma auténtica, ¿de acuerdo? Con lo demás te ayudo. No falsificaremos su nombre. No estaría bien.”

Todavía le quedaba dinero en los bolsillos de la limosna del cura. Pasó por la tienda siria, que permanecía abierta casi toda la noche, y compró más whisky. Necesitaba ganarse la

confianza del anciano antes de pedirle algo tan importante como su firma.

La cabaña estaba completamente a oscuras por dentro. – ¿Papá? –susurró–. ¿Estás aquí? Soy yo, Jake. Te traje una sorpresa.

Nadie respondió. Seguro que no estaba. Jake tanteó hasta la mesa. Su mano encontró la lámpara de aceite, pero ni siquiera palpando toda la superficie pudo encontrar cerillas. No había. Hacía siglos que no compraba. Se arrastró por el suelo de tierra hasta la cama. Tendría que esperar a que su padre volviera a casa. Se dejó caer con cuidado, pero al empezar a apoyarse contra la pared, chocó con algo. Era su padre, tendido allí, tan tranquilo como una tumba, sin siquiera roncar. Lo primero que pensó fue en alivio: esta noche no habría paliza. Quizá mañana tampoco. Y cuando le explicara a su padre que se iría a Nueva York –*¡a trabajar!*–, el viejo se apresuraría a firmarle la tarjeta.

Se deslizó bajo la fina manta. ¡*Por todos los cielos*, qué frío hacía en la cabaña! Uno pensaría que papá ya habría calentado un poco la cama, pero Jake se había vuelto blando, durmiendo en iglesias y demás. Había olvidado por completo lo fría que podía estar la cabaña, casi como un basurero. No creía que pudiera dormir, con el frío que hacía y la emoción que sentía, esperando que amaneciera. Tenía que conseguir que le firmaran la tarjeta temprano y llegar al Salón. Dijeron que se reunirían para ir a la estación de tren a las nueve. Así

que tenía que estar allí antes. Pero se quedó dormido, despertándose sobresaltado cuando la luz entró por la ventana sucia y las rendijas alrededor de la puerta.

–Papá... papá –susurró. No quería despertarlo demasiado rápido; podría enfadarse si lo despertaban bruscamente. Jake se incorporó apoyándose en el codo y miró a su padre –con barba de tres días y la cara sucia como siempre– tan quieto y tranquilo. Jake nunca lo había visto tan callado.

Algo se estremeció en el pecho de Jake. Estaba tan quieto, demasiado quieto. –¿Papá? –Jake le puso la mano en el brazo. Luego, intentando no entrar en pánico, le tapó la boca y la nariz con la mano. No había ni rastro de movimiento, ni respiración. Saltó de la cama. –¡Papá! –gritó–. ¡Despierta! ¡Despierta, maldita sea! No hubo respuesta.

Junto a la pared, a la derecha de su padre, yacía vacía la botella de whisky que había comprado dos días antes. Vacía como una cáscara sobre la cama. Había dormido toda la noche con un cadáver. Ni siquiera se había dado cuenta de que su padre yacía allí, rígido y muerto, a su lado. ¡Maldita sea, qué tonto fue!

*Lo maté. ¿Acaso no deseé su muerte más de una vez? ¿Acaso no compré el veneno que lo mató?* Jake apenas podía respirar. Tenía que salir de allí.

## Capítulo XVI

### EL TREN

El chico no apareció en el Local a la mañana siguiente. Rosa no sabía si preocuparse o sentirse aliviada. Se había comportado como si de verdad quisiera ir. Debió de enterarse de que, después de todo, ella no iba a Nueva York; en el último momento, Mamá había tachado «Nueva York» en la tarjeta que había rellenado hacía una semana y le había pedido a Rosa que escribiera «Barre, Vermont» en su lugar.

“Como un pueblecito agradable, ¿sí? Nada de grandes ciudades para mi niña, ¿eh? Creo que hay gente amable en los pueblos pequeños.”

Pero ¿cómo iba a saber el chico que Mamá había cambiado de opinión? No estaba por ningún lado. Incluso si hubiera visto su tarjeta, ¿cómo iba a saber qué ponía? No sabía leer;

estaba segura de que no. Eso de que tenía mala vista para ver con poca luz... ¡Ja! Era simplemente un ignorante. Hasta los nativos podían ser ignorantes. Su padre debía de haberse negado a firmar. Era lo único que podía imaginar. A menos que ni siquiera tuviera padre. ¿Por qué un niño con padre estaría durmiendo en basureros o en el suelo de la cocina de otra persona, o recibiendo caridad del padre O'Reilly? Eso era. Era huérfano. Sintió pena por él, pero solo por un instante. La mayor parte de su lástima era por sí misma, dejando su hogar, dejando a Mamá, a Anna y a Ricci. Incluso le importó dejar a los Jarusalis, un poco. No echaría de menos el olor de los niños ni los ronquidos de la abuela. Pero ahora formaban parte de su hogar, y la idea de marcharse era casi insoportable.

Si Rosa no hubiera actuado con tanta cobardía, Mamá no la estaría mandando lejos. Mamá no mandaba al pequeño Ricci, que era mucho más delgado y débil que Rosa. Mamá debería mandar a Ricci. Rosa se lo había dicho, pero Mamá solo dijo: «No puedo mandarlo lejos. Es solo un bebé, no entiende, como tú». *¿Como yo?*, quiso decir Rosa. *¿Crees que entiendo por qué ya no me quieres aquí?* Pero no pudo decirlo en voz alta. Mamá no entendería que, por mucho miedo que le diera la huelga, la idea de irse de casa le daba mucho más miedo. Al menos, durante la huelga veía a Mamá y a Anna y sabía al final de cada día que seguían a salvo. ¿Cómo iba a saber que estaban bien si estaba tan lejos, en el norte, en un lugar desconocido, viviendo entre extraños que

ni siquiera conocían a Mamá? Que podrían o no decirle si les pasaba algo... No, no podía pensar así. No podía dejar que su mente jugara con esa posibilidad. A veces, lo que imaginas que sucederá, sucede, como si tú lo hubieras provocado.

La señora Gurley Flynn pedía la atención de todos, así que Rosa dirigió la suya a la sindicalista que había ayudado a idear el viaje. Todos los niños que se marchaban estaban rodeados de sus padres y de los hermanos que se quedaban atrás. Por lo que Rosa pudo ver, era una de las pocas niñas que no estaba prácticamente bailando de emoción. La enorme multitud de niños que iban a Nueva York se agrupó. Primero partieron hacia la estación. Luego, la señora Gurley Flynn reunió a los niños que iban a Vermont y les presentó a sus acompañantes: dos hombres de Barre, el señor Broggi y el señor Rossi, y un hombre y una mujer de Lawrence, a quienes Rosa no conocía. El hombre era el señor Savinelli, pero la mujer pronunció su nombre tan bajito que Rosa no lo oyó. Todo se estaba alargando tanto que Rosa casi se mareaba de la espera.

Cuando se dirigían a la puerta, Rosa oyó a uno de los hombres de Barre preguntarle a la señora Gurley Flynn dónde estaban los abrigos y el equipaje de los niños.

“Llevan puesto todo lo que tienen”, dijo.

–Oh –dijo–. Pobres niños. Deben de tener mucho frío. Rosa se ruborizó de vergüenza. Odiaba esa lástima de un desconocido.

Mamá, Anna y el pequeño Ricci la acompañaron hasta la estación, pero casi no hablaron. El pequeño Ricci dio unos pasos antes de pedir que lo llevaran en brazos. Mamá suspiró y lo alzó. «Verás que estarás bien, Rosa. Gente italiana amable, mucha comida rica, una casa cálida. Ya verás». Rosa asintió con la cabeza, aturdida. Solo su hermana parecía darse cuenta de lo triste que se sentía. Anna tomó la mano de Rosa y la apretó con fuerza, dándole un pequeño apretón cada vez que Mamá intentaba decirle algo alentador.

Rosa casi deseaba que apareciera el pobre muchacho. Al menos así tendría con quién viajar. Ninguno de los niños que conocía parecía tener como destino Barre, Vermont. Sus padres habían oído hablar maravillas del trato que recibía el primer grupo de niños en Nueva York y ansiaban la oportunidad de enviar allí a sus propios hijos.

En la estación, alzó la cara para recibir el beso de mamá, luego se giró rápidamente para ocultar sus lágrimas.

“Todas las familias en Vermont son italianas, Rosa. Te sentirás como en casa enseguida.”

Estaba tan harta de oír hablar de los buenos italianos de Barre, Vermont, que subir al tren fue casi un alivio. Alguien contó a los pasajeros mientras subían al vagón. Rosa era la número veintinueve: veintinueve de treinta y cinco que se dirigían a la naturaleza salvaje de Vermont. Ciento cincuenta niños iban hoy a Nueva York. No es que quisiera ir a Nueva York –no quería ir a ningún sitio–, pero cuando contaron al grupo de Nueva York, vio a Celina Cosa, no una amiga propiamente dicha, pero al menos alguien a quien conocía del colegio.

Para cuando subió al tren, ya no quedaban sitios junto a las ventanas del lado de la estación. Sabía que Mamá y Anna estarían saludando sin parar, pero ella nunca las vería, nunca podría devolverles el saludo. Se dirigía arrastrando los pies hacia la parte trasera del vagón, con la cabeza gacha, intentando contener las lágrimas, cuando divisó algo. Era una persona, alguien acurrucado bajo el asiento. Nadie le prestaba atención. Todos estaban demasiado ocupados buscando a familiares y amigos en el andén para saludarlos, así que se inclinó. –¿Qué haces ahí? –susurró. Reconoció, incluso por la espalda, quién era.

Apenas podía darse la vuelta en aquel espacio tan estrecho. –Tengo que ir a Nueva York –dijo con voz ronca–. Tengo que salir de este pueblo.

Se deslizó sobre él hasta sentarse. No tuvo el valor de decirle que se había equivocado de tren. –¿Por qué no viniste al vestíbulo esta mañana?

–No pude –dijo con voz ronca–. Papá no firmó.

“Entonces, sal de ahí abajo y bájate de este tren. Ahora mismo. Antes de que arranque.”

–No puedo –dijo–. Tienes que ayudarme. No puedo volver allí.

Ella interpretó “allá atrás” como Lawrence, el molino, el basurero.

–No tienes padre –dijo con tono acusador.

–No –dijo con voz entrecortada–, no.

“Eso pensaba. Bueno, levántate y bájate del tren.”

“No puedo, de verdad que no puedo. Tienes que creerme.”

Ella resopló. ¿Cuándo había sido creíble él?

–Además –dijo con voz adulatora–, ¿no le prometí a tu madre que cuidaría de ti? Como a una hermana, le dije, ¿recuerdas?

“¡Menos mal que no eres mi hermano!”

–Vamos, chica de los zapatos, solo por hoy –suplicó, rogó. Ella no supo qué pensar–. Vamos. No te molestaré más. Solo no me delates hasta que lleguemos.

El tren emitió un silbido y luego dio un tremendo tirón.

–¡Date prisa! –dijo–. ¡Bájate, que ya empieza!

–No puedo –dijo.

El tren comenzó a resoplar lentamente. Se movía. No había nada que hacer. El pobre muchacho se dirigía a Vermont, quisiera o no.

Los niños, que se habían apiñado contra las ventanas, empezaban a buscar asientos. «¡Rápido, salgan de ahí! Siéntense aquí conmigo. Ya los contaron. Puede que no los vean».

Dio una negativa ahogada.

“Bueno, si te encuentran intentando esconderte, enseguida se darán cuenta de que no perteneces aquí. Sube aquí. Ahora mismo. Antes de que todo el mundo se calme.”

Se deslizó por debajo y se dejó caer en el asiento junto a ella. Parecía intentar arrinconar su cuerpo. El tren ya estaba en marcha, y el ruido del motor y las ruedas la hizo inclinarse hacia él para poder oírlo.

–Siéntate derecho, como corresponde. –Se enderezó un poco–. Si alguien pregunta, eres mi hermano. Te llamas... – Ella pensó un momento. No podía llamarlo Ricci, desde luego–. Te llamas Salvatore, ¿de acuerdo? Salvatore Serutti.

“Apenas puedo decirlo.”

“¡Oh, no seas tan gruñón! Te llamaremos Sal, para abreviar. Tú puedes decir Sal, ¿verdad?”

Él respondió con un gruñido. Algo andaba mal, ella lo presentía. Él evitaba su mirada y toda su actitud de sabelotodo había desaparecido.

–¿Qué ocurre? –Él negó con la cabeza–. Vamos, sé que algo anda mal. Puedes contármelo. Nadie oirá nada por encima del ruido del tren. –Volvió a negar con la cabeza, sin mirarla. Viajaron en silencio un rato, escuchando el *traqueteo* de las ruedas sobre los raíles. Ella nunca había viajado en tren y, curiosamente, le gustó. Pasaron junto a edificios y casas y luego, ganando velocidad, parecieron zumbir junto a los campos que se extendían más allá del pueblo. La nieve de allí, en campo abierto, era tan distinta del aguanieve gris de la ciudad, como una manta de lana blanca que envolvía con calidez las granjas.

“¿No es precioso?”

Parecía haber salido de su estupor. –¿Qué dices?

“La nieve aquí afuera, los campos, las casitas y los graneros...”

Echó un vistazo por la ventana y luego apartó la mirada. – Supongo.

“Vamos, Sal, ¿qué te pasa?”

“Mi nombre no es Sal. Ese es un nombre de chica.”

Sonrió para sí misma. No se atrevió a dejarle ver lo aliviada que se sentía al recuperar algo de su antiguo espíritu. «No en italiano. Es un nombre muy bonito para un chico. Además, ni siquiera sé tu verdadero nombre. Nunca me lo dijiste».

“Ahora da igual. Creo que soy Sal, al menos hasta que llegue a Nueva York.”

Sintió un escalofrío al pensar en la decepción que estaba a punto de darle. "Sal... no vamos a... no vamos a ir a Nueva York".

Se incorporó de golpe y la miró fijamente a los ojos. "¿Adónde demonios *vamos*?"

“A—a Vermont.”

¡*Por todos los cielos!* –Se dejó caer tan bajo que casi se le salía la columna del asiento–. ¿Por qué no me lo dijiste?

“Te dije que te bajaras del tren. ¿Recuerdas? Y no lo hiciste.”

“Pensé que era porque no tenía ninguna maldita tarjeta.”

Esa había sido la razón, pero, aun así... “No me preguntaste adónde iba el tren. Ya estabas aquí cuando subí, ¿recuerdas?”

“Te vi, y vi que ibas a subir a este tren. Sé que había dos grupos, pero dijiste que ibas a Nueva York.”

Claro, no había sabido leer las señales. “Eso fue ayer. Mamá cambió la tarjeta anoche. Pensó que un lugar pequeño sería mejor para mí. Menos aterrador.”

“¡No tengo suerte, ¿verdad?! ¡Pura mala suerte en toda mi maldita vida!”

“Tal vez te guste Vermont.”

La miró con desprecio. «Prefiero irme al infierno».

¡No lo dices en serio!

–No me conoces tan bien. ¡*Caramba!* ¿Qué voy a hacer? – murmuraba para sí mismo, mientras la tristeza lo envolvía de nuevo como una espesa niebla.

La mujer que acompañaba a los niños bajaba por el pasillo con trozos de pan y queso que repartía a cada uno.

*¡Ay, Dios mío! ¿Estaba contando?* Rosa empezó a preparar su discurso sobre el hermano que se había sumado a última hora. Pero no hizo falta. La mujer simplemente sonrió y le dio dos rebanadas de pan con queso.

–Para cuando se despierte –dijo, señalando al chico, que ahora estaba apoyado contra la esquina con los ojos cerrados.

Rosa asintió, intentando devolver la sonrisa. –Gracias –dijo en voz baja.

La mujer se giró hacia el otro lado para repartir el almuerzo a los niños del otro lado del pasillo. Rosa esperó a que la acompañante terminara y volvió a su asiento en la parte delantera del vagón. Entonces le dio un puñetazo a Sal... bueno, a partir de ahora tendría que llamarse Sal. «Sal, aquí tienes tu almuerzo».

–No tengo hambre –dijo, cruzando los brazos y abrazándose el pecho, con los ojos aún cerrados.

–Claro que sí. Es pan con queso. Y el pan está fresco. –Le dio un mordisco y empezó a masticar con detenimiento–. *Mmm*, muy bueno.

Abrió un ojo y extendió la mano. Ella le dio su porción de pan y queso y lo observó dar un pequeño mordisco. Pronto lo estaba devorando. Tenía hambre. ¿Acaso no la tenían todos?

¿No te sientes mejor así? ¿No te sientes mejor ahora que has comido algo?

–No me preguntes cómo me siento, ¿de acuerdo? –dijo, limpiándose la boca con el dorso de la mano–. Déjame en paz.

Se recostó en el asiento. Justo encima de donde apoyaba la cabeza, había un paño blanco. Estaba limpio, como la nieve del campo. Le reconfortaba saber que alguien lavaba esos paños donde la gente apoyaba la cabeza. Quizá el extraño lugar al que iba también estaría limpio. Sabía que su madre lo intentaba, pero ¿cómo se podía vencer al humo de las chimeneas de la ciudad? En casa siempre había suciedad y el agua potable era difícil de conseguir.

No intentó volver a hablar con el chico. Pensó en casa, en Mamá: Mamá cantando en la calle, con una voz tan pura y potente. Todos querían que Mamá dirigiera el canto. Podría haber sido cantante de ópera si se hubiera quedado en Italia, imaginó Rosa. Se lo dijo una vez a Mamá, que solo se rió. «Para ser cantante necesitas dinero, Rosa. Necesitas clases, necesitas un piano para practicar. Nosotros no tenemos nada de eso».

No era justo que algunos tuvieran tanto y otros ni siquiera lo suficiente para comer. Por eso Mamá estaba en huelga. Rosa lo sabía. Pero no había manera de que ganaran. Eran demasiado débiles y los dueños demasiado fuertes. Morirían

de hambre o de frío mucho antes de que los dueños cedieran. Y la tarjeta que Mamá había firmado decía: «mientras dure la huelga». *Mientras dure la huelga*. Mamá, Anna y el pequeño Ricci probablemente morirían antes de que todo terminara. Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y los apretó con fuerza para contenerlas. No quería que ese desgraciado la viera llorar, no cuando fingía ser la fuerte.

Alguien que iba cerca de la parte delantera del coche empezó a cantar y pronto se le unieron muchos de los niños que iban a bordo:

*“No, no, no nos moverán  
No, no, no nos moverán  
Como a un árbol plantado junto al agua...”*

No pudo evitarlo. Solo oía la hermosa voz de mamá, que se elevaba por encima de todas las demás. Las lágrimas que había contenido tras sus párpados estallaron. Se cubrió el rostro con las manos e intentó ahogar los sollozos que la sacudían.

“¡Oye, oye, chica de los zapatos! ¡Ya basta! Vermont no va a ser *tan* malo. Tú misma lo dijiste.”

Ella negó con la cabeza. “No estoy llorando por Vermont”.

“¿Y entonces qué?”

–Nada. –De repente, sintió que recuperaba parte de su bravuconería perdida–. No es asunto tuyo, y me llamo *Rosa*.

–De acuerdo. Como quieras. –Se dejó caer de nuevo en su rincón, cruzando una vez más los brazos con fuerza sobre el pecho y cerrando los ojos.

El canto continuó, pasando de un canto sindical a otro. Todos los niños parecían saberse las letras. Rosa también se las sabía, pero tenía la garganta demasiado tensa para unirse, aunque hubiera querido cantar.

El señor Broggi, un hombre corpulento de Barre, se puso de pie para anunciar que el tren se retrasaba. Rosa suspiró. El viaje se le había hecho eterno una vez que pasó la novedad. Incluso las montañas nevadas, que la habían hecho incorporarse y mirar por la ventana, habían perdido su encanto al cabo de un rato. Quería bajarse del tren. Si no podía volver a casa, quería saber qué le deparaba el futuro, y el largo viaje en tren era como viajar por el limbo. «Cuando estás en un tren, no estás en ningún sitio», decidió. «No estás donde habías estado, ni tampoco adónde ibas. No estás en ninguna parte». Podía ser bonito lo que veía por la ventana –y lo era, era lo suficientemente perspicaz para darse cuenta–, pero para ella no era ningún sitio, solo una escena fugaz enmarcada por la ventanilla del tren.

El señor Broggi se puso de pie de nuevo. «Llegaremos pronto», dijo. «Gracias por su paciencia. Los trabajadores y

sus familias, que serán sus anfitriones, estarán en la estación para recibirlos. Les aseguro que están tan ansiosos como ustedes por la llegada de este tren. Han preparado un banquete en el Salón, así que no traemos más comida para el tren. Habrá una cena abundante cuando lleguemos, se lo prometo, y una muy cálida bienvenida a Vermont».

El chico murmuró algo entre dientes, que Rosa no pudo oír y que probablemente no hubiera querido oír.

Por fin, el tren emitió un silbido ensordecedor y comenzó a frenar. Los niños del lado de la estación pegaron la cara a las ventanas para contemplar por primera vez Barre. En lugar de interminables extensiones de fábricas gigantes, Rosa solo alcanzaba a ver desde su ventana unos extraños edificios en forma de herradura con las vías del tren atravesándolos. Era casi el anochecer, pero aún había suficiente luz para apreciar lo diferente que era este pueblito de Lawrence. La nieve seguía blanca y más espesa en los tejados.

“¡Miren! ¡Miren!”, gritaban los niños junto a la estación. “¡Miren a toda esa gente! ¡Parece una marcha!”.

El corazón de Rosa dio un vuelco. ¿También huelgas aquí? Imposible. La habían enviado lejos para librarse de las huelgas.



Niños de Lawrence preparados para el viaje

## Capítulo XVII

### EN EL LOCAL DEL SINDICATO

Jake planeó sus próximos pasos aún en el tren. En cuanto bajara, se esfumaría entre la multitud. De alguna manera, conseguiría el dinero suficiente para comprar un billete a Nueva York, o al menos a Boston. No podía quedarse en ese pueblo de mala muerte, eso era seguro. Aunque no se dieran cuenta, aunque pensarán que pertenecía allí, no podía quedarse. Seguro que alguien encontraría el cuerpo de papá. Seguro que alguien sabría de él. Aunque la policía no lo detuviera por asesinato –el corazón se le heló al pensarlo–, *aunque* no lo acusaran, sabrían, ¿no?, que él tenía la culpa. Lo mandarían a un orfanato, lo que, sabía, sería peor que la cárcel.

Con suerte, el frío se mantendría durante un buen tiempo más. Pero cuando llegara la primavera, como siempre, algún transeúnte seguramente percibiría el olor del cadáver. Jake había oído muchos animales en descomposición; conocía el hedor. O tal vez algunos perros callejeros entrarían en la choza...

Casi vomitó al pensarlo. ¡Dios mío!, ¿qué iba a hacer? Pero primero lo primero. Evadir a la chica, escabullirse entre la multitud en la estación y encontrar algún lugar en ese pueblo perdido donde esconderse hasta poder planear su fuga.

Eran casi los últimos niños en bajar del tren, pero en cuanto pisó los escalones, antes incluso de poner un pie en el andén, supo que no intentaría huir esa noche. El aire helado que le golpeó la cara era algo que jamás había sentido. ¿Dónde demonios quedaba Vermont? ¿En el Polo Norte? Además, la niña se aferraba a su brazo con todas sus fuerzas.

La multitud no era ni de lejos tan numerosa como la que había recibido a Big Bill y a la bella señora Gurley Flynn, pero parecía representar a casi todo el pueblo. Había carteles, como si se tratara de una marcha, pero los sostenían y agitaban personas sonrientes y bien abrigadas, muchas de las cuales lucían cintas rojas brillantes. Claro que él no podía leer los carteles.

–Ese dice «BENVENUTI». La chica de los zapatos parecía leerle la mente. –Igual que el de allá en inglés, ¿ves? –Le

soltó el brazo y le señaló los carteles en italiano, fingiendo que solo eran los que él no podía leer—. Todos dicen «WELCOME» o «WELCOME, LAWRENCE CHILDREN». Igual que los de inglés.

Se estaba haciendo retroceder a la multitud para que los niños pudieran pasar directamente a través de ella y subir a los autos, camiones y vagones de alquiler que estaban estacionados junto al andén.

La chica se puso rígida y dudó junto al auto hacia el que los conducían, pero Jake la agarró del brazo y la subió al estribo, sentándola en el asiento trasero. El motor hacía mucho ruido y el humo olía mal, pero al menos irían con estilo, fuera cual fuese su destino. Solo sería por una noche, se prometió. En cuanto pudiera mendigar o robar dinero para un billete de tren, se iría... si no lo atrapaban antes.

El conductor se giró hacia el asiento trasero y sonrió cálidamente. “*¡Buona sera!*”, dijo.

*¡Caramba!* ¿Acaso el italiano iba a ser el idioma de este pueblo? ¿Cómo iba a arreglárselas? Incluso para irse del pueblo había que saber hablar con alguien.

“Les damos la bienvenida a Barre. Los esperamos durante muchos días.”

*¡Uf!* El hombre hablaba inglés, lo que le dio a Jake algo de esperanza para el resto del pueblo.

“Junto a la puerta hay unas mantas por si tenéis frío.”

–Grazie –*murmuró* la niña.

*¡Caramba!* ¿Iba a hablar en italiano o solo estaba presumiendo? No, temblaba demasiado para eso. Él tomó la manta de la esquina del asiento y los arropó hasta la barbilla. El conductor sonrió y asintió.

“Primero tendremos un pequeño desfile de bienvenida”, dijo. “Luego iremos al Local del Trabajo para un *gran* banquete. ¿Os gusta eso?”

–Sí –dijo la niña.

Deseaba que dejara de hablar con el italiano. ¿Qué pretendía demostrar? Estaba pensando qué decir cuando las puertas del otro lado se abrieron y otros dos niños se apiñaron junto a ellos en el asiento trasero, mientras que otro se subió al asiento del conductor.

–*¡Andiamo! ¡Vamos!* –dijo el conductor, e hizo algo que provocó que el motor tosiera y el auto diera un tirón. La niña dejó escapar un pequeño grito ahogado.

“¡Es un automóvil!”, exclamó exultante el niño sentado al otro lado de Rosa.

–¿Sí? –*murmuró* Jake–. ¿Nunca has visto uno?

“¡Yo nunca *he montado* en uno!”, dijo el niño.

Jake tampoco, pero, ¡caramba!, la fascinación del niño, con los ojos desorbitados, era peor que el terror de la chica de los zapatos. Los hacía sonar como si acabaran de llegar de tercera clase. Como si fueran más atrasados que los italianos tontos de este pueblo perdido. *¡Ay, Navidad!* Lo comprendió. Durante el resto del tiempo que estuviera atrapado allí, sería uno de esos italianos recién llegados. *Sal... Sal... ¡Por todos los cielos!*, ni siquiera podía pronunciar su estúpido nombre.

El niño que había gritado sobre el automóvil se puso de pie, apartó a Rosa de un empujón y, apoyándose en las rodillas de Jake, sacó la cabeza por la abertura sobre la puerta. –¡Es un desfile de verdad! –exclamó–. ¡Estamos en un desfile de verdad!

“Así es, hijo. Todo el pueblo viene a verte y te dice: '¡Hola! ¡Bienvenido a Barre, Vermont!'”

–¿Para vernos? –Su voz era tan estridente que le atravesó el cráneo a Jake como el silbato de un molino.

“Solo a ti, a nadie más.”

Iban dando tumbos por lo que debía de ser la calle principal, si es que un pueblo de este tamaño tuviera una. En fin, había tiendas a ambos lados y gente haciendo cola delante, ondeando banderas italianas y estadounidenses y

gritando y aplaudiendo a su paso. También había grupos tocando. Jake no conocía las canciones, pero la música no estaba mal, y a medida que subía el volumen, nadie intentaba hablar, lo cual era un alivio.

Siguieron la carroza que los precedía rodeando una pequeña plaza, casi rodeada de iglesias. Incluso en la plaza había gente de pie en la nieve, agitando carteles y gritando. Luego, su pequeño desfile regresó por la misma calle por donde había venido.

–¡Ay! ¿Puedes quitarme el pie de encima? –El niño no solo estaba parado sobre el pie de Jake, sino que saltaba sobre él de la emoción, pero o no lo oía o simplemente lo ignoraba. Jake lo levantó y lo sentó en el asiento junto a Rosa–. Me estaba matando –explicó, pero Rosa no dio señales de haberlo oído. Miraba fijamente al frente, con los ojos muy abiertos por el susto–. No le hice daño. ¿Ves? Está bien. –El pequeño se levantó de un salto y ahora estaba agolpándose junto a la niña que estaba de pie en la abertura del otro lado.

Pasaron la calle que llevaba de vuelta a la estación y, un poco más adelante, giraron hacia una más estrecha. Para cuando el conductor detuvo el auto, ya era de noche. Parecía que aquí anocheecía temprano.

–De acuerdo –dijo el conductor–. Aquí estamos. El festín nos espera.

Los tres pasajeros más pequeños saltaron del auto y se unieron al grupo de niños que subían apresuradamente los escalones de piedra que conducían al edificio de ladrillo, que debía ser el Salón del Trabajo que el conductor había mencionado antes. Rosa seguía sentada en el asiento, como congelada. Jake le dio un codazo. –Ya llegamos. Vamos.

Ella se tambaleó hacia la puerta abierta, se agarró al estribo y luego bajó a la calle. Él la siguió y ambos subieron los escalones que daban al vestíbulo.

Lo primero que le llegó a Jake fue el olor a comida. El glorioso aroma a carne, ajo y pan recién horneado. En el tren, había pensado que jamás volvería a tener apetito, solo de pensar en el cadáver de su padre y en lo que podría ser de él, y también en lo que podría ser de él cuando lo encontraran. Pero tenía hambre, tanta hambre que se comería un coche entero si estuviera cubierto de suficientes albóndigas y salsa de tomate.

Había gente en la puerta saludando a todos, tanto en italiano como en inglés. Jake casi salió corriendo hacia una de las mesas largas, pero lo detuvieron y lo mandaron a un extremo del pasillo. A Rosa la mandaron al otro. *¡Caramba!*, ¿acaso no lo había examinado un médico hacía apenas unas horas? Pero no había nada que hacer más que esperar su turno mientras un médico local le auscultaba con su pequeño aparato de goma, le palpaba la espalda y le examinaba la garganta y los oídos.

Un joven estaba junto al médico, tachando nombres de la lista. ¿Qué iba a hacer Jake? Su nombre no iba a estar en ninguna lista.

–¿Cómo te llamas, hijo? –preguntó el joven.

–Ah –dijo Jake–, yo no estoy en ninguna lista. Mi hermana... mira, esa chica de allá con... Espera, voy a buscarla. Ella puede explicarlo.

El hombre pareció desconcertado, pero no intentó impedir que Jake cruzara corriendo el pasillo y agarrara a Rosa del brazo. –Tienes que venir –dijo–. No estoy en la lista.

Se alegró al ver que parecía haberse recuperado del terror del viaje en auto. «Oh, de verdad», dijo ella, pero lo acompañó a hablar con el hombre que tenía la fatídica lista.

“Yo... yo no me iría si mi hermano no viniera conmigo esta mañana, así que se coló a bordo. Mamá sabrá dónde está. Quería que viniera a cuidarme.”

El hombre arqueó las cejas. –¿Y tu nombre, jovencito?

“Eh... Sal...”

“Salvatore. Lo odia. Quiere que todos le llamen simplemente 'Sal'.”

“De acuerdo, Sal, pero necesitamos tu nombre completo.”

–Serutti –intervino Rosa rápidamente–. Igual que yo.

–Salvatore Serutti –dijo, y luego sonrió–. Solo para la lista, ¿de acuerdo? Si no, te llamamos Sal. –Anotó algo en la pizarra–. ¿Ha tenido su examen, señorita Serutti?

–Rosa –dijo, sonriendo dulcemente, como en una fotografía–. Sí, lo hice. *¡Qué farsante!*

“Entonces ya está todo listo. Busquen asientos en las mesas. La comida llegará en cuanto terminemos los exámenes y registremos a todos.”

–Bueno, al menos podrías darme las gracias –murmuró mientras se dirigían a los asientos libres más cercanos.

–De acuerdo –dijo–. Gracias. ¿Ahora estás satisfecha?

Ella simplemente suspiró. “Compórtate, ¿de acuerdo? No puedo ayudarte si no intentas comportarte”.

Pero Jake no prestaba atención. Sus ojos seguían la fila de mujeres que salían de una habitación al final del pasillo. Cada una llevaba una olla o una fuente enorme, que luego colocaba sobre una de las mesas. Había fideos redondos, tubulares y gruesos como su dedo, cubiertos de salsa de tomate. Había una fuente con trozos de salchicha nadando en salsa de tomate. Había platos enormes con jugosos trozos de pollo tan tiernos que se deshacían en la boca. No había espaguetis, como él creía que comían los italianos en cada

comida, sino un plato de algo que no era patata, pero tampoco pasta.

–¿Qué es esto? –le preguntó a Rosa.

–Polenta –susurró Rosa–. Pruébala. Está buena.

*¿Buena?* Jake apostó a que ni los ángeles del cielo tenían nada que supiera ni la mitad de *bien*.

Había cestas de pan –rebanadas gruesas y crujientes– y platos más pequeños con queso, salami, aceitunas y toda clase de cosas raras. Jake no les prestó mucha atención; se estaba sirviendo pollo, polenta y salsa de carne, nada de esas otras cosas extranjeras que no reconocía. Una comida así le alcanzaría para unos días. Ahora solo necesitaba dinero suficiente para salir de allí.

Las bandas los habían seguido hasta el Salón, y mientras comían, los músicos tocaban melodías alegres. De vez en cuando, entre la comida y la música, Jake se olvidaba de todos los problemas de los que huía.

El banquete terminó con pasteles y dulces. Jake se guardó algunos caramelos en el bolsillo cuando Rosa no miraba. Sabía que ella se quejaría si lo veía.

–Bueno, chicos y chicas –dijo con voz atronadora el hombre corpulento que había estado en el tren–. Déjenme preguntarles: ¿Han comido suficiente? Se oyeron algunos

síes y agradecimientos dispersos. El hombre se cogió la oreja con la mano. –No los oigo. ¿Han comido suficiente?

“¡Síiii...!” , respondieron los niños con voz atronadora.

–Bien –dijo–. No queremos que ningún niño pase hambre esta noche. Ahora conocerán a sus anfitriones para su visita a Barre. ¿Están todos emocionados?

"¡Síiii...!"

–Bien. Les aseguro que toda la gente de Barre también está muy emocionada. Solo he traído a treinta y cinco niños, y muchísimas familias más quieren ser anfitrionas. –Negó con la cabeza–. Bien, señor Marchesi, por favor, diga algunos nombres de la lista, y la familia que tenga este nombre, venga a conocer a su invitado, ¿de acuerdo?

–Con mucho gusto, señor Broggi –dijo el mismo joven que había tachado nombres de la lista antes, adelantándose y comenzando a leer los nombres de los niños. Jake se dio cuenta de que no todos eran italianos. Podría haber conservado el suyo, pero no podía ser el hermano de Rosa con un nombre como Jake Beale. El corazón le latía con fuerza con cada nombre. ¿Qué haría el hombre cuando llegara al de Rosa? Pero no tenía de qué preocuparse. –Rosa y Salvatore Serutti –anunció el hombre, como si su peculiar nombre siempre hubiera pertenecido a la lista.

–¡Levántate! –ordenó Rosa. Él se puso de pie, mirando a su alrededor en busca de quienes se acercaran a reclamarlos. Al principio, nadie pareció moverse.

–¿Rosa y Salvatore Serutti? –repitió el señor Marchesi, mirando también a su alrededor.

Una mujer se acercaba a ellos. A Jake le pareció anciana, toda blanca y arrugada, con un chal que la envolvía. Unos pasos detrás de ella venía un hombre menudo. No era más alto que un niño, pero no lo era en absoluto, pues tenía una cabellera blanca como la nieve y un gran bigote blanco que le brotaba del labio superior como un arbusto nevado.

Se acercaron lentamente desde el rincón más alejado del Salón hasta donde el señor Marchesi esperaba con la lista en la mano. La mujer se giró y esperó a que el anciano la alcanzara, y cuando lo hizo, murmuró algo en italiano al señor Marchesi.

“¿Qué dijo?”

–Dijo que no pidió ningún chico –susurró Rosa.

## Capítulo XVIII

### LOS GERBATI

Jake casi entró en pánico. Si el anciano no lo llevaba, ¿qué pasaría? Se separaría de Rosa y se quedaría con una familia que probablemente ni siquiera hablaba inglés.

–Señor Gerbati –comenzó el señor Marchesi, pero Rosa lo interrumpió.

–Scusami, *Signor* ... –Puso su carita más triste y bonita. Probablemente él nunca sabría qué le dijo al anciano, pero pudo ver cómo se le suavizaba el rostro a la anciana.

–Oh –murmuró–, *pobre niña* –y rodeó con el brazo los hombros de Rosa.

–Hay muchas familias que estarían encantadas... –dijo el señor Broggi, pero la mujer lo interrumpió.

“Estamos bien, señor Broggi. No hay problema.”

El anciano estaba derrotado. Jake lo notó. Sin decir una palabra más, se dirigió a la puerta. Junto a ella había un perchero del que sacó un abrigo y un sombrero fedora. Luego los condujo afuera, bajando los escalones de piedra. La señora Gerbati lo siguió, con el brazo aún rodeando los hombros de Rosa, y Jake detrás. La señora Gerbati se detuvo en el último escalón, se quitó el chal de los hombros y se lo puso a Rosa. Se volvió y le sonrió a Jake, como disculpándose por no tener otro para darle. El anciano ni siquiera miró a su alrededor. Ya había bajado los escalones y, con los hombros erguidos como un sargento mayor, marchaba por el centro de la calle, donde la mayor parte de la nieve había sido retirada de los adoquines.

Era obvio que el señor Gerbati no tenía coche ni acceso a un servicio de alquiler. ¿Por qué no podían haber regresado a casa con su cochero? No con ese viejo taciturno. El camino a casa de los Gerbati duró apenas unos minutos, pero Jake realmente pensó que se congelaría en la calle antes de llegar. Sus zapatos nunca le habían servido de mucho, pero allí eran completamente inútiles, y el viento le calaba hasta los huesos la camisa y los pantalones que le había dado el cura.

El señor Gerbati llegó a la casa antes que los demás y se quedó de pie en el porche, rígido como un poste. La casa era difícil de distinguir en la oscuridad, pero se veía imponente. Entraron, y el señor Gerbati cerró la puerta, se quitó el

sombrero y lo colgó en un enorme mueble del recibidor. Lo siguieron a una habitación contigua al recibidor, a la derecha, donde había sillas, un sofá y una estufa de hierro baja.

La señora Gerbati murmuró algo a su marido. Él asintió brevemente, echó una palada colmada de carbón en la estufa y removió el fuego, haciendo que la llama creciera con fuerza. Los niños se miraron entre sí, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. ¡Una palada entera de carbón! Y casi a la hora de dormir.

–Ven, acércate –dijo la señora Gerbati, haciendo un gesto a Jake para que se acercara a la estufa. Se giró y le dijo algo en italiano a Rosa, que seguramente significaba: «*¿Tu hermano no habla italiano?*», porque Rosa sonreía con aire de disculpa. –Quiere ser completamente americano –dijo en inglés–. Así que se le ha olvidado todo el italiano.

–¿Lo olvidaste? –La señora Gerbati negó con la cabeza tristemente–. No debes olvidarlo, Salvatore, no debes. –No parecía el momento de decirle a la señora Gerbati que quería que lo llamaran «Sal».

El anciano aún no había dicho ni una palabra. Se sentó en un sillón grande, encendió una pipa y observó como si estuviera presenciando una representación mientras su esposa se afanaba de un lado a otro. Rosa y Jake permanecieron inmóviles, sin decir palabra, sin atreverse a

mirar al anciano mientras su anfitriona desaparecía en la cocina. Unos minutos después, reapareció con una bandeja de tazas humeantes. «Un poco de *vino*, calentito para combatir el frío, ¿sí?».

–Grazie –*dijo* Rosa.

–Grazie –*repitió* Jake, haciendo que la anciana sonriera de alegría. Tomó la taza y la sostuvo, intentando absorber algo de su calor para sus dedos congelados.

Cuando la señora Gerbati llevó a Rosa arriba para acostarse, Jake sintió otro momento de pánico. No esperaban un niño, solo una niña. ¿Dónde lo pondrían? Pero no tenía por qué preocuparse. Había una habitación pequeña con una cama estrecha junto a la cocina. La señora Gerbati le dio una camisa de franela que debía de ser de su marido y le dijo que se la pusiera. Salió mientras él se cambiaba, y luego entró y preparó la cama con sábanas blancas relucientes, edredones e incluso una almohada. Él empezó a meterse bajo las sábanas. «¡No, no, espera!».

Ella corrió a la cocina y volvió con una especie de aparato de mango largo, que frotó entre las sábanas. «Ahora», dijo. «Es agradable para ti».

Se dejó caer en la comodidad de la cálida cama. Con o sin coche, los Gerbati debían de ser ricos. Esta gran casa, un colchón bajo él y suaves y mullidas colchas encima. Pronto, hasta sus pies helados empezaron a hormiguear, y antes de

que pudiera preocuparse por lo que pudiera suceder al día siguiente o al otro, se quedó profundamente dormido.

\*\*\*

“Sal... Sal, despierta.”

Tenía los párpados pegados. Tardó un instante en recordar dónde estaba: flotando, al parecer, sobre una nube caliente. Gruñó y le dio la espalda a la intrusión, pero Rosa, maldita sea, insistió.

“Es domingo.”

"Irse."

“La señora Gerbati quiere llevarnos a misa. Dice que se lo debe a mamá.”

“No soy católico.”

“Hasta donde ellos saben, tú lo eres.”

“Dile que estoy cansado y que hoy necesito descansar.”

“Sí, tal vez así sea mejor. No quiero que finjas ser católico. Ya tienes demasiado pecado en tu alma como para añadir eso.”

Se incorporó. ¿Cómo iba a saber *ella* de papá? –¿Qué quieres decir?

–Oh, Sal, lo sabes perfectamente. Mientes, engañas, robas. No sé cuántos pecados mortales...

Ella solo estaba especulando. No sabía nada de ese cadáver en la cabaña. Él se estremeció y se volvió a meter bajo las sábanas.

“No tienes muy buen aspecto. Si necesitas algo, el señor Gerbati acaba de ir a buscar el periódico. Vuelve enseguida.”

*¡Caramba!* Esperaba tener la casa para él solo. El viejo rico sinvergüenza probablemente tenía un fajo de billetes escondido bajo el colchón. Eso es lo que todos decían que hacían los extranjeros, creyendo que los bancos les robarían el dinero. «No le molestaré para nada».

“Desayunaremos cuando volvamos, si tienes ganas de comer.”

Estaría en condiciones de comer, sí, pero no de intentar hablar con el anciano.

Rosa no había ido a confesarse, así que se quedó sentada en el banco cuando la señora Gerbati pasó al frente para recibir la hostia. Debería haber estado rezando el Padrenuestro, pero en vez de eso, intentaba averiguar qué podía hacer con el chico... Sal. El nombre no le pegaba nada. No se parecía más a un Salvatore que una paloma. No parecía italiano en absoluto. Parecía un huérfano de obrero textil, probablemente no irlandés, ya que no respetaba al padre O'Reilly, sino nativo, sin religión alguna, a juzgar por su forma de hablar. ¿Y por qué se había vuelto tan raro de repente? Ayer, en el tren, se había comportado como si pensara que alguien lo perseguía. ¿La policía? ¿Había hecho algo tan grave como para que la ley lo persiguiera? Si era así, no era el único en apuros. ¿Acaso no lo había ayudado a escapar? Eso era tan malo como cometer el crimen uno mismo, ¿no? ¿Ayudar a un criminal a eludir la justicia? El corazón le latía con fuerza. Y mamá la había mandado aquí para que estuviera a salvo. *Ay, mamá, si supieras.*

¿Cómo iba a lograr que se comportara? Había dicho que desaparecería en cuanto bajaran del tren. Prácticamente le había prometido que no tendría que soportarlo más allá del trayecto. Y sin embargo, allí estaban, hermano y hermana, en casa de los Gerbati. La señora Gerbati era tan amable, pero el señor Gerbati... Era evidente que no quería tener nada que ver con ella, y menos aún con el chico.

Tal vez debió haberlo repudiado anoche, haberse negado a ayudarlo cuando revisaba la lista. Eso era lo que debió

haber hecho, se dio cuenta ahora. Así, el problema sería de otro: qué hacer con él. Ella no se vería atrapada en una red de mentiras, fingimientos y quién sabe qué más.

¿Qué debía hacer? Estaba tan confundida. Y entonces apareció la dulce anciana señora Gerbati por el pasillo, sonriéndole con tanta dulzura, tanto cariño, tanta confianza.

De camino a casa, la señora Gerbati explicó con tono de disculpa que su marido no iba a misa. «*Socialista*», dijo. «En Carrara, el cura dice que no se puede ser católico y socialista a la vez. Así que eligió. Ya no va a la iglesia. Pero es un buen hombre, ¿sabes? Incluso es artista».

Rosa creía que todos los hombres de Barre eran canteros. ¿Cómo se podía ser artista extrayendo piedra de la tierra? Quizá lo había entendido mal. Le daba vergüenza preguntar. No quería que la señora Gerbati pensara que dudaba de la palabra de la mujer sobre su marido.

Después del desayuno, que Sal, milagrosamente curado, devoró a una velocidad casi alarmante, el señor Gerbati se dirigió a la sala de estar para leer el periódico. Una vez que su esposo se acomodó en su sillón, la señora Gerbati tomó a Jake del brazo. «Ven, ven», le dijo. «Tú también, Rosa».

A través de la puerta abierta, el señor Gerbati levantó brevemente la vista del periódico pero no dijo nada, aunque Rosa pensó por un momento que podría hacerlo.

–Scusami, *per favore* –murmuró Rosa. Siguió a la señora Gerbati desde la cocina hasta el pasillo, subiendo la amplia escalera y luego otra más estrecha hasta lo que debía ser el ático. Había leído sobre áticos en libros, pero nunca había estado en uno. Era asombroso ver el tamaño de aquella casa en la que solo vivían dos ancianos.

El espacio estaba bajo el alero de la casa, mal iluminado por una pequeña ventana en un extremo. Estaba vacío, salvo por un par de baúles y algunas cajas de madera. La señora Gerbati se acercó a uno de los baúles y lo abrió. Un fuerte olor a madera llenó el aire enmohecido. Arrodillada junto al baúl, la mujer palpó en su interior. Sacó varias prendas, examinándolas una a una, mirando a Sal, y luego devolviendo algunas a su sitio, otras amontonadas sobre la tapa abierta del baúl. Finalmente, recogió el montón con un brazo y se volvió, aún arrodillada, hacia los niños. Rosa la miró fijamente. Había lágrimas en el rostro de la anciana. La señora Gerbati se secó las lágrimas apresuradamente con la cola de su delantal. Luego soltó una carcajada y extendió la mano libre hacia Sal. «*Aiutami, per favore*», dijo.

–Necesita tu ayuda para levantarse –le susurró Rosa al niño–. Dale la mano.

Sal ayudó a la anciana a ponerse de pie.

–Ahora –dijo la señora Gerbati, dirigiéndose a las escaleras del ático–. Ya vemos.

Lo que la señora Gerbati quería comprobar, al parecer, era si la ropa que había sacado del baúl le quedaría bien a Sal. Pasó de largo el salón y los condujo directamente a la cocina. Luego mandó a Jake a su habitación con la ropa y le ordenó que se la probara toda. Después de que desapareciera en su habitación, fue al fregadero y empezó a llenar un barreño con una mezcla de agua de la tetera que estaba en la estufa y agua del grifo que había encima del fregadero. Rosa se apresuró a la mesa para llevar los platos del desayuno: el doble de platos para los cuatro de los que los nueve miembros de la familia Serutti–Jarusalis llegarían a tener, y mucho menos a usar en una sola comida. Le dolía pensar en su familia hambrienta. Ojalá pudiera enviarles algo de la comida de los Gerbati y unas cuantas paladas de carbón.

Poco después, Sal apareció en la puerta que separaba su habitación de la cocina. Llevaba un gorro de lana y un abrigo de lana grueso que le quedaba demasiado grande. Su rostro apenas se distinguía tras el grueso cuello del abrigo.

–Ahora, despega, a ver qué pasa –ordenó la señora Gerbati.

Sal se quitó la gorra, se desabrochó el abrigo y los dejó sobre una silla de la cocina.

Rosa jadeó. El muchacho iba mejor vestido que el hijo de un molinero, con un traje de lana y una camisa blanca debajo. Los pantalones y las mangas del traje le quedaban

largos, pero la señora Gerbati ya se había apresurado a arrodillarse a su lado y empezar a remangarle los bajos. «Ya lo arreglo, ya lo arreglo», dijo. «¿Perfecto, verdad?»

“¿Qué estás haciendo?” El grito desde la puerta de enfrente hizo que los niños dieran un respingo. Ni siquiera habían visto al hombrecillo hasta que gritó; un grito que a Rosa le sonó menos a persona enfadada que a animal con dolor.

Su esposa se giró y comenzó a emitir sonidos tranquilizadores en italiano que ni siquiera Rosa pudo entender.

Sal permaneció allí de pie, con sus magníficas ropas y los ojos muy abiertos. La señora Gerbati le tendió la mano, así que Rosa corrió a ayudarla a levantarse.

La anciana asintió en agradecimiento y luego se dirigió a la puerta y, con suavidad, empujó a su marido de vuelta al salón, cerrando la puerta tras de sí. Rosa y Sal se quedaron mirándose fijamente, incapaces de comprender lo que se decía al otro lado de la pared, salvo que se trataba de una conversación entre un hombre herido y una mujer que intentaba desesperadamente consolarlo.

–¿Qué hemos hecho? –preguntó Rosa–. ¿Qué hemos hecho?

–Nosotros no hemos hecho nada –dijo Sal–. Fue ella quien lo hizo. Yo no pedí nada. Fue culpa suya.

“Lo hizo *por* nosotros, ¿no lo ves?”

Después de lo que pareció una eternidad, la puerta se abrió y la señora Gerbati regresó. –Mejor quítate la ropa –dijo señalando–. No está bien. Mañana te compramos ropa nueva, ¿sí? Sin decir una palabra más, volvió al fregadero y terminó de lavar los últimos platos, entregándoselos a Rosa, quien los pulió y volvió a pulir.



Manifestación en Nueva York con niños de Lawrence

## Capítulo XIX

### ROPA NUEVA Y PROBLEMAS NUEVOS

Había sido una mañana sombría. Tras su arrebató, el señor Gerbati regresó a su sillón en la sala y se sumergió en la lectura del periódico. Pero lo que más le preocupaba a Rosa era el cambio en la señora Gerbati. Toda la calidez había desaparecido. Guardó los platos limpios sin hablar ni sonreír; solo asintió con la cabeza y murmuró un «*gracias*» a Rosa por su ayuda. Luego se sentó en la sala y se puso a coser. A través de la puerta abierta, Rosa pudo verla levantar la vista de vez en cuando, lanzando una mirada preocupada hacia su marido.

Sal reapareció, demacrado y deslucido con su propia ropa, y se dejó caer a la mesa de la cocina. Rosa estaba sentada frente a él, jugando con el fleco del mantel que le colgaba

del regazo. ¿Qué había pasado? Quería hablar con Sal, pero con la puerta del salón abierta de par en par, tenía miedo de alzar la voz. Se aclaró la garganta. Él la ignoró, absorto en sus manos agrietadas y sus uñas sucias y rotas.

–Creo que subiré a mi habitación –dijo finalmente. No hubo respuesta, así que empujó la silla hacia atrás y se levantó. Él ni siquiera levantó la cabeza. –Bueno –dijo ella–, supongo que me iré.

–Bien –dijo–. Vete.

“De acuerdo. Me voy.”

–¡Por *todos los cielos!* –dijo en voz tan baja que no se oyó en la habitación contigua–. ¡Lárgate de aquí, por favor!

Rosa se mordió el labio. Salió de la cocina al pasillo para evitar pasar por la sala de estar, donde los Gerbati permanecían en un silencio sepulcral.

Subió las escaleras, entró en la habitación que la señora Gerbati le había preparado y cerró la puerta. Había muchos muebles para una sola persona: una cama ancha, una cómoda con cajones, un lavabo con una gran palangana blanca y una jarra alta, y una mecedora adornada con un cojín bordado. Había una ventana con cortinas de encaje que daba a la calle tranquila, con sus patios nevados, arbustos y ramas desnudas. Era una habitación solo para ella, sin niños pequeños que se orinaran en la cama, y una cama que no

tenía que compartir con nadie. Debería haber sido maravilloso, pero nunca se había sentido tan sola en su vida. «Ay, mamá, ¿por qué me mandaste lejos?». Se tumbó boca abajo sobre la colcha y lloró hasta empapar la almohada.

–¿Rosa? –La señora Gerbati estaba golpeando la puerta.

Rosa se incorporó. –¿Sí?

“¿Puedo pasar, por favor?”

Rosa se secó la cara con el dorso de la mano. –Sí, sí, claro.

La señora Gerbati entró en la habitación poco a poco. Primero solo su cabeza, luego sus hombros, y finalmente empujó la puerta lo suficiente como para entrar completamente.

–Lloras, *pobrecita*. Por favor, no llores, no llores. –Se acercó a la cama y acarició el cabello de Rosa y luego su mejilla, como para secarle las lágrimas, ignorando las que le recorrían el rostro.

Rosa sollozó. “Estaré bien. Solo extraño a mi mamá.”

“Sí, sí. Es muy difícil dejar a tu mamá lejos. El señor Gerbati y yo ahora seremos papá y mamá, ¿de acuerdo?”

¿Qué podía decir Rosa? ¿Que lo último que el señor Gerbati parecía desear era ser su papá?

–Esta mañana... –dijo la señora Gerbati–. Saben, esta mañana cometí un gran error. Me equivoqué. No ustedes. No Salvatore. –Suspiró profundamente–. Solo yo.

“¿La ropa?”

La mujer asintió. –Nuestro hijo. Murió hace muchos años. El señor Gerbati todavía –se tocó el pecho– todavía está enfermo, aquí dentro.

Rosa lo sabía. Todavía estaba enferma “aquí dentro” por la muerte de papá.

–Me gustaría tener a un chico en casa otra vez, pero él dice que no. Cometí un gran error: le puse la ropa de Vittorio a Salvatore, ¿sabes? –Se golpeó el pecho con el puño–. Como una flecha directa al corazón. Díselo a Salvatore, ¿sí? –Agitó la mano–. No es culpa de Salvatore. Díselo tú, ¿de acuerdo?

Rosa asintió. –Se lo explicaré.

“Mañana, lo primero que haremos será comprar ropa nueva. Ahora comemos. Hora del *almuerzo*.”

Rosa asintió, aunque parecía que acababan de terminar el desayuno.

–Luego vamos al Salón del trabajo a conseguir... –entrecerró los ojos e hizo un gesto de apretar con la mano derecha– *juna fotografía para mamá!* –Sonrió

ampliamente—. Estará tan feliz de ver a Rosa y Salvatore en *la foto*, ¿verdad?

¿Iban a sacar fotos para enviárselas a mamá? Rosa debería haberse alegrado, pero ¿qué pensaría mamá al ver la cara de Sal en la fotografía?

El señor Gerbati no acompañó a Rosa y Jake al Salón del Trabajo, pero la señora Gerbati sí, cacareando todo el camino como una gallina clueca. Jake, incluso con la explicación de Rosa sobre el comportamiento del anciano, no pudo sacudirse una sensación de pavor. No le importaba la estúpida fotografía –se iría mucho antes de que la madre de Rosa la viera–, pero no podía superar el grito del señor Gerbati. Era como si lo hubieran descubierto, como si de alguna manera el anciano supiera su secreto y quisiera deshacerse de él incluso antes de que Jake pudiera idear cómo escapar. Tendría que esperar al menos hasta que la anciana le comprara ropa. Era un desperdicio, en realidad. Toda esa ropa elegante en el ático, y sin embargo... y sin embargo, había pertenecido a un niño muerto. Se estremeció. Era mejor así. Ya olía demasiado a muerte.

Algunos de los chicos que merodeaban por el Local, llevaban chaquetas y sombreros que no habían usado el día anterior. Él podría haber lucido igual de bien que ellos si el señor Gerbati no hubiera armado ese berrinche esa mañana. Jake fingió no darse cuenta de los elegantes trajes de los otros chicos. Él y Rosa no iban a usar ropa de segunda mano.

Iban a estrenar ropa de una tienda elegante. Y punto. ¿A quién le importaban esas estúpidas fotos?

A él y a Rosa les dijeron que se quedaran juntos esperando su turno para salir a las escalinatas del Salón para la fotografía. El señor Broggi advertía a todos que no se movieran. «Si se mueven», dijo, «la foto saldrá borrosa». Varios fotógrafos estaban a nivel de la calle, detrás de sus grandes cámaras de patas largas, sujetando las bombillas de goma con la mano derecha, agachándose de vez en cuando bajo las telas negras que cubrían las cámaras, para luego salir de repente, apretar las bombillas y gritar en inglés o italiano: «¡Quietos!», «¡Bien!», «*¡Una más!*», «¡Siguiente!».

En cuanto el fotógrafo gritó: «¡Quietos!», Jake giró la cabeza rápidamente. Si su rostro fuera solo una mancha borrosa, nadie podría reconocerlo.

–¡Siguiente! –Jake tomó a Rosa del brazo y la jaló rápidamente escaleras arriba hacia el interior del edificio. El señor Marchesi, quien una vez más tenía la lista, los esperaba en la puerta. Rosa le dio el nombre y la dirección de su mamá, y luego se dirigieron al otro extremo de la habitación.

“No sé qué va a decir mamá cuando vea tu foto.”

“Ella no sabrá quién soy. Me moví. Será una mancha en mi reputación. Simplemente pensará que es una mala foto.”

Rosa no parecía convencida.

–¿Ya se tomaron una foto para sus padres? –preguntó el señor Marchesi. Los niños asintieron en voz baja. –Entonces queremos que los treinta y cinco salgan a las escaleras para una foto grupal con sus acompañantes oficiales de Barre y Lawrence.

Jake y Rosa se miraron. ¿Qué pasaría si alguien en Lawrence o Barre contara las cabezas en la fotografía y encontrara a un niño de más? Al ver el pánico en los ojos de Rosa, Jake se mezcló con la multitud y, mientras todos se dirigían a la entrada, se escabulló a la cocina. Se apoyó contra la puerta hasta que oyó el bullicio de los niños que regresaban al pasillo. Entonces, entreabriendo la puerta, escogió el momento preciso para volver a entrar entre la multitud.

La señora Gerbati le estaba alisando el cabello a Rosa. «¡Ay, ojalá hubieran esperado! Mañana les compraré ropa de abrigo a ti y a Salvatore. Habríais querido mostrarle a mamá la ropa bonita en *las fotos*. Hacerla tan feliz. Los hombres siempre tienen prisa. No pueden esperar. Hay que hacerlo hoy. El sindicato quiere vender muchas *fotos* para recaudar mucho dinero y financiar la huelga». Suspiró. «No piensan en lo mucho que mamá necesita ver a los niños abrigados y felices».

Una vez más, envolvió a Rosa con su chal. –Mañana te compraremos un bonito abrigo de lana, y a Salvatore también le pondremos un abrigo nuevo, ¿de acuerdo?

Cumplió su palabra. Para alivio de Jake, el señor Gerbati ya se había ido a trabajar cuando los niños se levantaron el lunes por la mañana. La cocina estaba impregnada del dulce aroma a levadura del pan recién horneado. Se vistió y se apresuró hacia aquel aroma celestial. Mucho mejor que la panadería de Plains de Lawrence. Además, era comida que no había que mendigar ni robar. Los Gerbati tenían comida de sobra. Habían tenido tres comidas abundantes el domingo, y la anciana estaba empezando de nuevo esa mañana. Sabía que sería difícil irse. Tres comidas al día, garantizadas, por no mencionar una cama caliente y la perspectiva de ropa nueva.

Después de asegurarse de que Jake y Rosa habían comido hasta saciarse y no había forma de convencerlos de comer más, la señora Gerbati anunció que era hora de ir de compras. Hacía, si cabe, más frío esa mañana que el día anterior, pero los niños siguieron con entusiasmo a la anciana fuera de la casa y calle abajo. Al llegar a la calle Principal, la misma por la que habían paseado el sábado, ella giró y los condujo a una tienda de zapatos. Solo zapatos. Zapatos de todo tipo y talla.

–Primero, nos compramos zapatos –declaró la señora Gerbati–. En Vermont hay que tener buenos zapatos para el invierno, ¿verdad?

–Estas botas le quedan perfectas al niño, señora Gerbati –dijo la dependienta, mientras le ponía a Jake un par de botas de cuero con suelas gruesas.

–No, no está bien –dijo ella.

A Jake se le cayó el alma a los pies. Eran unas botas preciosas. Demasiado caras para la anciana, supuso.

“Tiene que crecer; mira, está creciendo demasiado rápido. Tiene que alcanzar un tamaño grande.”

–No le quedarán tan bien, señora Gerbati –protestó la empleada.

“¿Y qué? Llevará dos pares de medias. Debe tener espacio para crecer.”

Con Rosa ocurrió algo similar, solo que esta vez la dependienta tuvo la precaución de traer botas grandes desde el principio. La señora Gerbati sacó un pequeño bolso negro del bolsillo de su voluminoso vestido negro, extrajo un fajo de billetes y pagó por ambos pares.

“¿Los envuelvo o...?”

“Envuélvalos ahora. Primero nos pondremos las medias, antes de usarlos. No queremos ampollas, ¿de acuerdo?”

A regañadientes, los niños dejaron que la dependienta les quitara las botas lustradas y les pusiera sus zapatos gastados. Pero esa fue la última decepción de la mañana. Salieron de la zapatería y fueron a una tienda que vendía medias y ropa interior, además de un vestido de lana con cintas para Rosa, un traje de lana con pantalón largo y camisa para Jake, y abrigos para ambos. El toque final fue una gorra para Jake y un gorro de lana para Rosa. En ese momento, la señora Gerbati les permitió volver a los probadores y vestirse de una vez mientras ella pagaba al dependiente.

Cuando se encontraron, al salir de sus camerinos, apenas se reconocieron. «Estás... estás realmente guapo», dijo Rosa.

“Tú tampoco te ves tan fea.”

–¡Ah! –exclamó la señora Gerbati, radiante como el sol–. *¡Qué bellos!* Mis preciosos hijos, ¿verdad? –Se volvió hacia el empleado en busca de su aprobación.

“Sí, señora Gerbati. Se ven muy bien. Espero que les estén debidamente agradecidos a usted y al señor Gerbati. Han sido muy generosos.”

Rosa se sonrojó. Estaban tan absortos en admirarse a sí mismos que se le había olvidado por completo dar las

gracias. «*Grazie, Signora Gerbati, grazie*». Le lanzó a Sal una mirada severa.

“Oh, sí, gracias, Miz. ¡Están geniales!”

–Bueno, ese sí que es un auténtico americano –dijo el dependiente con cierto tono gélido, lo que provocó que Rosa le lanzara al chico otra de sus miradas.

–Sí, *gracias*. –Tendría que andarse con cuidado. No debía parecer demasiado estadounidense. Esta gente parecía tener predilección por los chicos italianos.

Jake apostaba a que tenía ropa de abrigo y mejores zapatos que el señor Billy Wood. Ahora solo necesitaba dinero para un billete de tren. Le pareció que el monedero de la señora Gerbati estaba vacío. Se había gastado una fortuna en los dos. Se alegraba, claro, pero eso significaba que probablemente no le quedaba mucho, al menos no en el monedero. Tenía que tener algún escondite. Debía estar atento para ver de dónde sacaba el dinero. Si no se hubiera quedado dormido hasta tan tarde esa mañana, quizá la habría visto llenando ese monedero. Bueno, ya era tarde para hoy, pero no volvería a perder la oportunidad.

A la mañana siguiente, Jake despertó en la habitación oscura con una sensación de pavor; tal vez la resaca de un sueño que no recordaba. Se quedó un momento escuchando. Alguien estaba en el baño contiguo. Oyó la

cisterna, luego toses, sibilancias y carraspeos. El anciano, sin duda. Por el ruido de las ollas en la cocina, supo que la anciana también estaba despierta. No se oían voces, así que debía de estar sola. No hacía falta levantarse. La cama estaba caliente y no tenía adónde ir. Todavía no.

Se estiró por completo y bostezó. No, no era momento de volver a dormir. Era momento de pensar. Primero tenía que averiguar dónde escondían el dinero. Tenían dinero, de eso Jake no tenía duda. Había visto cómo ella sacaba ese fajo de billetes del bolsillo y los iba desprendiendo para pagar las botas y toda esa ropa –*dos pares* de ropa interior y medias para cada uno– y aún le sobraba dinero. Y ni siquiera esperaba dos hijos, solo una niña.

Entonces, de repente, su mente volvió a la cabaña, despertando allí, mirando a Pa tan quieto y tranquilo, y entonces, y entonces...

No. Ni pensaría en eso. Ni dejaría que el miedo lo hiciera huir antes de estar preparado. Seguramente pasaría mucho tiempo antes de que lo encontraran. ¿*Ellos*? ¿Quién se molestaría siquiera en buscarlo? No era como si a alguien en Lawrence le importara un comino si el hombre vivía o moría. Jake era su único hijo, su único pariente, incluso, y Jake había deseado su muerte más de una vez. Pero desearle la muerte a alguien no era lo mismo que mirar a tu lado y verlo muerto, darte cuenta de que habías dormido toda la noche con un cadáver, sin siquiera saber que el hombre ya estaba

completamente muerto cuando te metiste en la cama con él. A pesar de la cama caliente, Jake empezó a temblar como si se estuviera congelando.

¿Cuánto tiempo llevaba muerto papá cuando Jake lo encontró? Hacía tanto frío... era como si el cuerpo del anciano hubiera estado tendido sobre hielo, como un enorme trozo de carne. Dios mío, no podía dejar de pensar en ello. Tenía que irse lejos, donde nadie pudiera encontrarlo. Seguro que la policía le haría preguntas que no quería responder, como por qué no les había dicho cuándo encontró muerto a su padre. ¿O qué sabía de su muerte? Dios mío, ¿por qué no había cogido el tren a Nueva York? Debería haber sabido cuál era cuál. Además, había tantos niños subiendo al tren de Nueva York que se habría perdido entre la multitud; nada de eso de los «treinta y cinco niños de Lawrence».

En vez de encontrar fortuna en Nueva York, se encontraba en ese pueblo perdido, con una vieja chismosa que lo regañaba a cada rato, mientras su marido, un verdadero amargado, lo odiaba a muerte por no ser su hijo muerto. Por no mencionar a una mojigata católica que siempre se quejaba de tener que mentir y pecar por su culpa.

Unos golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos. “Salvatore. Es hora de levantarse. Hoy hay que ir al colegio.”

*¿La escuela?* Entre todos los peligros que había previsto, jamás se le había ocurrido que la escuela sería uno de ellos. *¿Cómo iba a ir a la escuela?* Ni siquiera sabía escribir su verdadero nombre americano, mucho menos el nombre italiano tan raro que Rosa le había puesto.

¿Ya estás despierto? Ponte ropa limpia, ¿sí? Y dos pares de medias, ¿de acuerdo?

–No me siento muy bien –dijo con lo que él imaginó que era una voz enfermiza.

“Te levantas. Comes un buen pan y salami, te sientes bien. Te lo garantizo. ¡Ay, Rosina, qué *guapa* estás! Date prisa, Salvatore. Tienes que ver a tu hermana. ¡Es tan hermosa!”

Jake se levantó de la cama y se dirigió a la puerta, que entreabrió. Rosa, ataviada con sus nuevas galas, lo miraba. Él le hizo un gesto con el dedo para que se acercara. Ella, sin mirar atrás a la señora Gerbati, se acercó. «Date prisa y vístete», dijo. «El desayuno está listo».

“Tienes que entrar. Tengo que hablar contigo.”

–No estás vestido –dijo.

“*¡Por todos los cielos!* Puedes seguir con los ojos cerrados. Pasa. Volveré a la cama si eso te hace sentir mejor. Tengo que hablar contigo.”

Cerró los ojos hasta que él estuvo a salvo bajo las sábanas y luego entró y se colocó lo más cerca posible de la puerta.

¡Aquí estoy! ¿Crees que quiero gritar?

Dio un paso en su dirección.

–No puedo ir a la escuela –dijo en un susurro fuerte.

“Tienes que hacerlo. El señor Broggi les prometió a nuestros padres que iríamos a la escuela mientras estuviéramos en Barre.”

“Rosa, ni siquiera puedo escribir mi nombre. ¿Qué van a pensar?”

Obviamente no había pensado en eso. “¿Ni siquiera tu nombre *real*?”

Negó con la cabeza. –Casi nunca fui a la escuela.

"Oh querido."

“Tienes que pensar en algo. Sabes que no puedo ir.”

“¿*Tengo* que pensar en algo? ¡Dios mío, Sal, ¿por qué siempre tengo que pensar en todo yo?”

“Vamos, Rosa, les caes mejor que yo. Te harán caso.”

–¿Estás diciendo que soy mejor mentirosa que tú? –Se dio la vuelta para irse–. Bueno, que Dios me perdone, desde que te conocí he tenido mucha práctica. –Salió dando un portazo y cerrando la puerta con brusquedad.

Podía oír el murmullo de sus voces mientras ella hablaba con la señora Gerbati. Sintió la tentación de levantarse de la cama y pegar la oreja al ojo de la cerradura, pero temía que lo descubrieran. Quizá solo hubieran pasado unos minutos, pero le parecieron horas antes de que volvieran a llamar a la puerta.

"¿Sí?"

–Vístete –dijo Rosa.

“No puedo ir...”

–No vas a ir a la escuela –dijo ella, abriendo la puerta un poco y asomando la cabeza–. La señora Gerbati convenció al señor Gerbati para que te llevara a trabajar con él.

"¿Qué?"

“Bueno, me dijiste que pensara en algo.”

–¡Yo no te dije que pensaras en *eso!* –Susurró con voz ronca por la ira. El anciano lo odiaba con todas sus fuerzas.

## Capítulo XX

### ROSSI Y GERBATI

¿Qué podía hacer? No podía quedarse en la cama para siempre. Se levantó y se puso la ropa nueva, incluyendo las medias dobles. ¿O debería haberse puesto la suya? Al fin y al cabo, iba a trabajar con el anciano. Pero ya era demasiado tarde para cambiarse. Abrió la puerta y entró en la cocina. Los demás ya estaban sentados a la mesa comiendo.

–Siéntate, Salvatore. Come bien. –La señora Gerbati sonreía ampliamente, pero el señor Gerbati estaba inclinado sobre su taza de café, sorbiendo ruidosamente. Ni siquiera miró a Jake.

Jake se sentó en el lugar vacío. El café, negro como la noche, humeaba en una taza. Había pan fresco y gruesas lonchas de salami en el plato. Podía comer algo. No había

terminado cuando el señor Gerbati apartó la silla y se levantó. Jake vio que llevaba traje, camisa y corbata de lazo. No parecía un obrero. Parecía Joe Ettor, listo para dirigir un mitin sindical.

–El señor Gerbati tiene que ir al cobertizo ahora, Salvatore. Te envuelvo el pan, ¿sí? –Se levantó y llevó el plato de Jake a la encimera junto a la estufa–. Ponte el abrigo. Hace frío hoy.

Tomó su abrigo y su gorra. La señora Gerbati le entregó el pan, cuidadosamente doblado en una servilleta. «Guárdalo en el bolsillo para después». Luego le dijo algo en italiano al señor Gerbati, quien asintió brevemente. Jake miró a Rosa esperando que tradujera, pero ella no lo hizo.

–Compórtate ahora –dijo ella en voz baja–. Les dije que querías ser aprendiz. Él la miró incrédulo.

–Es eso o la escuela –dijo dulcemente.

Jake siguió al anciano hasta la puerta y salió al porche. Sus botas nuevas crujían sobre la nieve que el viento había levantado del jardín; habían caído varios centímetros más durante la noche. Metió las manos en los bolsillos del abrigo. Los dedos de su mano derecha se aferraron al pan envuelto en la servilleta. Todavía estaba caliente. Miró fijamente hacia la calle, casi cegado por el brillante paisaje blanco.

“¡Vamos, vamos!”, gritó el anciano. “¡Ya llegamos tarde!”.

Jake bajó con cuidado los escalones cubiertos de nieve y luego corrió tras él, notando por primera vez que el señor Gerbati llevaba un maletín. Según la experiencia de Jake, solo los peces gordos de la fábrica llevaban maletines así. ¿Acaso el señor Gerbati no era un obrero? ¿Qué hacía con un maletín? No es que Jake fuera a preguntar. ¡*Caramba!*, lo único que el hombre le había dicho en dos días era que se diera prisa.

El camino desde la casa hasta el cobertizo del señor Gerbati era lo suficientemente largo como para que se le congelara la nariz y las puntas de las orejas que asomaban por debajo de la gorra nueva. Las botas, eso sí, eran maravillosas. Tenía los pies tan calientes como cuando estaba tapado con el edredón en la cama. Ahora, si tan solo tuviera algo para cubrirse la cara y las manos, podría soportar el clima más crudo.

El anciano caminaba increíblemente rápido. Parecía no prestarle atención a Jake en absoluto. *Si le da igual si vivo o muero, ¿cómo es que aceptó que trabajara con él? Seguramente quiere algo de mí. Bueno, yo también quiero algo de él. Y apuesto a que lo consigo primero.*

Bajaron la colina, pasaron junto a una escuela, sin duda aquella de la que él escapaba, y llegaron a la calle principal. Allí giraron a la izquierda, caminaron una o dos cuadras y luego a la derecha durante un par de cuadras hasta llegar a una serie de largos edificios de madera, parecidos a

cobertizos, con un ramal de la vía férrea que entraba en cada uno.

–Está aquí –dijo el señor Gerbati, recorriendo uno de los cobertizos más pequeños, pasando junto a unas enormes puertas dobles con cerrojo y un gran letrero encima que anunciaba, Jake solo podía suponer, los nombres de los dueños. La vía férrea pasaba por debajo de las puertas. Jake siguió al señor Gerbati rodeando el cobertizo hasta una pequeña puerta en la esquina trasera del edificio. Allí, el anciano sacó el colgante de su reloj. Con la llave que colgaba de él, abrió la puerta, la empujó y le hizo un gesto a Jake para que entrara. El cobertizo era un espacio amplio con techos altos. A la derecha de la puerta, en la esquina, había una habitación más pequeña con ventanas. No había nadie dentro. Era de esperar que el anciano fuera el primero en llegar al trabajo. Bajo la luz seca y polvorienta, la habitación le pareció a Jake casi como la planta de un molino, solo que en lugar de hileras de husos o telares, había grandes bloques de granito esparcidos por aquí y por allá, y, al fondo a la izquierda, una especie de maquinaria enorme.

El señor Gerbati encendió un interruptor y las luces eléctricas que colgaban del techo iluminaron la habitación. Luego entró en el pequeño cuarto de la esquina y encendió la luz. Era una oficina. A través de la ventana, Jake vio al anciano colgando su abrigo en una percha y poniéndose un gran delantal color beige. Eso podría explicar el maletín.

Trabajaba en la oficina, no como obrero, como Jake había pensado. Al fin y al cabo, el hombre tenía su propia casa.

De repente, el agudo silbido de una fábrica le taladró los oídos, y luego otros, como si todo el pueblo estallara en silbidos. El señor Gerbati se acercó a la puerta y la abrió de par en par, dejando entrar una ráfaga de viento invernal. Al poco tiempo, los hombres empezaron a entrar en tropel. «*Buongiorno, Signor Gerbati*». El señor Gerbati asintió, sonrió y murmuró un saludo a cada hombre que entraba. La mayoría se fijó en Jake con una sonrisa o un saludo. Pero no se entretuvieron. Los hombres se dirigieron a una hilera de perchas contra la pared y cambiaron sus abrigos por grandes delantales como el que se había puesto el señor Gerbati. La mayoría conservó sus gorras, pero algunos las cambiaron por pequeños sombreros de papel que parecían haber sido doblados de periódicos.

Los hombres se dispersaron entonces; algunos hacia el fondo de la sala donde se encontraba la maquinaria, otros hacia distintos puntos alrededor de la habitación donde había algunas estatuas de ángeles y lo que Jake supuso que eran santos. Pero la mayoría se dirigió a lo que parecían ser lápidas en diferentes etapas de construcción. Jake tragó saliva. No quería pasar sus días en un lugar que parecía un cementerio elegante, rodeado de recordatorios de la muerte.

Pero a nadie más pareció importarle, y pronto todos estaban ocupados trabajando. Algunos hombres usaban taladros eléctricos; otros picaban cuidadosamente la roca con martillos y cinceles. Contó ocho hombres en esta parte del cobertizo; nueve si incluía al señor Gerbati. Cuatro o cinco se habían ido al otro extremo, desde donde podía oír el ruido de la maquinaria pesada arrancando. Solo el señor Gerbati había entrado en la oficina. Allí estaba, sentado en un escritorio. Jake tuvo que concluir que el señor Gerbati era el encargado de este cobertizo.

¿Y qué se suponía que debía hacer Jake? ¿Quedarse ahí parado junto a la puerta como un idiota con sus botas y abrigo nuevos? El suelo estaba cubierto de gravilla. Agradeció llevar sus botas de suela gruesa. El aire se estaba llenando rápidamente de polvo. Igual que en la fábrica, pero peor, de alguna manera. Este polvo picaba. Jake tosió para aclararse la garganta. El señor Gerbati, como si pudiera oír la tos de Jake por encima del ruido de la taladradora y el martilleo de la maquinaria, se levantó de su escritorio y se acercó a la puerta de la pequeña oficina. Miró alrededor del cobertizo y luego se dirigió hacia donde trabajaba un hombre corpulento, pecoso y con un bigote del color de una tubería oxidada. El señor Gerbati le dijo algo. El hombre miró a Jake y asintió. El señor Gerbati, aparentemente satisfecho, volvió a entrar en la oficina.

—Entiendo que eres uno de los chicos de Lawrence —dijo el hombre, acercándose a donde estaba Jake y extendiéndole

una mano polvorienta para estrecharla—. Soy Duncan, ¿y tú eres...?

—Sal —dijo Jake.

—Bienvenido a Rossi y Gerbati's, Sal.

—¿Gerbati es uno de los *dueños*?

—El señor Gerbati es *el dueño*. El viejo señor Rossi murió el año pasado de... bueno, lo que llamamos «tuberculosis del cantero». —Duncan se rió—. Probablemente nos acabe matando a todos, pero mientras tanto... ¡Eh, cuelga el abrigo!

“Cuélgalo en una clavija y luego ven y siéntete como en casa. Quizá quieras dejarte la gorra puesta, por el polvo, ya sabes”. Empezó a regresar hacia la piedra en la que había estado trabajando.

Jake colgó el abrigo y se dirigió al puesto de Duncan, aún dándole vueltas a lo que aquel hombre le había dicho. *¿Dueño?* Los dueños eran como el señor Billy Wood. Pero también había pequeños propietarios, ¿no?, como un panadero o un tendero. Bueno, era un cobertizo pequeño, no tan grande como varios que habían visto de camino ni como los enormes edificios en forma de herradura que había divisado desde la ventanilla del tren.

“Sí, el señor Gerbati es el mejor jefe que he tenido, incluso mejor que mi propio padre. Si empezamos a toser, nos vamos a casa a descansar. Pero trabajaría para el señor Gerbati aunque fuera tan gruñón como el viejo Rossi, porque es uno de los mejores artistas de este lado del Atlántico.”

"¿Artista?"

–Sí, mira, Sal –dijo señalando la piedra en la que había estado trabajando–. ¿Ves estas rosas? Jake miró, y entre el gris del granito florecían flores. Eran tan delicadas como las de verdad, que solo había visto una vez al otro lado de la valla, en el jardín de verano de un hombre rico. Pero allí estaban, en piedra, con cada pétalo fresco y vivo. –¿Las hizo el señor Gerbati?

“Es un genio con las flores: rosas, lirios, margaritas, narcisos, campanillas, pensamientos...”

¡Incluso puede dibujar un cardo perfecto para nosotros, los escoceses! ¡Es un genio, de verdad!

“No lo sabía.”

“No, estoy seguro de que no te lo habrá dicho. Es tan humilde como Rossi era arrogante. Pero todos estamos aquí porque queremos aprender de él.”

Duncan estaba labrando la piedra para grabar un nombre. –Oye, ¿me pasas esa punta? –Señaló un cincel afilado que

yacía sobre la piedra cerca de donde estaba Jake—. Sí, les llamamos puntas, y esto –levantó su mazo– es un martillo. Intentaré enseñarte cómo llamamos a nuestras herramientas conforme avancemos. Tomó la punta que Jake le ofreció y volvió a trabajar. Era una lápida, no cabía duda, pero con las rosas del señor Gerbati floreciendo sobre ella, era más hermosa que cualquier piedra que Jake hubiera visto o imaginado.

–El señor Gerbati quiere que te mantenga ocupado –dijo Duncan, sosteniendo cuidadosamente su punta mientras hablaba–, pero nunca he tenido un asistente, así que no estoy seguro de qué deberías estar haciendo. Si quieres, puedes sentarte y observar. Acércate y ponte cómodo.

Oh, estaba bromeando. Jake sonrió para indicar que había entendido y se sentó en un bloque de granito cercano. Duncan sonrió y volvió a su tarea.

No sabía cuánto tiempo llevaba sentado en el granito, pero sabía que el frío de la piedra había vencido incluso el calor de sus pantalones de lana nuevos. Se levantó y se movió un poco para recuperar la circulación en el trasero. El señor Gerbati lo vio, se acercó a la puerta de la oficina y le hizo señas para que entrara. Jake se repitió que no le tenía miedo al anciano. ¿Acaso Duncan no lo había elogiado? Pero no podía evitar sentirse nervioso. ¿Qué querría el anciano de él?

–Toma –dijo el señor Gerbati, entregándole a Jake un cubo vacío–. La pala de allí, junto a la puerta... ¿ves? Se usa para limpiar la lechada del suelo. Duncan te enseñará dónde tirarla.

Eso era todo, un trabajo que hacer. –Sí, señor –dijo, tan aliviado que casi le sonrió al anciano.

Duncan interrumpió su trabajo con el cincel para explicar que la "lechada" eran todos los fragmentos de granito del suelo. "No intentes llenar el cubo, porque no podrás levantarlo. Y ve a donde no haya nadie trabajando. No querrán parar para que palees".

Así que, al fin y al cabo, tenía trabajo. No muy importante. Recogía trozos de granito con una pala y los llevaba hasta un montón de piedras cerca del arroyo. Era un trabajo duro – incluso medio lleno, el cubo pesaba– pero no le importaba. Los hombres eran amables y nadie le gritaba que se diera prisa ni lo insultaba si, sin querer, estorbaba.

–¿De verdad entra el tren aquí? –le preguntó a Duncan. La idea de que un tren entrara directamente en el cobertizo le entusiasmaba.

–No en invierno –dijo Duncan–. Ahora hace demasiado frío para extraer piedra. Bajarán nuestros bloques de la colina cuando haga más calor.

Fue una decepción, pero la grúa casi lo compensó. Observó boquiabierto cómo dos hombres, junto a la maquinaria, colocaban una pesada cadena alrededor de cada extremo de un bloque de granito. Este fue elevado del suelo mediante otra cadena sujeta a una barra metálica que atravesaba el cobertizo cerca del techo, y luego la barra comenzó a descender por una vía, transportando la inmensa piedra a lo largo de la sala hasta el puesto de un cantero. La primera vez que Jake la vio, se agachó. Pero había un hombre detrás del granito, asegurándose de que no se balanceara y golpeará nada ni a nadie. A nadie más le preocupaba que la piedra cayera o lo golpeará, así que Jake no estaba realmente asustado, pero sentía un ligero escalofrío cada vez que oía el movimiento de la grúa por encima del ruido del cobertizo y alzaba la vista para ver la piedra deslizándose sobre ellos.

A las once de la mañana, según supo después, los silbatos volvieron a silbar y chillar. «Hora de comer», anunció Duncan. Los hombres se sacudieron el polvo de la ropa, colgaron los delantales, se pusieron los abrigos y salieron apresuradamente. Jake cogió su abrigo y esperó junto a la puerta al señor Gerbati. ¡Hora de comer! Y sabía que allí estaría un lugar cálido y la comida esperándolo. ¿Qué más daba si el viejo lo odiaba? Su padre (nunca podía reprimir el dolor que le producía ese nombre) lo había golpeado. El señor Gerbati solo había gritado. Era un pobre infeliz el que no soportaba un poco los gritos.

Al llegar a la casa, la señora Gerbati, con el rostro enrojecido, los recibió en la puerta. Apenas habían entrado cuando empezó a balbucear. –No quieres volver a casa, ¿verdad, Salvatore? Te gusta estar aquí, ¿no?

–Sí, sí, me gusta, está bien. ¿Qué le pasaba a la anciana? Parecía a punto de echarse a llorar.

“Los padres de dos de nuestros chicos de Lawrence dicen que quieren que los niños vuelvan a casa. Dicen en un telegrama que el padre no da permiso. Los llevamos... los robamos... ¿qué dices?”

"¿Secuestrar?"

“Sí, secuestrar a sus hijos. Pero nosotros no, ¿verdad? Tu papá quería que vinieras, ¿sí, Salvatore?”

–Mi padre ha muerto. –Él observó cómo sus ojos se movían. ¿Qué sospechaba?

“*Sí, sí, perdón.* Se me olvida. Estoy muy nerviosa. ¿Mamá te firmó la tarjeta, sí? ¿Quería que vinieras a Barre?”

“Sí, claro. Ella firmó.”

La señora Gerbati se inclinó hacia él con aire conspirador. –No le digamos nada a Rosa, ¿verdad? Tiene muchísimas ganas de volver con mamá. No le digas que los chicos Colonni se van a casa mañana, ¿de acuerdo?

Él asintió. Sabía que Rosa se enteraría, pero él no iba a ser quien se lo dijera.

“Y no te *obligamos* a trabajar en el cobertizo, ¿verdad?”

“No. O sea, sí, nadie me obligó a ir.”

“Lo prometemos, ¿ven?, enviamos a todos los niños a la escuela, no los obligamos a trabajar.”

“Pero yo quería trabajar.”

Eso mismo le digo al señor Broggi. Dices que *quieres* ir con el señor Gerbati. Y no vas a la escuela.

–No me van a obligar a ir a la escuela, ¿verdad?

–No sé. No les gusta que vayas al cobertizo. Dicen que no es muy sano para un niño en crecimiento. –Miró hacia la ventana delantera–. *Shh*. Silencio. Ya viene.

Para cuando Rosa entró en la casa, la señora Gerbati ya se había dirigido a la cocina. «¡Ven, ven, come! Si la sopa se enfría, no está buena».

Se reunieron alrededor de la mesa de la cocina. Rosa llevaba el pelo recién trenzado, adornado con cintas rojas atadas a cada trenza. Sus mejillas aún estaban sonrosadas por el frío y sus ojos brillaban. Parecía que le sentaba bien el colegio.

“¿Hay una buena escuela en Brook Street?”

“Sí. Incluso me prestaron algunos libros para llevarme a casa.”

¿Tienes un buen profesor?

“Es muy simpática. La señorita Moulton.”

“De mayor serás maestra, Rosa. Necesitamos buenos maestros para los niños italianos.”

Parecía obvio que Rosa no sabía que los chicos se iban a casa. Pero lo sabría esa misma noche. Entonces él estaría en un aprieto. Si ella exigía irse, probablemente lo mandarían a casa con ella. Pero si se quedaba, podrían obligarlo a ir a la escuela, y entonces sí que se descubriría el pastel.

El señor Gerbati terminó de apurar su café y reclinó la silla.

–¡Oh, tan pronto! *Disculpe*, Salvatore. El señor Gerbati siempre es el primero en volver del *desayuno*. –Intentó silbar–. Tengo que tirar de... ya sabe...

Jake se levantó de un salto. No iba a dejar que el anciano lo abandonara.

## Capítulo XXI

### MENSAJE DE CASA

Cuando Rosa regresó a la escuela después del almuerzo, uno de los otros niños de Lawrence la saludó de inmediato. –¿Oíste hablar de los chicos Colonni? –Y cuando Rosa respondió que no, Tony comenzó a contarle la historia. Se dio cuenta de que Tony, en su entusiasmo, había mezclado varias versiones, pero la idea principal estaba clara. El padre de los hermanos Colonni dijo que no les había dado permiso para venir a Vermont, que se habían subido al tren en lugar de otros niños. Todos en Barre juraban que les habían dicho que cada niño tenía la autorización firmada. Quizás, en la confusión, algún niño se había subido por error, pero les costaba creer que dos niños hubieran pasado desapercibidos.

Rosa escuchó horrorizada. Sabía perfectamente que Sal no tenía permiso y que había subido y pasado casi desapercibido. Pero si se había cometido un error con esos dos chicos, el comité de Barre estaría alerta ante cualquier otro fallo. Necesitaba advertirle, pero no había forma de hacerlo antes de esa noche.

Tony, que le contaba el caso con gran entusiasmo, terminó diciendo: “Y no quieren volver a casa para nada. Tienen comida de sobra y ropa de abrigo. Les gusta estar aquí. Son unas vacaciones, tal como prometió el sindicato”.

“¿No quieren irse a casa?”

“No. Están furiosos como gatos mojados.”

¡Ay, si tan solo fuera Rosa, y no esos chicos tontos, la que se fuera mañana! Entonces estaría en casa y no tendría que preocuparse más por Mamá, Anna y Ricci, y mucho menos por Sal, sus problemas y mentiras. Era injusto. Unos chicos que no querían irse tenían que marcharse, mientras que ella, que tanto deseaba volver a casa, debía quedarse. No solo quedarse, sino inventar más mentiras para ayudar a ese pobre muchacho, de quien ni siquiera sabía su verdadero nombre ni su historia, salvo que había algo oscuro, una sombra de la que huía. Claro que sentía curiosidad – cualquiera la sentiría–, pero también le aterraba que él se lo contara todo, y entonces tendría que cargar con aún más mentiras y algún secreto perverso que ocultar.

Cuando regresó de la escuela, encontró a Sal en la cocina atiborrándose de pan y queso. Le hizo dejar su merienda en la mesa y acompañarla al pasillo.

–¿No puede esperar? –preguntó de mal humor–. Estoy comiendo.

“Mañana envían a dos de los chicos de vuelta a casa, a Lawrence.”

–Ah, sí –dijo, girándose para volver a la cocina–. Ya lo sabía.

–No lo entiendes –dijo ella, agarrándole del brazo–. Ahora van a comprobar que *todo el mundo esté bien*. Creen que puede haber habido una confusión al subir al tren.

–¿Sí? –Intentaba mostrarse indiferente, pero ella se dio cuenta de que estaba preocupado.

¿Y ahora qué vamos a hacer?

“Nada. Ya te dije que me iría pronto.”

“Pero si huyes ahora, seré yo quien tenga que explicar por qué.”

Él le dedicó una sonrisa irónica. –Estás mejorando en esto de explicar. Ya se te ocurrirá algo.

¡Eres exasperante! “¡Tengo unas ganas tremendas de entrar ahora mismo en esa cocina y contárselo todo a la señora Gerbati!”

El alarmismo se reflejó en su rostro, pero lo controló. –Tú no harías eso.

“¿Y por qué no lo haría?”

“Porque estás demasiado implicada, por eso.”

Sabía que él tenía razón. Los Gerbati confiaban en ella. No entenderían si de repente anunciara que todo lo que había dicho sobre Sal habían sido mentiras.

“Pero hay algo que puedes decirles.”

“¿Y eso qué es?”

“La verdadera razón por la que no puedo ir a la escuela.”

“Pensé que te daría demasiada vergüenza.”

“Será peor si me obligan a ir.”

Ella lo miró fijamente. Él estaba avergonzado –realmente avergonzado– de no saber leer ni escribir ni siquiera su propio nombre. Ella quiso decirle: «*Te enseñaré*», pero eso podría empeorar las cosas.

“El señor Marchesi vino a decirle a la señora Gerbati que yo debía estar en la escuela, no trabajando. Parte del acuerdo era que la gente de aquí mandaría a todos los niños a la escuela, no los haría trabajar.”

¿Nadie te obliga a trabajar, verdad?

“No. La verdad es que me gusta. No es ni de lejos tan duro como la fábrica. Y todos los hombres son amables conmigo. Incluso el viejo no es tan malo.”

–De acuerdo –dijo finalmente–. Se lo diré, pero puede que tenga que decir la verdad.

Se ruborizó, pero asintió. “Lo que tengas que hacer. No puedo ir a ninguna escuela”.

Rosa se acercó al señor Gerbati, que acababa de comprar el periódico de la tarde en el mercado de la esquina y estaba leyendo en la sala mientras su esposa terminaba de servir la cena. «Sal me pidió que hablara con usted, señor Gerbati», comenzó.

Dobló el papel que tenía en el regazo y la miró por encima de sus gafas de montura metálica. –¿No puede hablar por sí mismo?

“Le da demasiada vergüenza.”

"¿Entonces?"

Respiró hondo. –Sal no puede ir a la escuela, señor Gerbati. Él... nunca ha ido, así que tendría que empezar con los más pequeños. Le da demasiada vergüenza estar en primero de primaria con niños de seis y siete años.

El señor Gerbati esperaba a que ella continuara.

–Sé que parece extraño... que yo fuera a la escuela y mi hermano no. Pero... bueno, cuando tenía seis años, se puso muy enfermo, y cuando se recuperó, se negó a ir. Quizás hayan notado que es muy terco –dijo al señor Gerbati con una leve sonrisa–. Así que al final papá le pagó al hombre por los papeles, y Sal empezó a trabajar en la fábrica. Era tan grande como algunos de los chicos mayores, y de todos modos, en la fábrica nadie hace preguntas. Además, necesitábamos el dinero. Luego mataron a papá, y lo necesitábamos aún más.

“Entonces, si es trabajador, ¿por qué está aquí con niños?”

–Yo... yo no habría venido sola. Tenía demasiado miedo. No había trabajo con la huelga, y –puso su cara más triste– él también tenía hambre.

El señor Gerbati pasó el dedo por el pliegue del papel. «Cuando el señor Broggi fue a Lawrence, prometió que todos los niños irían a la escuela. El señor Marchesi le dijo hoy a la señora Gerbati que todo el comité sabe que Sal no va a la escuela».

“Lo sé. Pero podrías explicárselo al señor Marchesi y al señor Broggi. Mamá lo entenderá. No esperará que Sal vaya a la escuela, solo que se porte bien y te ayude en lo que pueda. Estamos muy agradecidos con usted y con la señora Gerbati”.

–Dile a tu hermano que la próxima vez hable por sí mismo, ¿sí? No que mande a la hermanita. –Volvió a mirar su periódico.

Durante la cena, ninguno de los Gerbati mencionó el regreso de los hermanos Colonni a Lawrence, ni la visita que el señor Marchesi había hecho para ver cómo estaban. Pero después de que el anciano se hubo terminado el vino y el café –al que Rosa notó que le había echado un poco de grappa de una jarra que había sobre la encimera–, echó la silla hacia atrás y se dirigió a Sal: –Tu hermana dice que prefieres trabajar en el cobertizo que ir a la escuela, ¿verdad?

–Sí, señor –murmuró Sal mirando su plato vacío.

“Si trabajas duro y te portas bien, lo arreglo con el comité, ¿de acuerdo?”

–Gracias, señor –dijo Sal sin levantar la cabeza–. *Grazie*.

“Pero después del trabajo, tienes que estudiar, ¿no? Rosa es una chica inteligente, ella te enseñará. Y no quiero

tonterías. Estudia bien. Vuelve a casa después de la huelga y no serás un niño tonto, ¿de acuerdo?”

"Sí, señor."

“Empieza esta noche. Dile al señor Broggi y al señor Marchesi que estudias en casa de Gerbati, ¿de acuerdo?”

Así que todo estaba bien, al menos por ahora. Había sacado al pobre muchacho de un apuro más. Sería bonito pensar que estaba agradecido, pero lo dudaba. Esa noche, en la mesa de la cocina, empezó a escribir «Salvatore Serutti» con grandes letras cursivas en la parte superior del papel que la señora Gerbati le había buscado. Luego, debajo, escribió el alfabeto, primero en mayúsculas y después en minúsculas. «Ahora copia todo», ordenó, «mientras estudio mis propias lecciones».

Estaba sudando y sujetaba el lápiz con fuerza en su puño derecho. Ella sabía que se habría quejado si los Gerbati no hubieran estado en la habitación contigua; la señora Gerbati sonreía orgullosa al ver a sus dos alumnos concentrados en sus tareas en la mesa de la cocina.

Al día siguiente, el señor Broggi acompañó a los chicos Colonni a Lawrence en el tren de la tarde. Llegaron noticias de que su madre lloró de pena al verlos tan bien vestidos. Los agentes de los dueños del molino les habían mentado a los padres, presionándolos para que exigieran el regreso de

los chicos, diciéndoles que los trataban con dureza en Vermont, que no eran más que esclavos de los rudos y borrachos canteros de aquel lugar maldito. Cuando los chicos les contaron sobre el desfile y el banquete en el Salón del Trabajo, y cómo desde entonces cada comida había sido un festín, incluso el padre le rogó al señor Broggi que lo perdonara. Quizás más niños deberían ir a ese paraíso del norte, dijeron los Colonni.

El jueves, el señor Broggi regresó. Todos los niños de la escuela esperaban noticias de casa. Así que, en cuanto sonó la campana de salida, Rosa corrió de vuelta a casa de los Gerbati, pasando junto al señor Gerbati, que leía el periódico, y entró en la cocina, donde la señora Gerbati, evidentemente, le acababa de dar a Sal una rebanada gruesa de pan untada con mantequilla para que le llenara el estómago hasta la cena.

—¿Ha mandado mi mamá algo con el señor Broggi? —preguntó Rosa a modo de saludo.

La señora Gerbati sonrió y sacó un trozo de papel doblado del bolsillo de su delantal. —Le escribe a Rosa —le explicó a Sal—. Si aprendes a leer bien, ella también te escribirá a ti, ¿verdad?

Rosa desdobló el papel. No lo había escrito Mamá, sino Anna. Mamá no sabía escribir bien en italiano, y mucho menos en inglés.

*Querida Rosa,*

*¿Cómo estás en Barry, Vermont? Te extrañamos, pero el señor Broggi dice que todos los niños de allá están bien y que no debemos creer las mentiras de la gente de la fábrica. Hay muchas mentiras sobre niños de Lawrence que supuestamente secuestraron y se llevaron a Nueva York y Vermont, pero mamá dice que sabemos que son mentiras, igual que las demás que nos han contado.*

*Mamá quiere mandarme a Ricci y a mí a Filadelfia el sábado. No quiero ir, pero Ricci es demasiado joven para ir solo y he estado tosiendo mucho, y mamá dice que necesito ir a un lugar donde pueda comer bien y tener un sitio cálido donde quedarme.*

*Recibimos la postal que enviaste y también la foto tuya con un chico del Sr. Broggi. ¿Quién es ese chico? Te ves bien, pero su cara salió borrosa. Mamá creyó que el Sr. Broggi mencionó algo sobre su hijo, pero creo que se equivocó. Me preocupa que las maquinas la hayan dejado sorda, como a la Sra. Marino. Por cierto, la Sra. Marino estuvo en la cárcel. Le tiró una olla de Slop a una milisha desde su ventana. La dejaron ir. Creo que la Sra. Marino es demasiado problemática incluso para los polacos. Hasta pronto.*

*Con cariño, Anna*

*Se me olvidó decir. Olga Kronskey, dice que la señorita Finch ahora trae el desayuno a clase todos los días.*

Una gran lágrima rodó por su mejilla y cayó sobre “Filadelfia”, convirtiéndola en una mancha.

¿Malas noticias, Rosina?

“No, señora Gerbati. Es solo que... mamá va a mandar a mi hermana y a mi hermanito a Filadelfia el sábado.”

“¡Ay, Filadelfia! Queremos más niños en Barre. ¿Para qué ir a Filadelfia? Es una ciudad demasiado grande. Barre es bonito, hay muchas familias italianas muy agradables aquí.”

Su voz se parecía tanto a la de su madre que Rosa apenas pudo contener las lágrimas.

—¿No lees la carta que tu mamá le escribe a tu hermano? — preguntó el señor Gerbati desde la puerta de la cocina—. ¿O es que a él no le interesan las noticias de casa?

“Oh, sí, claro, por supuesto que le importo. Lo siento, Sal.”

Sal levantó la vista de su plato. La señora Gerbati le había dado una segunda rebanada de pan con mantequilla, así que no les había prestado atención a la anciana ni a Rosa. —¿Eh?

“Es una carta de mamá.”

“¿Sí?”

–Nuestra hermana mayor, Anna, y nuestro hermano pequeño, Ricci, van a Filadelfia el sábado. –Se dio cuenta, un poco tarde, de que sonaba como si estuviera hablando con un tonto. Al fin y al cabo, Sal debería saber quiénes eran Anna y Ricci.

“¿Sí? Qué bien.”

“Y la señora Marino tuvo que ir a la cárcel. Ella... eh... vertió... eh... agua sucia desde su ventana sobre la cabeza de un chico de Harvard.”

–¿Sí? –Sal soltó una carcajada–. ¡Bien por ella! Eso arruinaría un uniforme tan bonito.

–La... la llevaron a la cárcel, pero Anna dice que no la retuvieron mucho tiempo. Ya conoces a la señora Marino.

Como dice Anna, probablemente era demasiado problemática incluso para la policía.

La señora Gerbati parecía algo sorprendida, pero Sal estaba disfrutando enormemente de esta noticia.

“Y, por supuesto, todos te envían su cariño.”

De hecho, se sonrojó cuando ella dijo eso. Probablemente era la primera vez que alguien, en cualquier lugar, le enviaba una muestra de cariño. Lástima que solo fuera otra de sus mentiras.

## Capítulo XXII

### TUMULTO Y TRAICIÓN

Llegó el sábado. Era el día en que Anna y Ricci se irían a Filadelfia, dejando a Mamá con solo los Jarusalis para consolarla. Rosa acompañó a la señora Gerbati a confesarse, donde admitió haber dicho varias mentiras vagas. No se atrevió a dar detalles. El sacerdote no la presionó, pero le dio las Avemarías y los Padrenuestros de rigor para rezar, y regresaron a la casa, preparándose para la cena, cuando sonó el teléfono. Había un gran aparato de madera, metal y cables sujeto a la pared del recibidor, que la señora Gerbati había señalado con orgullo como un teléfono. Rosa nunca había visto a nadie usarlo, y tardó un minuto en darse cuenta de que el timbre que oía provenía del interior de la casa, y no del exterior.

–¡Ah, *el teléfono!* –exclamó la señora Gerbati, secándose las manos en el delantal y apresurándose al pasillo para cogerlo. Rosa no pudo evitarlo: la siguió hasta la puerta de la cocina. Nunca había conocido a nadie que hablara por teléfono y tenía curiosidad por ver cómo funcionaba.

–¿Hola, hola? –La señora Gerbati había arrancado parte del aparato de la pared y se lo había puesto sobre la oreja derecha. Estaba de puntillas, gritando en una especie de aro que tenía delante–. *Sí, sí.* –Y a partir de entonces, casi siempre gritaba «*Sí*» o susurraba un «*No*» en el aparato. Lo único de lo que Rosa estaba segura era de que las noticias del otro lado no eran buenas. Lo intuía por la creciente expresión de alarma en el rostro de la señora Gerbati.

En cuanto la señora Gerbati volvió a colocar el auricular, Rosa la llamó: "¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?".

La señora Gerbati la tomó de la mano y la condujo de vuelta a la cálida cocina. –Siéntate, Rosina.

Rosa obedeció. La señora Gerbati se sentó en la silla junto a ella, aún sujetándole la mano y negando con la cabeza. De repente, como si se le hubiera ocurrido algo, levantó la cabeza y miró a su alrededor. –¿Dónde está Salvatore?

“No lo sé. Dijo que iba a salir a dar un paseo después de merendar. Creo que le gusta pasear por la ciudad. Volverá pronto, pero no hace falta que lo esperes...”

–Mejor esperemos a que llegue –dijo, soltando la mano de Rosa y dándole una palmadita en la rodilla–. ¿Y el señor Gerbati también, verdad? El señor Gerbati había ido al sindicato. Quizá ni siquiera volviera a casa para cenar.

“¿Se trata de mamá?”

“No te preocupes, *niña*. Todo está bien, todo está bien. Ya ves.”

Rosa no veía absolutamente nada, solo que nada era bueno. Algo terrible le había sucedido a Mamá, eso era todo. Algo tan terrible que la noticia tuvo que llegar por teléfono, no por telegrama ni carta. Una noticia tan terrible que la señora Gerbati ni siquiera se atrevió a contársela. Rosa temblaba de pies a cabeza, a pesar de su ropa abrigada, a pesar del calor de la cocina. ¿Acaso la señora Gerbati no se daba cuenta del daño que le estaba causando? ¿De cómo la torturaba con su silencio? Pero la señora Gerbati se había levantado y había ido a la encimera. Tomó la polenta que había sobrado de la noche anterior, ahora cuajada, y la cortó en rodajas con un trozo de cuerda. Puso las rodajas en una sartén de hierro fundido humeante con aceite de oliva y comenzó a freírlas, concentrándose en la tarea como si le fuera la vida en ello. Si Rosa hubiera pensado que serviría de algo, se habría arrojado a los pies de la anciana y le habría suplicado que se lo contara, pero sabía que la señora Gerbati estaba decidida a que su marido fuera quien diera las malas noticias, noticias tan terribles que ella no se atrevía a darlas.

Finalmente, Sal regresó y, minutos después, el señor Gerbati. Para Rosa, bien podrían haber pasado días, pues cuando el anciano abrió la puerta, Rosa ya había visitado mentalmente la funeraria DeCesare y visto los cuerpos de sus seres queridos dispuestos como los de Annie Lopizzo, y luego había seguido el coche fúnebre que llevó a toda su familia a las fosas comunes del cementerio de Lawrence. ¿O acaso el sindicato pagaría un entierro digno? Deberían hacerlo. Eran culpables. Si no hubiera sido por el sindicato, ella aún tendría una familia.

–¿Un café y pan? –preguntó la señora Gerbati con un tono algo demasiado alegre cuando su marido y Sal entraron en la cocina–. ¿Para reconfortar el estómago después de vuestra caminata con frío? –Sal y el señor Gerbati se sentaron a la mesa mientras ella les servía–. ¿Y tú, Rosa?

Rosa negó con la cabeza, incapaz de hablar. Estaba paralizada por una anticipación aterradora. La señora Gerbati le enviaba señas silenciosas al señor Gerbati a través de la cabeza de Sal, pero el chico parecía no darse cuenta de nada más que de su comida. Finalmente, el señor Gerbati se aclaró la garganta.

–Me han dicho en la sede del Partido Laborista que hay noticias –empezó. Rosa levantó la vista rápidamente. Sal seguía masticando su pan–. Hubo un... un *tumulto* en la estación...

–¿En que lugar? –exclamó Rosa de repente.

“En Lawrence. Los padres llevaban a sus hijos al tren.”

–¿Para ir a Filadelfia? –Rosa no pudo contenerse. Tenía que saberlo. ¿Por qué no le decía de una vez si Mamá, Anna y Ricci estaban vivos o muertos? Tenían que estar muertos; si no, ¿por qué tanta demora?

Asintió con la cabeza. –A Filadelfia –dijo–. La policía...

“Mamá ha muerto.”

El señor y la señora Gerbati se sobresaltaron. “¡No! ¡No!”, gritaron al unísono.

“*¡Pobre niña!*” La señora Gerbati se levantó de la estufa y abrazó a Rosa, apretando el rostro de la niña contra su pecho. “No, *no*, ¿acaso no te dije antes que no te preocupases? ¡Está todo bien! Dile a Rosa que está bien”, le ordenó a su marido.

–La policía atacó a la gente –continuó el señor Gerbati–. No hubo muertos, pero sí algunos golpeados con porras. No sabemos nada de tu mamá y tu hermana –miró a Sal, que seguía masticando–, si resultaron heridas o no. Solo sabemos que están en la cárcel y que se llevaron al bebé a algún lugar desconocido.

Rosa dejó escapar un grito, lo que provocó que la señora Gerbati la abrazara con más fuerza.

“El señor Broggi está en contacto con el comité sindical de Lawrence. Si tiene más noticias, llamará por teléfono, ¿de acuerdo?”

–¿Por qué hacen cosas tan terribles, señor Gerbati? –La señora Gerbati parecía a punto de llorar–. ¿Golpear a mujeres y niños pequeños y arrebatar bebés de los brazos de sus madres? ¿Qué clase de gente hace cosas tan terribles?

“Solo la gente que tiene miedo. El miedo enloquece a la gente.”

–¿De qué tienen miedo? –preguntó Sal. Por fin había dejado de masticar y empezó a prestar atención–. Tienen todas las armas.

–Las armas no ganan este tipo de guerras –dijo el señor Gerbati, golpeándose el pecho–. Es el corazón. Es fuerte aquí dentro.

Rosa apenas podía comer, y después le costaba aún más dormir. Imágenes de Mamá y Anna en lo que imaginaba que era la cárcel de Lawrence le llenaban la mente. Y el pequeño Ricci. ¿Dónde estaba? Ni siquiera podía imaginar lo que le habría pasado a su pobre hermanito. Sería mejor que estuviera en la cárcel, ¿no? Al menos estaría con Mamá y Anna, no a cargo de extraños. Sentía, por momentos, rabia

y, por otros, un frío intenso. ¿Por qué los había abandonado? Podría haberlos mantenido a salvo si hubiera estado allí. No, probablemente no. Mamá era una italiana testaruda, después de todo. Bueno, entonces... habría estado en la cárcel con ellas. ¿Acaso no era mejor eso que estar allí, a salvo, calentita y bien alimentada, mientras todos sus seres queridos sufrían? Volvió a llorar, en silencio contra la almohada, para no molestar a los Gerbati en la habitación contigua.

Por fin amaneció. Rosa se vistió y fue a la cocina. Se prometió que algún día se levantaría antes que la señora Gerbati y la sorprendería encendiendo la estufa. Pero no hoy. La señora Gerbati tenía la estufa a pleno rendimiento y el café burbujeando en la parte trasera. El pan del día había levado y ya se estaba horneando en el horno caliente. Le dedicó a Rosa una amplia sonrisa, aunque sus ojos reflejaban dolor al escrutar el rostro de la niña. —¿Dormiste bien?

Rosa se encogió de hombros en respuesta.

—Yo tampoco —suspiró la mujer—. Tanta preocupación por mamá, la hermana y el bebé. Pero todo saldrá bien, ¿verdad? Pronto tendremos buenas noticias, ya verás. El señor Broggi se enterará pronto y lo arreglará todo.

“Tengo que irme a casa, señora Gerbati.”

¡No! No puedes ir. Tu mamá ni siquiera está allí.

“Los Jarusalis, los que viven en nuestro apartamento, están allí; al menos la abuela estará. No estará en la cárcel. Tengo que ir a averiguar qué ha sido de mamá y de Anna, y sobre todo de Ricci. ¡Ni siquiera sé dónde está Ricci! Estará muerto de miedo. No le gustan nada los extraños. No sabrá qué le ha pasado.”

“*Shh, shh*. Silencio. Hablaremos con el señor Broggi. Pronto lo sabremos todo, ¿sí? Ahora, ven a misa como una niña buena y rezamos a la Virgen, ¿de acuerdo? Encendemos una vela especial: una para mamá, una para Anna y una para el bebé Ricci, ¿sí?”

¿Qué más podía hacer? No tenía dinero para el billete de tren. Cogió su abrigo y su sombrero y se los puso. La señora Gerbati colgó el delantal, se echó el gran chal de lana sobre la cabeza y se lo envolvió sobre los hombros.

“¿Salvatore no se va, verdad?”

Rosa negó con la cabeza. Probablemente estaba durmiendo a pierna suelta. No le preocupaba nada.

Ella no podía saber que en ese momento Jake estaba tumbado en su cama, mirando al techo. Todo iba a estallar pronto. La policía había arrestado a la madre de Rosa. Habría preguntas, si no de la policía, del maldito comité sindical. No pasaría más de un día antes de que... Estaba sudando. Era sudor frío, pero sudor al fin y al cabo. Tenía que conseguir

ese dinero hoy antes de que todo se descontrolara. Había una caja fuerte en la oficina. Había visto a clientes llegar a la oficina y darle dinero al Sr. Gerbati, que él guardaba bajo llave en una pequeña caja fuerte metálica debajo de su escritorio una vez que se iban. La llave estaba en el colgante del reloj del Sr. Gerbati. Era casi imposible robarla. Pero, ¿qué tan difícil podía ser esa cerradura? Con uno de sus valiosos cinceles y un martillo, ¿no podría forzarla? ¿Hacer que pareciera un robo? Bueno, no importaría si sospechaban de él. Se habría marchado mucho antes de que el Sr. Gerbati descubriera la cerradura rota y el dinero faltante.

Empezó a sudar de nuevo. La policía de dos pueblos lo perseguiría. Pero, ¿qué tan lista podía ser la policía de un pueblo perdido como este? Además, tenía la clara impresión de que los hombres del trabajo no apreciaban mucho a la comunidad italiana. Demasiada bebida, peleas y gritos en las calles. Duncan había dicho que incluso su propia familia, siendo escocesa, odiaba que trabajara en un taller de italianos. Duncan había dicho "macarronis", no "italianos". No les habría importado tanto si el taller hubiera sido propiedad de un escocés. El padre de Duncan había venido de Escocia para extraer el granito. Ahora, todos los hombres de la familia de Duncan, excepto él, trabajaban en las canteras.

Duncan lo despreciaría si robara el dinero y huyera. Pero ¿por qué habría de importarle lo que pensara Duncan? El

hombre creía que el viejo Gerbati era una especie de dios, capaz de crear seres vivos a partir de rocas inertes.

¿Y si no huía? Al menos no al principio. Si robaba el dinero, lo escondía y esperaba un par de días, no sospecharían de él. Si lo agarraba y huía, claro que lo perseguirían sin piedad. El señor Gerbati mandaría a todos los matones del sindicato tras él. Y Rosa, harta de mentir por él, chivaría que había cogido el primer tren a Nueva York. Entonces tendría a toda la policía de Nueva York pisándole los talones.

Se incorporó en la cama. Hoy era el día. Nadie se acercaba a los cobertizos los domingos. El robo no se descubriría hasta el lunes por la mañana, y él estaría allí, limpiando la lechada con la pala, tan inocente como una flor. Acercándose sigilosamente a la puerta, escuchó cómo Rosa y la anciana se marchaban a la iglesia. Se vistió rápidamente y esperó en silencio hasta oír los pasos del anciano en las escaleras. Se dirigía al baño al final del pasillo de la planta baja. La puerta se cerró y Jake pudo oír los ruidos matutinos habituales del anciano. Primero, el ruido del inodoro al tirar de la cadena, luego una tos ronca, sibilancias y carraspeos, un ritual matutino antes de afeitarse. Esperó hasta oír a Gerbati en el pasillo, poniéndose el abrigo. Se preparaba para ir a buscar el periódico. La puerta principal se abrió... Era seguro salir. Para cuando el anciano doblara la esquina y comenzara a subir la cuesta hacia la tienda, Jake ya estaría fuera de la cocina, bajando hacia el cobertizo.

El cielo estaba gris; el sol aún no había logrado abrirse paso entre las densas nubes, lo que podría significar, o no, que nevaría más antes de que terminara el día. Jake se dio cuenta de que había nevado durante la noche. Parecía que nevaba todo el tiempo por allí. Estaba harto de la nieve. Claro, era bonita, como ahora cuando acababa de caer, pero con unos cuantos caballos y carretas, por no hablar de los coches, se convertía en un lodazal tan grande como el aguanieve de las calles de Lawrence. En fin, daba igual. Hoy no había salido a hacer turismo.

Sintió un cosquilleo de emoción en el pecho. Esto era mejor que ir a pedir limosna. Esto sí que era algo serio. Apresuró el paso. No había mucha gente en las calles del North End. Los piadosos estaban en la iglesia. Los demás dormían la mona, recuperándose de la noche del sábado. Para cuando llegara al cobertizo, hasta el viejo estaría en casa, sentado en su sillón, con las gafas puestas, leyendo su maldito periódico italiano. Cruzó la calle principal sin ver un solo vehículo, ni siquiera un tranvía. ¡Qué pueblo más muerto!

Por si acaso, por si acaso alguien lo reconocía –y siempre se sentía fuera de lugar con su imponente abrigo–, giró en la calle principal una cuadra antes de lo necesario y se abrió paso entre cobertizos antes de acercarse a Rossi y Gerbati. ¿Cómo iba a entrar? Había olvidado que la puerta exterior también tenía cerradura. No importaba, ya había entrado a robar en muchos sitios. Forzó la pequeña ventana de la

oficina lo suficiente como para poder colarse y deslizarse de cabeza al suelo. La habitación estaba oscura, pero no iba a arriesgarse a encender las luces.

Bajó la ventanilla y se acercó a examinar la caja fuerte. Se arrodilló y pasó el pulgar por el borde, intentando calcular el grosor de la punta de un cortacinturones que pudiera caber en la rendija entre la puerta y la pared de la pequeña caja fuerte metálica. Parecía muy endeble.

Ahora tocaba encontrar la herramienta adecuada. Para ello, entró en el cobertizo. El señor Gerbati siempre se llevaba sus preciadas herramientas a casa, pero no todos los carpinteros eran tan exigentes. Duncan había dejado un martillo y varias puntas sobre el bloque de granito junto a su monumento. Jake extendió la mano, pero algo lo hizo retirarla. Iba a coger las herramientas de otro, no las de Duncan. Podría dañarlas, y Duncan era bastante meticuloso.

Encontrar el punto exacto fue más difícil de lo que había imaginado. El cobertizo estaba oscuro, e incluso cuando llevaba uno a la ventana para examinarlo, le costaba distinguirlo. Llevó varios a la oficina, pero tuvo que devolverlos porque eran demasiado anchos para la grieta, que parecía estrecharse cada vez que intentaba insertar un puntal.

Después de lo que pareció una eternidad, encontró una punta lo suficientemente afilada como para deslizarse por la

miserable grieta. Se levantó, se quitó el abrigo y lo arrojó sobre la silla del señor Gerbati. Estaba sudando de nuevo y respirando con dificultad. Tosió; el aire, incluso un domingo, estaba cargado de polvo. Se arrodilló de nuevo frente a la caja fuerte y clavó la punta en la grieta, justo donde la cerradura se unía a la pared. Tomó el martillo. ¡Por todos *los cielos!*, pesaba, y le temblaba la mano como una hoja al viento. Lo alzó y asestó el primer golpe con todas sus fuerzas. Nada. Golpeó de nuevo. Nada parecía ceder. Ahora el sudor le corría por el pelo y le escocía los ojos, pero no necesitaba ver para golpear. *¡Clang! ¡Clang!* Probablemente podían oír el estruendo desde la calle principal. Pero no podía parar ahora. Alzó el martillo y atacó la punta una y otra vez, levantando el brazo derecho en alto.

Algo le atrapó la muñeca en el aire, retorciéndola de tal manera que el martillo cayó al suelo con un fuerte golpe. Aterrorizado, giró el cuello bruscamente y vio que era el pequeño señor Gerbati quien estaba sobre él, con su mano venosa apretando la muñeca de Jake como un tornillo de banco.

## Capítulo XXIII

### EL TRATO

El señor Gerbati soltó la muñeca de Jake, se inclinó y recogió el martillo y la punta, ahora bastante mellada. Los colocó con cuidado sobre la mesa. Luego, tomó el abrigo de Jake de su silla de escritorio. «Ponte en pie», dijo. «Vamos». Le entregó el abrigo a Jake y esperó a que se lo pusiera.

Tanto en la oficina como en la puerta exterior, el señor Gerbati se hizo a un lado para que Jake pasara primero. Y luego, como si no temiera lo que Jake pudiera hacer, le dio la espalda al chico y cerró cuidadosamente la puerta del cobertizo.

¿Debía intentar escapar? ¿Pero adónde podía ir? ¿Dónde podía esconderse? Jake se sentía paralizado. Simplemente se quedó afuera, en la nieve, esperando lo que el anciano iba

a decir. ¿Cómo lo había sabido Gerbati? Se había colado en la oficina sin que Jake se diera cuenta, porque Jake estaba demasiado concentrado en forzar la maldita cerradura, armando un escándalo tremendo. Pero ¿cómo sabía el anciano dónde estaría Jake, qué planeaba hacer? ¿Por qué a Gerbati se le había ocurrido de repente, un domingo por la mañana, ir al cobertizo? Todo era demasiado perfecto, como si Dios le hubiera inspirado al anciano para atraparlo.

El señor Gerbati guardó la cadena de su reloj en el bolsillo del chaleco, se abotonó la chaqueta del traje, luego el abrigo, y echó a andar, pero no por el camino habitual a casa. Siguió dos pares de huellas en la nieve, rodeando varios cobertizos largos cercanos, antes de llegar a la calle principal, que aún lucía impoluta bajo la brillante nieve recién caída, salvo por esos mismos dos pares de huellas. Como si quisiera provocar a Jake, el señor Gerbati siguió las huellas como un sabueso a la inversa hasta la puerta trasera de su casa y entró en la cocina, donde la señora Gerbati se afanaba preparando su habitual y abundante desayuno dominical.

–Salimos a caminar –dijo el señor Gerbati, como si hiciera falta una explicación.

Era un desayuno tardío, como solía ser un domingo después de misa. Rosa apenas probó bocado. Jake supuso que seguía suspirando por su estúpida familia. La chica no sabía lo que era un verdadero problema. Estaba seguro de que él tampoco podría comer –tenía el estómago atascado

en la garganta—, pero cuando la señora Gerbati dijo: «Come, come», obedeció. Para su asombro, descubrió que la comida le bajaba como siempre y se quedaba allí.

El señor Gerbati se levantó en cuanto terminó su café con el licor que siempre le gustaba echarle al final de la comida. Salió al pasillo y cerró la puerta de la cocina tras de sí. Podían oírlo hablar desde fuera; las palabras se oían apagadas, pero al parecer hablaba en inglés.

“*Telefonata* –llamada por teléfono”, explicó la señora Gerbati.

¿Una llamada telefónica? Gerbati debía de estar llamando a la policía... o algo peor. Ahora sí que sentía que la comida, tan grasosa y pesada, amenazaba con subirle del estómago. Jake quería inventar alguna excusa para irse de allí –para ir a su habitación o al baño– pero se quedó paralizado, intentando oír a través de la pared lo que el señor Gerbati pudiera estar diciendo en esa maldita máquina.

–Toma tu abrigo, Salvatore –dijo el señor Gerbati al reaparecer–. Pronto vendrán a buscarte.

A Jake se le erizó el pelo. El hombre le dejó desayunar como si nada y luego iba a entregarlo a... a los matones o a la policía o... Se levantó y cogió su gorra y su abrigo, aunque Dios sabía que no los necesitaba, con el sudor que tenía. Alguien tocó el timbre de la puerta.

–Ven –ordenó el señor Gerbati–. Ya está aquí.

Siguió al señor Gerbati hasta la puerta principal. El anciano la abrió, revelando no a un policía ni a uno de los matones imaginarios de Jake, sino a Duncan, de entre todas las personas.

–Hola, Sal –dijo el grandullón alegremente–. ¿Listo para irnos? Jake asintió. –¿Viene, señor Gerbati? –preguntó Duncan.

El señor Gerbati negó con la cabeza. –No. Leeré el periódico.

“De acuerdo. Entonces solo quedamos nosotros dos, Sal.”

Jake siguió al grandullón escocés escaleras abajo. Había un camión aparcado en la calle, con el motor *haciendo un ruido sordo*, como si estuviera impaciente por arrancar. –Sube –dijo Duncan.

Jake subió al asiento del copiloto. Duncan arrancó por Brook Street y giró a la izquierda en Main. Se dirigían hacia la plaza del pueblo, hacia el ayuntamiento, donde Jake sabía, por sus paseos por la ciudad, que había una comisaría. Apenas podía respirar.

Al llegar al parque, en lugar de girar a la derecha hacia el ayuntamiento, Duncan giró a la izquierda, subiendo una ligera pendiente. Luego detuvo la camioneta en la punta de

un terreno triangular, bastante antes del imponente edificio de ladrillo que se alzaba más arriba.

–¿Lo ves? –preguntó Duncan.

Jake estaba tan aliviado de que no hubieran aparcado delante del ayuntamiento que ni siquiera miraba al frente. – ¿Ver qué? ¿Ese edificio de allá arriba?

–No, no la escuela, el monumento... allí. –Ahora lo veía. En la punta de la colina, como si contemplara desde lo alto toda la actividad del pueblo, sobre un pedestal tallado se alzaba una estatua de granito de un hombre con un abrigo sobre el brazo—. Es nuestro propio Bobbie Burns. Los escoceses pagamos una fortuna para que la hicieran. El señor Gerbati quería que la vieras.

¿Qué demonios estaba pasando? ¿Acaso Gerbati intentaba burlarse de él? ¿Como cuando un gato juega con un ratón antes de matarlo? ¿Y quién diablos era Bobbie Burns?

–Salgamos. Hay que mirar bien. Probablemente sea la escultura de granito más hermosa del mundo. –Duncan frenó y saltó de la camioneta. Jake bajó y acompañó al grandullón escocés hasta la estatua, que los superaba en altura a ambos. Era más de tres veces más alta que el propio Duncan.

“Todas las grandes ciudades erigen monumentos a generales y héroes de guerra, pero al cumplirse el centenario

de la muerte de nuestro Bobbie, los escoceses de aquí queríamos que todo el pueblo recordara que fue el poeta más grande de Escocia. Los italianos lo entendieron. Adoran a los compositores de ópera. Pero nosotros no podíamos hacerlo solos. Nosotros, en su mayoría, extraemos la piedra de la colina. Los artistas son los italianos. Contratamos a los mejores que el taller de Barclay podía ofrecer. Barclay era uno de nosotros, escoceses, pero sus talladores eran italianos: Novelli y Corti. Novelli talló la estatua del gran hombre, pero mira, estos paneles bajo la estatua son obra de Corti. Corti fue maestro del señor Gerbati. El señor Gerbati lo siguió hasta aquí desde su tierra natal.”

Jake estudiaba los paneles bajo la estatua. Había cuatro escenas, una a cada lado del pedestal. Duncan se quitó el guante derecho y palpó un panel. «Estas escenas son de los poemas, todas menos esta: esta es su pequeña cabaña en Ayr. Aquí...» Tomó el dedo de Jake y lo guió por el contorno de la cabaña. «¿Ves? Tienes que sentirlo. Es un bajorrelieve. Creo que es más difícil de hacer que una estatua». El escocés negó con la cabeza. «Dios nos ampare. Qué desperdicio», dijo. «Fue una locura. Una pelea entre socialistas y anarquistas en el Salón del Trabajo, y alguien tenía una pistola. Corti ni siquiera estaba involucrado. Simplemente estaba en el lugar incorrecto, y un participante loco disparó su pistola, ¡y *pum!* El mejor escultor de este lado de Italia, muerto».

–¿Sabes...? –Cómo podía Jake formular esa pregunta–. ¿Sabes por qué Gerbati quería que me enseñaras esto?

“No estoy seguro. Simplemente llamó y dijo que quería que vieras esto antes de irte de la ciudad. Supongo que no quería que te perdieras lo más hermoso de la ciudad.”

A Jake se le revolvió el estómago. –¿Te dijo que me iba?

–Bueno, supongo que piensa que la huelga terminará pronto y que todos ustedes, los chicos, se irán.

–¿Ah, sí?.

“Quería asegurarse de que no te lo perdieras.”

“¿Por qué... eh... por qué no me lo enseñó él?”

«Debió de pensar que yo, por ser escocés, podría explicártelo mejor. Además, siempre puedo pedir prestada la camioneta de mi hermano. Hace un frío que pela al caminar desde el North End». Duncan sonrió y se puso el guante. «Venga, quiero enseñarte una cosa más antes de llevarte a casa». La palabra «casa» le produjo un escalofrío a Jake, como si la casa de los Gerbati pudiera ser un hogar para alguien como él.

Regresaron por la calle principal. Duncan ni siquiera miró hacia el ayuntamiento. Simplemente condujo la ruidosa y maloliente camioneta por la calle, pasando junto a las

tiendas, tabernas y establos. Una cuadra antes de llegar a la calle Brook, giró a la derecha. Subieron una colina serpenteando hasta detenerse ante las puertas de lo que obviamente era un cementerio. Fue allí donde Duncan se detuvo. El camino entre las puertas no había sido compactado, y mucho menos despejado, por lo que la nieve estaba muy alta. Duncan frenó. «No puedo arriesgarme a entrar con el coche. ¿Puedes ir andando?».

–Sí –dijo Jake, aunque no le gustaba mucho entrar en un cementerio, ni siquiera a plena luz del día.

Caminaron por la nieve, que le llegaba más arriba que sus botas nuevas, y podía sentir cómo se derretía sobre sus calcetines, pero no se atrevió a quejarse. Por fin, Duncan se detuvo. La nieve había recubierto la piedra, y la limpió con su gran mano enguantada. –Mira –dijo–. Unas letras cinceladas en el granito gris claro. No sabía que esas letras no significaban nada para Jake, cuya mirada estaba cautivada por el torrente de flores que caía en cascada por la piedra. Rosas, lirios, margaritas, narcisos... todo tan vivo que le convenció de que el señor Gerbati las había esculpido.

–Es su obra maestra –dijo Duncan–. El niño era su vida. Primero murió su maestro y, al cabo de un mes, su hijo. Me cuentan que se le encaneció el pelo de la noche a la mañana. Duncan se quitó el guante y acarició con reverencia una rosa. –En los más de ocho años transcurridos desde entonces, este

hombre no ha tallado más que flores, solo flores. Es como si estuviera empeñado en dar vida a la piedra inerte.

Así pues, aquí yacía Vittorio Gerbati, el niño al que le había tomado prestada la ropa aquella primera mañana. Ahora estaba allí, muerto y bajo tierra, y su padre había tejido para él estas flores que jamás morirían.

“Quería enseñarte esto también antes de que te fueras. El señor Gerbati probablemente no lo habría hecho.”

Caminaron en silencio hasta la camioneta, que seguía *avanzando* con dificultad en el frío, y regresaron a Brook Street. Duncan se detuvo frente a la casa. «No voy a entrar», dijo. «No puedo arriesgarme a que esta vieja caja se estropee. He estado tentando a la suerte todo el día. Nos vemos mañana».

–Gracias –dijo Jake.

“Con mucho gusto, muchacho.”

Abrió la puerta principal. Había alguien en el salón, no en la sala de estar, sino en el salón de enfrente. Estaba hablando.

–Pasa, Salvatore –llamó la señora Gerbati mientras él intentaba pasar desapercibido. Se quitó la gorra y entró en la habitación. El señor Broggi estaba sentado en el mejor sillón, el señor y la señora Gerbati en el sofá y Rosa en el

taburete. –¡Siéntate! ¡Siéntate! El señor Broggi, trae noticias de tu mamá. Jake se sentó incómodo en el borde de la mecedora, sin atreverse a mirar ni a Rosa ni al señor Gerbati.

–Le estaba comentando a tu hermana –dijo el señor Broggi– que la señora Gurley Flynn... ¿sabes? Jake asintió, indicando que sabía quién era la señora Gurley Flynn. –Llamó por teléfono para decir que mamá y Anna están bien. Siguen buscando al bebé Ricci, pero seguro que lo encontrarán pronto.

Todos miraron a Jake esperando alguna reacción. «Genial. ¡Genial!». Rosa lo fulminó con la mirada. «Excepto por el bebé», añadió apresuradamente.

“Mamá y Anna siguen en la cárcel, Sal. Quizás no lo entendiste.”

“Oh. Oh, sí. Pero saldrán pronto, ¿no?”

El señor Broggi irradiaba felicidad. “Están todos los periódicos de las grandes ciudades: Boston, Nueva York, Filadelfia. Le contarán a todo el país la vergüenza de Lawrence, cómo golpeaba a mujeres y niños pequeños, cómo arrebatava bebés de los pechos de sus madres, cómo metía a mujeres inocentes en la cárcel. Mañana por la mañana todo Estados Unidos estará furioso, como una fiera. Será un gran día para el sindicato. Mi amigo, el señor Savinelli, la llama...” Miró a su alrededor hasta captar la

atención de todos, incluida la de Jake. “La llama ‘La Huelga del Pan y las rosas’”.

Rosa se incorporó en el taburete. –¿Qué? –preguntó débilmente–. ¿Cómo la llama?

«Pan y rosas. Es hermoso, ¿verdad? Los huelguistas llevan una gran pancarta. Dice...» –y con su mano de cantero, formó las palabras en el aire–. Dice: «Queremos pan y también rosas». –Sonrió radiante–. ¿Entienden? No solo pan; tenemos hambre, sí. Pero solo pan no basta. También necesitamos rosas.

La señora Gerbati aplaudió. «¡Qué bonito!», exclamó, asintiendo con la cabeza y con los ojos cerrados. «Seguro que lo hizo un italiano».

–Sí –dijo Rosa, pero tan débilmente que solo Jake, que estaba sentado más cerca, pudo oírla.

La señora Gerbati reunió a todos en la cocina para tomar pastel y café. Los hombres le añadieron un poco de la grappa del señor Gerbati. Jake también la habría necesitado, pero no se atrevió a pedirla, y nadie le ofreció. Rosa picoteó su pastel, pero Jake se lo comió todo y tomó una segunda rebanada cuando la señora Gerbati se la ofreció.

Cuando el señor Gerbati regresó a la cocina tras acompañar al señor Broggi hasta la puerta, encontró a la señora Gerbati en la encimera, mirando con tristeza su cena

dominical, preparada con esmero, que llevaba desde el mediodía reposando en sus propios jugos. «Se ha quedado tanto tiempo que mi rica comida está helada».

–Calienta eso –dijo el señor Gerbati–. Lo cenamos. –Sacó su reloj–. Ya casi es la hora.

Ella empezó a protestar. “¡Pero no tuvimos almuerzo!”

“Está bien, señora Gerbati. Nadie aquí pasó hambre hoy.”

–Acabamos de comer pastel –dijo Rosa–. Estaremos bien.

La señora Gerbati suspiró. –No me gusta que nadie pase hambre en mi casa. Coman todos una cena abundante, ¿de acuerdo? Ahora, ¡váyanse rápido!, para que Rosa y yo podamos prepararlo todo antes de que les duela el estómago –dijo, echando a su marido y a Jake de la cocina.

El señor Gerbati se dirigió a su silla pero no se sentó. –¿Fue bien el viaje?

Debe referirse a Duncan. “¡Ah, sí, genial!”

“¿Viste al señor Bobbie Burns?”

“Sí. Sí, señor.”

“¿Has visto el trabajo del señor Corti?”

“Está muy bien.”

–¿Bien? *¡Es maravilloso!* ¡Magnífico! –El señor Gerbati regresó y cerró cuidadosamente la puerta de la cocina–. Siéntate, Salvatore.

Ahora llegaba el momento. El tiempo con Duncan había sido una falsa alarma, después de todo. Pero se sentó como le habían indicado. El señor Gerbati se sentó en su silla habitual, sacó su pipa del bolsillo, la llenó de tabaco y examinó la cazoleta mientras intentaba encenderla varias veces. Finalmente, satisfecho, dio tres o cuatro caladas.

Jake, viendo la escena prolongada, se quedó petrificado en la silla cercana. *¡Maldita sea!*, ¿por qué el hombre no terminaba de una vez?

–Te cae bien el señor Duncan, ¿verdad?

“Sí, claro. Como a todo el mundo.”

–Es escocés –dijo el señor Gerbati, dando otra calada–. ¿Como usted, tal vez?

"¿Qué? "

El señor Gerbati se inclinó hacia delante. –Usted no es Salvatore Serutti. Usted no es italiano. No sé quién es usted; no sé cómo ha acabado en mi casa, en mi cobertizo.

¿Qué se suponía que debía decir Jake? Abrió la boca, esperando tal vez que saliera algo que tuviera sentido para el hombre, pero no salió nada.

“No me vengas con cuentos. Dime por qué has venido. Sabes que no quiero ningún chico, pero te he dejado venir, ¿verdad? La señora Gerbati, ¿no es buena contigo? ¿No te cuida como a su propio hijo?”

Jake examinó las puntas de sus botas nuevas. Ya estaban desgastadas.

–Y hoy... Intentamos darte lo que necesitas –comida, ropa de abrigo– pero no es suficiente, ¿verdad? –Negó con la cabeza. Tenía el pelo espeso y blanco como la nieve sobre la tumba de su hijo–. No sé quién eres –dijo con tristeza–. No lo sé. –Se llevó la pipa a la boca y observó el humo que se elevaba sobre ella.

–No tenía intención de venir –dijo Jake con una voz tan débil y extraña que casi no la reconoció–. Me iré cuando usted diga. Solo por favor...

El señor Gerbati sacó su pipa y se inclinó hacia adelante, escuchando.

“Por favor, no llame a la policía.”

“¿Qué tengo yo que ver con la policía? Vivo en North End. No sé a qué te refieres. ¿A quién llamo? ¿Al cura? ¿Al

alcalde?” Se recostó. “Ni siquiera llamo a la señora Gerbati. Hablo contigo. Te digo: ¿Quién te crees que eres, muchacho? ¿Por qué mientes y haces que la pequeña Rosa mienta por ti? No está bien hacer que una niña tan buena como Rosa hable por ti, que mienta por ti. ¿Dónde está tu vergüenza, muchacho?”

“Necesito dinero.”

“¿Así que me abres la caja fuerte? ¿Me robas a mí y a mis empleados? ¿Por qué no me lo pides como un hombre?”

Jake no apartaba la vista de sus botas y apenas hablaba en voz baja. –Tenía miedo –dijo.

“¡Dio mio! ¿Esa es una excusa?”

–No, señor.

–¿Por qué necesitas tanto el dinero? –Su voz se volvió repentinamente suave.

“Tengo que comprar un billete de tren.”

¿Para volver a casa? Compramos billetes para todos los niños.

–No puedo volver a Lawrence. –Y entonces, de repente, se dio cuenta de que estaba llorando. Intentó ocultarlo, pero los sollozos le sacudían todo el cuerpo y no podía parar.

Quizá fue el alivio de que el señor Gerbati no fuera a llamar a la policía, ni a los matones, ni a nadie. Quizá fue la sorprendente bondad de aquel hombrecillo duro, como flores que brotaban del frío granito gris.

La puerta de la cocina se abrió. El señor Gerbati negó con la cabeza mirando a su esposa, y ella la cerró rápidamente.

–Ve a lavarte la cara. Ya casi es hora de comer. Sabes que a la señora Gerbati no le gusta que la comida se enfríe dos veces. –Se levantó y apagó la pipa en el plato grande que había en la mesa junto a su silla–. Luego me cuentas. Ya veremos qué hacemos, ¿de acuerdo?

Jake olisqueó, asintió y se apresuró a lavarse antes de que Rosa o la señora Gerbati pudieran ver que había estado llorando.

Durante toda la cena, la señora Gerbati se disculpó por el *almuerzo que se habían saltado*. No contó el pastel y el café que habían compartido con el señor Broggi, ni pareció recordar que el desayuno había sido tardío y muy abundante. «Prometí darles a ustedes, mis hijos, tres buenas comidas al día, pero hoy fueron solo dos. ¡Coman, coman!», instó a Rosa, que apenas probaba bocado.

Lo siento. Es que no puedo dejar de pensar en...

“Estarán bien, Rosa. No le haces ningún bien a mamá si no comes. Mira, Sal come bien. Hace feliz a mamá el ver lo bien que come.”

La comida le supo, si cabe, mejor que nunca a Jake. El señor Gerbati no iba a llamar a la policía ni a nadie. Echó una mirada furtiva al anciano. La cabeza blanca estaba inclinada sobre el plato. Al verlo, cualquiera diría que ni siquiera recordaba lo sucedido esa mañana. Pero no lo había olvidado. Cuando terminaron de comer, le pidió en voz baja a Jake que lo acompañara al salón. «Ahora terminamos nuestra charla», dijo.

El señor Gerbati se sentó en el sofá e hizo señas a Jake para que se acercara a la mecedora, pero él prefirió sentarse en el taburete.

–De acuerdo –dijo el señor Gerbati–. Ahora sabemos que usted no es Salvatore Serutti.

–No, señor.

“Dime, pues, ¿quién eres?”

“Jake Beale.”

“¿Qué clase de nombre es ese? ¿Escocés? ¿Francés? ¿Irlandés? ¿Qué?”

“No sé. Solo mi nombre.”

“¿Dónde está tu papá?”

"Muerto."

“¿Eso es cierto? ¿No es mentira?”

"Es cierto."

“¿Tampoco mamá?”

Jake negó con la cabeza. ¿Cuánto más tenía que contarle a ese hombre? ¿Por qué iba a ser asunto suyo?

“¿Entonces por qué te escondes y andas a escondidas? ¿Para que la niña te cuide?”

La forma en que lo dijo enfureció a Jake y, si hubiera estado más familiarizado con ese sentimiento, también lo habría avergonzado.

“Ya te dije que tenía miedo.”

“¿Por qué tienes miedo, muchacho? ¿Has hecho algo malo?”

Asintió. Había obrado mal. Y antes de que pudiera detenerse, toda la historia se le escapó: cómo recibió la tarjeta de la señora Serutti para que papá la firmara en casa, cómo encontró a papá en la cama, cómo despertó y descubrió que, durante toda la noche, y cuánto tiempo más,

no lo sabía, papá había estado muerto. El horror lo hizo detenerse en seco.

“¿Así que huyes?”

"Sí, señor."

“¿Le tenías miedo a tu pobre papá muerto?”

No quería decirlo; de repente le pareció una cobardía. «Bueno, tenía miedo de que alguien –la policía, quizá– lo encontrara y me culpara a mí».

“¿Por qué te culpan? Hace un frío que pela. Bebió demasiado. Pasa, ¿no? No es tu culpa.”

“Yo le compré el whisky.”

–Ah –dijo el señor Gerbati, recostándose en el sofá para reflexionar–. Entonces, ¿corres y te cueles en el tren?

“Yo creía que iba a Nueva York. Rosa dijo que ella iba a Nueva York.”

“¿Nueva York es mejor para ti?”

–Podría conseguir un trabajo. Mantenerme solo. –Jake se miró las manos. Estaban agrietadas y las uñas tenían forma de media luna negra–. No quería causarle problemas. En cuanto llegáramos a Nueva York, pensaba escaparme.

El hombre se inclinó hacia adelante de nuevo. –¿Por qué siempre corres, muchacho?

“Te lo acabo de decir.”

–No, no lo creo. Creo que huyes de *la* muerte. –Lo pronunció «det»<sup>6</sup>, lo que le dio un tono más duro. Jake quiso discutir, pero se dio cuenta de que no podía.

“Así que... dejas a tu papá allí. ¿Quién lo enterrará? ¿Quién pondrá una lápida sobre su tumba?”

–No tengo dinero para eso –murmuró Jake–. Aunque estuviera allí, no podría hacer nada por él.

El señor Gerbati se recostó de nuevo. Se palpó el bolsillo, buscando su pipa, pero no estaba. –Bueno –dijo–. *Hagamos un trato*, ¿qué te parece? Tú y yo, hagamos un trato. No me mientas más. Si tienes algo que decir, dímelo, no mandes a Rosa, ¿de acuerdo? Si haces esto, escribo una solicitud de la Unión a Lawrence. Diciéndoles que entierren a tu padre. No es bueno que aún no esté enterrado. Luego, en primavera, le haremos una lápida a papá, ¿de acuerdo?

“¿Por qué haría eso?”

–No me gusta que un hombre se vaya a la tumba olvidado –dijo, poniéndose de pie–. No le digamos nada a la señora

---

<sup>6</sup> De “death”, muerte. [N. T.]

Gerbati. Esperemos a que termine la huelga, ¿de acuerdo?  
Por ahora, tú sigues siendo su Salvatore.



Mujeres en la huelga de Lawrence

## Capítulo XXIV

### ¡POR FIN EN CASA!

¡La huelga del Pan y las Rosas! El orgullo, como una cinta escarlata, atravesaba la ansiedad de los días de Rosa. La gente no solo se había fijado en su «mejor cartel», sino que algunos, como el señor Savinelli, lo habían elegido como nombre de la huelga. *Su cartel*: el de ella y el de su madre. El que ella misma había hecho en la mesa de la cocina. Y la señora Gerbati tenía razón; era muy italiano desear la belleza casi tanto como la comida.

Rosa imaginaba una nueva imagen de Mamá y Anna. Estaban en la cárcel, pero Mamá cantaba, y todas las mujeres, niñas y niños cantaban con ella. Los guardias se asombraron y luego se avergonzaron al oír la hermosa

música que salía de las gargantas de las mismas personas a las que habían despreciado y maltratado.

Vagaba como en una niebla. «*No, no, no nos moverán...*» Mamá cantaba y todos la repetían:

*“No, no, no nos moverán  
No, no, no nos moverán  
Igual que a un árbol plantado junto al río,  
No nos moverán.*

Esa era Mamá, un árbol precioso. Había sido verde y frondoso en la primavera de la infancia de Rosa, cuando Papá vivía y había comida y leña, pero incluso en este invierno tan cruel, seguía en pie, con sus fuertes ramas desnudas, como plata contra la nieve y el viento. Se doblaría, pero no se quebraría.

Durante dos largos días no hubo más noticias, pero Rosa no había derramado ni una lágrima y, de alguna manera, sentía menos miedo que antes de que comenzara la huelga. Cuando por fin pudo apartar la mirada de sí misma, se dio cuenta de que algo le pasaba a Sal. Estaba demasiado callado. Comía –siempre comía como si temiera que le arrebataran la comida de repente– pero mantenía la vista fija en el tazón o en el plato. Ya no sorbía la sopa con tanto ruido ni masticaba con la boca tan abierta. Era como si intentara hacerse más pequeño, menos visible. Cuando la señora Gerbati le servía más sopa en el tazón o más pasta en

el plato, él levantaba la vista rápidamente y murmuraba: «*Grazie*».

El señor Gerbati también estaba callado, pero eso no era extraño. Rara vez hablaba durante las comidas. Pero ahora su silencio era distinto; no era la sensación de ensimismamiento de un hombre que lo controla todo con tanto celo que no se atreve a abrir la boca. No, todo su cuerpo parecía más relajado, más tranquilo.

La señora Gerbati también notó algo. Rosa lo supo, pues la vio observándolos a ambos con atención, dedicándole a su marido una sonrisa sin motivo aparente. Una vez, mientras se levantaba para servirle más café, le puso la mano libre suavemente en el hombro. Él la miró y sus ojos eran tan dulces como los de mamá cuando le cantaba a Ricci para que se durmiera. Ah, Ricci, ¿dónde estaba ahora? ¿Estaba en algún lugar, solo y asustado?

El sábado había sido el peor día de su vida. Peor que el día en que murió Annie Lopizzo. Sin embargo, apenas cuatro días después, se sentía mejor. Nada había cambiado. No había habido más noticias, y entonces lo comprendió. *No nos moverán*. Nunca antes habría podido creerlo.

Esa misma tarde, el señor Gerbati regresó de su visita a la tienda de la esquina con los brazos cargados de periódicos. Entró en la cocina y, sin siquiera quitarse el abrigo, extendió los periódicos sobre la mesa.

“¡Fuera! ¡Fuera!”, ordenó la señora Gerbati. “¡Recoge estos papeles! ¿Donde pongo mi comida?”.

–Luego comemos –dijo el señor Gerbati–. Vamos, Rosa, lee. Es inglés. –Le entregó *el New York Herald*.

De un vistazo, asimiló los titulares, y su voz temblaba mientras comenzaba a leer:

## **PROHIBIDO EL ENVÍO DE NIÑOS EN HUELGA**

### **MUJERES GOLPEADAS.**

**Jóvenes pisoteados en disturbios cuando la policía de Lawrence detuvo la exportación.**

### **LAS MADRES LUCHAN CON DIENTES Y ALFILERES DE SOMBRERO**

**Las autoridades invadieron la estación donde cien pequeños debían embarcar hacia Filadelfia**

Rosa alzó la vista, incapaz de seguir leyendo. –¿Alfileres para sombreros? –dijo débilmente. La señora Marino, tal vez, pero nunca Mamá.

–Mamá y Anna están bien, Rosa –dijo la señora Gerbati–. Las oímos, ¿recuerdas?

Rosa asintió. Aun así, leerle el resto del artículo al ansioso señor Gerbati no fue fácil. Imágenes de Mamá, Anna y tal vez

incluso el pequeño Ricci siendo golpeados y pisoteados inundaron su mente.

–¿Lo ves? ¿Lo ves? –exclamó el señor Gerbati–. ¡El mundo entero está furioso por tu mamá! Tenía razón, por supuesto: cada palabra del artículo arremetía contra la brutalidad de la policía de Lawrence y la milicia de Massachusetts. Con la voz aún temblorosa, pasó al siguiente periódico. *El Boston Common* estaba igualmente indignado. «La policía, actuando bajo las órdenes del alguacil de la ciudad, golpeó, estranguló y derribó a mujeres y niños, a las esposas y bebés inocentes de los huelguistas... ». Rosa se detuvo a mitad de la frase. *¿Estranguló?*

–No te preocupes, tu mamá estará bien. La señora Gurley Flynn lo dice –dijo el señor Gerbati.

La señora Gerbati acariciaba la cabeza de Rosa, pero le temblaba la mano. «¡Qué barbaridad!», exclamó. «¿Quién puede creer en gente así?»

–Se acabó –dijo el señor Gerbati–. Tu mamá ganó. Ahora el mundo entero está de su lado.

A pesar de la renovada ansiedad de Rosa, el señor Gerbati parecía tener razón. Cada día traía más noticias. El mundo entero se había vuelto contra el señor Billy Wood y sus compañeros dueños de fábricas. Los congresistas exigían audiencias. Los niños que trabajaban en las fábricas iban a

Washington a testificar. Incluso el presidente, el mismísimo señor William Howard Taft, solicitaba investigaciones sobre las condiciones en las industrias estadounidenses. Y para finales de la semana llegó otra carta de Anna, esta vez con un sello auténtico. Decía:

*Querida Rosa,*

*Creo que ya te enteraste del lío en la estación de tren. No te preocupes. Mamá y yo estamos bien. Yo tengo un moretón en el brazo y mamá se dio un golpe en la cabeza, pero estamos bien. Ya estamos en casa después de salir de la cárcel. Los policías se llevaron a Ricci al hospicio. No sabíamos dónde estaba, pero ya está en casa y bien. Mamá dice que lamenta haberte preocupado tanto.*

*La huelga es más grande y mejor que antes. Mamá dice que vale la pena el golpe en la cabeza y tres noches en la cárcel, seguro. VAMOS A GANAR. Pronto podrás volver a casa. Todos te extrañamos. La abuela J. dice que la cama está muy fría.*

*Tu querida hermana Anna, Mamá y Ricci*

Dobló la carta con mucho cuidado y la volvió a meter en su sobre antes de dejarse llevar por las lágrimas.

\*\*\*

Supuso que debía contárselo a Rosa, pero implicaba tantas mentiras y ocultar la verdad que lo pospuso. Ella estaba demasiado preocupada por su familia. No necesitaba oír todas sus penas, pero tarde o temprano tendría que hacerlo. Decidió que esperaría hasta que la huelga terminara de verdad. Ella se alegraría tanto al pensar en volver a casa que no perdería el tiempo enfadada con él por todo lo que le había hecho pasar.

Todavía le daba vueltas a la conversación que había tenido con el señor Gerbati el domingo por la noche. El hombre lo había pillado con las manos en la masa, intentando abrir su caja fuerte. No había llamado a la policía. No había llamado a ninguno de sus amigos italianos. Había llamado a Duncan. *Porque pensaba que yo era escocés. Incluso entonces estaba seguro de que me mandaría de vuelta a Lawrence al día siguiente. Pero no, me llevó a su salón y habló conmigo. Hizo un trato conmigo, como si yo fuera alguien importante. Pero el trato era que dejaría de mentir, y si no le había mentado mucho a Rosa, desde luego nunca le había dicho la verdad.*

En el trabajo era un torbellino de energía, corriendo a la herrería con las puntas para afilar y volviendo a toda prisa, paleando lechada hasta que le dolían los hombros, quitando la nieve fresca del camino a la puerta; en definitiva, hacía cada tarea que el señor Gerbati le encomendaba con tal rapidez y dedicación que apenas se reconocía. Ahora solo le

quedaban dos cosas por hacer. La primera era contárselo todo a Rosa. Debería ser fácil, pero lo seguía posponiendo. Luego estaba el otro asunto. Esto también lo postergaba, porque implicaba una especie de súplica a la que nunca se había rebajado. Claro que le había suplicado al señor Gerbati que no llamara a la policía, pero lo hizo por puro terror, sin pensarlo dos veces. Le había dado tantas vueltas a esta nueva petición que casi la había agotado. ¿Cómo expresarla con palabras? Lo había intentado mil veces y ninguna palabra parecía suficiente.

La huelga pronto terminaría. Todos lo decían. Y cuando terminara, los niños de Lawrence volverían a casa. Tenía que hablar con el señor Gerbati de inmediato. ¿Pero cómo?

Todo el North End de Barre siguió los acontecimientos de Lawrence con la misma atención que si ellos mismos hubieran sido obreros textiles. Continuaron organizando eventos benéficos en el Local Sindical y la ópera, y enviaban el dinero a los wobblies de Lawrence. Leían con avidez las crónicas de los testimonios en Washington que aparecían en los periódicos. La propia esposa del presidente, la señora William Howard Taft, había ido a escuchar a niños de Lawrence hablar sobre su vida en las fábricas: cómo tenían que barrer los suelos después de su jornada laboral sin cobrar; cómo les descontaban dinero de sus míseros salarios para el agua que bebían; cómo el pelo de la pequeña Camelia Teoli se enredó en la máquina y le arrancó el cuero cabelludo...

El martes 12 de marzo, llegó desde Lawrence el tan esperado telegrama. El señor Billy Wood se había rendido. Accedería a todas y cada una de las demandas de los huelguistas. El resto de los dueños de las fábricas cayeron como fichas de dominó. Y el jueves 14 de marzo de 1912, veinticinco mil hombres, mujeres y niños trabajadores de las fábricas se reunieron en Lawrence Common y votaron a favor de regresar al trabajo.

Había llegado el momento de que los niños de Lawrence regresaran a casa. El periódico de Barre, en su edición del sábado dieciséis, solicitó a todas las familias que alojaban a niños que se reunieran al día siguiente en el Salón del Trabajo, entre las 10:00 y las 13:00, para organizar el regreso de los visitantes. Al regresar de misa, la señora Gerbati y Rosa sirvieron, con muchas disculpas, un desayuno breve, y luego ella y el señor Gerbati se dirigieron al Salón Socialista del Trabajo.

Jake y Rosa se quedaron en casa. El comité pensó que sería más fácil para los adultos resolver los detalles sin la presencia de los niños. –Estudia ahora, Salvatore –dijo la señora Gerbati–. Es una buena oportunidad. Luego vas a casa y le presumes a mamá, ¿sí?

Se sentaron uno al lado del otro en la mesa de la cocina. Jake no había progresado mucho. Al menos se sabía el abecedario. Pero Rosa suspiraba por la torpeza con la que escribía las letras. A menudo escribía las S al revés, y en

Salvatore Serutti había dos, mayúsculas y grandes. Dejó caer el lápiz.

–De todos modos, no es mi nombre –dijo–. No necesito escribirlo correctamente.

Rosa ladeó la cabeza. –Entonces dime tu verdadero nombre. Te enseñaré a escribirlo. No hace falta que se lo muestres a los Gerbati.

–Jake –dijo–. Jake Beale.

–Hmph –dijo–. Me pregunto si tendrá una "e" muda. Beale, quiero decir.

Después de eso, le resultó más fácil contarle la historia que le había contado al señor Gerbati tres semanas antes. Incluso le habló de robar en el basurero, de hurtar comida y de dormir en las iglesias, siendo Rosa la persona más cercana a un sacerdote a quien probablemente se confesaría. No se molestó en contarle lo de los montones de basura. Ella ya lo sabía.

“¿Estabas corriendo porque pensabas que la policía te perseguía?”

–Sí. Estaba muerto. Pensé que me culparían. –Entonces recordó la advertencia del señor Gerbati–. No solo eso. Creo que me asusté. Dormí toda la noche con un cadáver. Me dio mucho miedo.

Ella asintió. –A mí también me daría miedo –dijo, y se estremeció. Eso lo tranquilizó.

Aunque no quería, se obligó a contarle a Rosa lo sucedido aquel terrible domingo en que intentó abrir la caja fuerte del señor Gerbati. Ella se tapó la boca con la mano y palideció por completo.

–Lo sé –dijo–. Cometí un error terrible. No entiendo por qué no me llevó a la policía en cuanto me pilló. No me pegó ni nada. Solo me hizo prometer que dejaría de mentir. Y lo estoy intentando.

Le tomó un minuto darse cuenta de que Rosa estaba llorando.

“Vamos, Rosa. ¿Qué te pasa? Te dije que lo estaba intentando.”

–No es eso –dijo ella, mirándolo con el rostro surcado de lágrimas–. Son mis oraciones –dijo–. Todas han sido escuchadas. La huelga ha terminado. Mamá, Anna y Ricci están a salvo. Pronto volveré a casa. Y tú confesaste tus pecados. La Virgen respondió a mis oraciones y –aquí rompió a llorar de nuevo–... ¡y ni siquiera soy buena!

“Claro, eres buena. Eres la mejor persona que conozco.”

“No, no lo soy. Y todas mis oraciones fueron respondidas de todos modos, bueno, todas menos una.”

“¿Cuál es esa?”

“Recé para que pudieras ser tan feliz como yo.”

Cuando los Gerbati llegaron un rato después, la señora Gerbati fue directamente a la cocina. La comida del mediodía sería muy tarde y, para ella, el desayuno había sido escaso. Al parecer, la comida tenía prioridad sobre dar noticias. La comida estaba servida en la mesa –desde la sopa hasta el pastel– antes de que el señor Gerbati se aclarara la garganta, tomara un ruidoso trago de su café con grappa y comenzara.

–De acuerdo –dijo–. Hablamos y hacemos planes hoy. Vienen treinta y cinco niños, dos regresan enseguida, ¿sí? Todos asintieron. –Y la semana pasada, cuatro niños regresaron a casa porque un familiar estaba muy enfermo, ¿sí? Todos lo recordaban, especialmente Rosa, quien en realidad no le deseaba la enfermedad a ningún miembro de su familia, pero aun así... –Y ayer, uno más. Rosa

No había oído hablar de eso. Esa licencia –señaló con los dedos–, ¿veintiocho niños, sí? Todos asintieron. –Mañana el señor Broggi puede llevarse a algunos niños, pero veintiocho son demasiados, así que algunos tendrán que esperar.

Rosa se tapó la boca con la mano. De lo contrario, seguro que gritaría. ¿Cómo podía esperar más? La señora Gerbati se inclinó y le apartó la mano con delicadeza. «Les digo que mi

Rosa tiene que irse», dijo. «No quiero perder a mis hijos, pero necesitan a su propia mamá, ¿verdad?»

“Ha sido usted muy amable con nosotros, señora Gerbati. Les agradecemos mucho a ambos, pero...”

Jake se puso rígido. Tal vez había dejado la conversación con el señor Gerbati para demasiado tarde. Parecía que los iban a enviar de vuelta a Lawrence mañana. ¡*Maldita sea!*, ¿por qué lo había pospuesto?

–Entonces –dijo el señor Gerbati–, Rosa tiene que estar lista para el tren mañana por la tarde. Mamá ya lo sabe. Ella te recibirá.

–Ah –dijo Rosa, recordándolo de repente–. ¿Y Salvatore? ¿Cuándo se va? El señor Gerbati se giró bruscamente y miró a Jake a los ojos–. Es muy extraño. En la lista del comité sindical de Lawrence no aparece Salvatore Serutti.

–No te preocupes, Salvatore –dijo la señora Gerbati–. Nos vamos a poner las pilas. Estarás pronto en casa. *Te lo prometo.*

El lunes por la mañana, Jake y el señor Gerbati fueron a trabajar como de costumbre. Durante todo el camino, Jake intentó hablar con el hombre, pero el señor Gerbati caminaba tan rápido y estaba tan decidido a llegar al cobertizo que Jake, una vez más, se acobardó.

Mientras tanto, en la casa, Rosa subió por última vez las escaleras hasta su hermosa habitación. Miraba a su alrededor, decidida a guardar para siempre esa imagen en su mente, cuando oyó los pesados pasos de la señora Gerbati en las escaleras.

–Scusami, Rosa –dijo jadeando junto a la puerta, con una maleta de cuero en una mano y el otro brazo cargado de ropa–. Envío unas pocas cosas a casa.

–Oh, señora Gerbati... –No sabía qué decir.

–No, no, no es nada –dijo la señora Gerbati entrando en la habitación y dejando caer su equipaje sobre la cama–. Y una maleta para el tren –empezó a doblar la ropa y a guardarla en la maleta.

Rosa miró con los ojos muy abiertos y luego, poco a poco, empezó a ayudar. Más ropa interior, otro vestido –«Para tu Anna»–, un conjunto de ropa interior, pantalones, camisa y chaqueta de niño pequeño –«Para el pequeño Ricci. No sé qué talla usa, así que le pongo grande, ¿vale?»–, dos chales de lana –«Uno para Anna y otro para mamá, ¿eh?»

Las lágrimas caían sobre todo lo que Rosa doblaba. «¡No, no! ¡No llores! Entonces lloro yo. No sirve de nada que lloremos. ¿Es hora de ser felices, verdad?». La mujer rodeó a Rosa con sus brazos, y Rosa sintió cómo el anciano cuerpo

temblaba con los sollozos. La señora Gerbati se apartó y se secó las lágrimas con el delantal. «Vieja tonta, ¿eh?».

–No –dijo Rosa, y se giró para ocultar las lágrimas–. Es usted muy amable, señora Gerbati, pero no es tonta. Jamás sería tonta. –Se afanó en sacar del armario la ropa interior y la ropa extra que la señora Gerbati le había comprado, para añadirlas a las pertenencias que ya guardaba.

Al final, la señora Gerbati tuvo que sentarse sobre el maletín antes de que Rosa pudiera cerrarlo. Ambas se reían cuando Rosa logró ayudarla a levantarse.

La señora Gerbati preparó incluso más comida que la habitual del mediodía. Nadie hablaba mucho. Rosa jugueteaba con la comida. A medida que se acercaba la hora de partir, le resultaba más difícil ocultar su emoción. Por fin volvía a casa.

–¿No comes, Rosa? Es un viaje largo hasta Lawrence –dijo el señor Gerbati.

Rosa negó con la cabeza. –Está bien, de verdad que sí, solo que no puedo...

–Nuestra Rosa está muy contenta hoy –dijo la señora Gerbati–. Pero la echaremos de menos, ¿verdad, señor Gerbati, Salvatore?

–Yo también os echaré de menos –dijo Rosa.

Jake la miró fijamente, como para asegurarse de que no estaba mintiendo.

“Ojalá Sal viniera conmigo”, dijo.

–Oh, a Salvatore le salió bien –dijo el señor Gerbati–. Hablé con el comité. Todo está arreglado. –Miró a la señora Gerbati al otro lado de la mesa y luego se concentró en su café.

Los tres fueron a despedir a Rosa en el tren, aunque eso significara que Jake y el señor Gerbati llegarían tarde al trabajo. Las demás familias de acogida de los niños que regresaban estaban allí, charlando, abrazándose y prometiendo mantenerse en contacto.

–Escribirás una carta, Rosa, ¿sí? –dijo la señora Gerbati–. Cuéntanos sobre mamá, Anna y el pequeño Ricci, ¿de acuerdo?

–Por supuesto que sí –dijo Rosa–. Y también le escribiré a Sal.

–Buena práctica para Salvatore –dijo la señora Gerbati–. ¡Aprender a leer bien, ¿eh?!

Jake miró sus botas.

–Tienes que practicar, ¿sabes? –dijo Rosa–. Prométeme que trabajarás en ello.

–Sí, vale –dijo, pero no levantó la vista. ¿Por qué hablaban de leer cuando el silbato del tren ya estaba sonando? Ella se iba, ¿y ahora qué iba a ser de él? Observó cómo el tren entraba lentamente en la estación.

Rosa abrazó a cada uno de los Gerbati. Luego se volvió hacia él. Por un momento, pensó que ella también lo abrazaría, pero, en lugar de eso, ella extendió la mano y, con cierta timidez, tomó la suya. «Hasta luego, Sal... Jake», susurró. «Pórtate bien, ¿me oyes?»

Él asintió, con la garganta un poco cerrada, sin poder articular palabra. Enseguida, ella ya estaba en el tren, saludando desde la ventana.

Los tres permanecieron allí entristecidos, la señora Gerbati secándose las lágrimas con la cola de su chal.

*Adiós, chica de los zapatos. Gracias por todo.* Levantó la mano y empezó a saludar hasta que perdió de vista el tren que se dirigía al sur; su silbato apenas se oía entre la niebla de marzo.

–Señora Gerbati –dijo el señor Gerbati con severidad–. ¿Por qué no le compra guantes a este niño? Mire lo rojas que tiene las manos.

–Oh –dijo la señora Gerbati–. Sí, hoy. Ahora, antes de que vuelva al trabajo.

–No me importa –dijo al señor Gerbati–.

–Sí que importa. –De su gran bolsillo del abrigo sacó un par de guantes de cuero marrón–. Pruébatelos. A ver si te quedan bien.

Los guantes eran suaves y forrados de polar. Jake se los puso lentamente. *¿Acaso aquel hombre nunca dejaría de sorprenderle?*

“¿Entonces, quedan bien?”

"Perfectos."

–Oh –dijo la señora Gerbati, negando con la cabeza–. No sirven, señor Gerbati. Debería comprar unos grandes. Crece demasiado rápido.

–Entonces –dijo el señor Gerbati–, *el año que viene* le compraremos un par nuevo.

¿El año que viene? Jake miró al señor Gerbati. El anciano se encogió de hombros. La señora Gerbati sonreía con su rostro ancho, con lágrimas frescas asomando por sus ojos oscuros. Abrazó a Jake con fuerza, estrechándolo contra su pecho. «Necesitamos un chico en casa», le susurró al oído.

Fue un abrazo tan fuerte que podría haber sofocado a un pequeño ejército de chicos, pero a Jake ni le importó. Nunca tendría que rogar para quedarse. ¡*Por Dios!* Ni siquiera

tendría que pedirlo. Lo habían arreglado, tal como la señora Gerbati había prometido. Se apartó de ella para limpiarse la nariz con la manga, con cuidado de no tocar sus flamantes guantes.

“Supongo que es hora de que volvamos al trabajo, ¿eh, señor Gerbati?”

El anciano sacó su reloj. –Sí –*dijo*–. Ya pasó la hora. Adelántate, Salva... señor Jake Beale. Dígales a esos hombres que ya voy.

Y Jake Beale echó a correr. Aunque sus botas nuevas a veces resbalaban sobre los adoquines helados, no tropezaba. Qué extraño, qué maravilloso parecía correr, no huyendo de pequeños delitos ni de un miedo mortal, sino hacia una nueva vida donde nunca faltaba el pan y las rosas crecían entre las piedras.

FIN

## NOTA HISTÓRICA

A comienzos del siglo XX, la revolución industrial en Estados Unidos estaba en su apogeo. Pero para mantener altas las ganancias, los dueños necesitaban un mayor número de trabajadores dispuestos a aceptar salarios bajos. Los propietarios de las enormes fábricas textiles de Lawrence, Massachusetts, enviaron agentes a zonas empobrecidas de Europa para reclutar familias enteras y que trabajaran en sus fábricas. Se exhibieron carteles que mostraban a un inmigrante saliendo de una fábrica de Lawrence con una bolsa de oro, camino a un banco al otro lado de la calle. Para 1912, había trabajadores en Lawrence de al menos treinta países diferentes que hablaban cuarenta y cinco idiomas. Los primeros trabajadores habían sido en su mayoría nativos o irlandeses. Los irlandeses pronto ascendieron a puestos de importancia, no solo en las fábricas, sino también en la propia ciudad. En 1881, John Breen, un empresario de pompas fúnebres católico irlandés,

fue elegido alcalde. El John Breen involucrado en el fallido complot con dinamita era su hijo.

Las condiciones en las fábricas eran muy difíciles para los nuevos trabajadores inmigrantes. Por lo general, ocupaban los puestos peor pagados. Para que las familias pudieran sobrevivir, todos los que pudieran tenían que trabajar. Si los niños eran menores de catorce años, los padres a menudo pagaban para falsificar sus certificados de nacimiento y así poder trabajar en la fábrica.

En 1911, la legislatura estatal de Massachusetts ordenó a los dueños de las fábricas reducir la jornada laboral de mujeres y niños de cincuenta y seis a cincuenta y cuatro horas semanales, a partir del 1 de enero de 1912. Dado que la mayoría de los hombres ganaban salarios más altos que las mujeres, los dueños de las fábricas redujeron la jornada laboral de todos a cincuenta y cuatro horas, aceleraron las máquinas y redujeron los salarios para compensar cualquier pérdida de beneficios que pudiera resultar de la reducción de la semana laboral.

La sección italiana de los Trabajadores Industriales del Mundo (IWW), liderada por Angelo Rocco, un obrero de veinticinco años que estudiaba el bachillerato por las noches, decidió ir a la huelga si se les reducía el sueldo. Rocco consideraba que los trabajadores, procedentes de tantos países y que hablaban tantos idiomas, necesitarían ayuda para organizar una huelga efectiva. Le envió un

telegrama a Joseph Ettor, uno de los organizadores profesionales de la IWW, y le pidió que fuera a Lawrence. Ettor, italoamericano, era un orador carismático y multilingüe. Llegó a la ciudad poco después del paro masivo del 12 de enero e inmediatamente creó un comité de huelga local, del que formaba parte una mujer, la señora Annie Welzenbach, y que representaba a diversas nacionalidades. Ettor también organizó ayuda para los huelguistas y sus familias, que vivían en la miseria incluso trabajando a tiempo completo.

Gracias a la labor organizativa de Ettor y su compatriota, el poeta italiano Arturo Giovannitti, y posteriormente, tras su encarcelamiento bajo falsos cargos, de Big Bill Haywood y Elizabeth Gurley Flynn, los huelguistas, especialmente las mujeres inmigrantes, mantuvieron una asombrosa solidaridad durante los dos meses de huelga. «Las mujeres ganaron la huelga», declaró Haywood.

Otros afirmaban que fueron las canciones las que llevaron a la victoria a los huelguistas. Se repartieron libritos rojos con canciones sindicales. Aunque la mayoría de las mujeres no sabían leer inglés, de alguna manera aprendieron a cantar de una forma que hacía temblar a la policía y a la milicia. «Cuidado con ese movimiento», dijo un periodista, «que genera sus propias canciones».

El 28 de septiembre de 1912, Ettor, Giovannitti y un trabajador local, Joseph Caruso, fueron juzgados por el

asesinato de Annie Lopizzo. Multitudes se congregaron frente al juzgado, declarando que la huelga no terminaría hasta que estos hombres fueran liberados.

El juicio se prolongó hasta el 23 de noviembre, cuando Ettor, Giovannitti y Caruso fueron declarados inocentes. El Día de Acción de Gracias, miles de personas se congregaron para aclamarlos. Esos vítores resonaron en el Salón Socialista del Trabajo de Barre, y en las sedes sindicales de todo el país.

La ciudad de Barre era también una ciudad de inmigrantes. La zona era conocida desde hacía tiempo por su granito de alta calidad, pero la extracción de granito no fue rentable hasta la llegada de las modernas torres de perforación y los taladros de vapor, y su comercialización no se produjo hasta 1888, cuando se construyó una línea de ferrocarril que conectaba con las canteras de la colina. De repente, se necesitó una gran cantidad de mano de obra. Aberdeen, Escocia, atravesaba una grave crisis económica y sus canteras cerraron, por lo que muchos canteros escoceses emigraron a Barre. A ellos les siguieron trabajadores escandinavos, españoles, ingleses, griegos, suizos, austriacos y franco-canadienses, y, por supuesto, los escultores italianos que dejaron la industria del mármol en el norte de Italia para trabajar el granito de Barre. Lamentablemente, a principios del siglo XX, el trabajo en los talleres de granito de Vermont, donde las ventanas permanecían cerradas para protegerse del frío, provocó que muchos murieran jóvenes de silicosis, una historia que se narra en la novela «*Como*

*dioses menores*» de Mari Tomasi. Los modernos equipos de ventilación han eliminado prácticamente esta amenaza para la salud de los canteros, y la última muerte registrada por silicosis ocurrió en 1932.

Los primeros inmigrantes italianos fueron muy activos políticamente, muchos de ellos socialistas o anarquistas en Italia. Vivían en familias muy unidas, principalmente en el North End de la ciudad, y en sus inicios fueron vistos con cierto prejuicio por los habitantes nativos de Vermont. La industria del granito en Barre aún prospera, aunque hoy en día solo una fracción de la mano de obra de 1912 trabaja en ella. El antiguo Salón Laborista Socialista ha sido restaurado y es sede de numerosos eventos comunitarios. Los escultores de Barre siguen gozando de gran prestigio. Uno de ellos, Frank Gaylord, fue el creador del Monumento a los Veteranos de la Guerra de Corea en Washington D. C., y si bien el granito del Monumento a los Veteranos de Vietnam no es el gris característico de Barre, el granito negro del monumento fue traído a Barre para ser grabado y pulido.

Los habitantes de Barre recuerdan con orgullo haber podido ayudar a los obreros textiles de Lawrence durante la huelga de 1912. Los canteros italianos no solo acogieron a los hijos de los huelguistas, sino que también recaudaron cientos de dólares para paliar los efectos de la huelga. Tras la liberación de Ettore y Giovannitti, este último visitó Barre durante diez días y habló en el Salón del Trabajo, donde, según el periódico *The Barre Daily Times*, «evitó hablar de

política y simplemente expresó su deseo de que los presentes supieran lo mucho que su apoyo había significado para los trabajadores textiles».

Existe un debate considerable sobre el término «Pan y Rosas» aplicado a la huelga de 1912. Según la tradición popular, durante la huelga se tomó una fotografía de los manifestantes con una pancarta que decía, indistintamente, «Nosotros también queremos pan y rosas», «Dadnos pan, dadnos rosas» o «Queremos pan y también queremos rosas». Sin embargo, la fotografía en cuestión nunca ha aparecido. Si los huelguistas italianos de Lawrence utilizaron el lema italiano «*Pane e Rose*» es, en el mejor de los casos, incierto. Tampoco se conoce la fecha en que Giovanitti escribió el poema italiano «*Pan' e Rose*». El poema en inglés «*Bread and Roses*» no se inspiró en la huelga, según su autor, James Oppenheim, pero como se le puso música poco después, la canción se ha asociado generalmente con la huelga de Lawrence. Al atribuir el legendario lema a Mamma y Rosa e incluirlo en esta historia, obviamente he situado el incidente en el terreno de la ficción en lugar de un hecho verificable.

Katherine Paterson  
Nueva York, 2006

## PAN Y ROSAS

James Oppenheim, 1911

Mientras vamos marchando y marchando,  
a través del hermoso día  
un millón de cocinas oscuras  
y miles de grises hilanderías  
son tocados por un radiante sol  
que asoma repentinamente  
cuando el pueblo nos oye cantar:  
¡Pan y rosas! ¡Pan y rosas!

Mientras vamos marchando, marchando,  
luchamos también por los hombres  
ya que ellos son hijos de mujeres,  
y los protegemos otra vez maternalmente  
Nuestras vidas no serán explotadas  
desde el nacimiento hasta la muerte,  
los corazones padecen hambre,

al igual que los cuerpos  
–¡denos pan, pero también denos rosas!

Mientras vamos marchando y marchando,  
gran cantidad de mujeres muertas  
van gritando a través de nuestro canto  
su antiguo reclamo de pan;  
sus espíritus fatigados no conocieron  
el pequeño arte y el amor y la belleza  
–¡Sí, es por el pan que peleamos,  
pero también peleamos por rosas!

A medida que vamos marchando y marchando,  
traemos con nosotras días mejores.  
El levantamiento de las mujeres  
significa el levantamiento de la humanidad.  
Ya basta del agobio del trabajo y del holgazán:  
diez que trabajan para que uno repose  
–¡Queremos compartir las glorias de la vida:  
pan y rosas, pan y rosas!

Nuestras vidas no serán explotadas  
desde el nacimiento hasta la muerte.  
Los corazones padecen hambre  
al igual que los cuerpos  
–¡pan y rosas, pan y rosas!